

**EDWIN LUGO**  
**CUENTOS SOBRE EL VIEJO MIXCOAC**

**PROLOGO**

*Tenemos a la vista tres amenos cuentos, Mamá Sarita, El Ajuste y El Ángel de Amaranta; todas de Edwin Lugo, el escritor de las cosas sencillas y de las grandes emociones; de los relatos apacibles y desenlaces violentos, cuyo lenguaje por llano y adecuado llega sin tropiezo, como una amena conversación, a todos los lectores, sin perder la altura y la magnificencia que da la claridad de la frase suave y clara, como reflejo de una imaginación desbordante capaz de llenar de emotividad todos los pensamientos y todas las psicologías, porque en su literatura no hay recodos ni escondrijos donde pueda perderse la secuencia de los acontecimientos que relata.*

*Su prosa es bella porque tiene la claridad de un paisaje lleno de luz, como un espejo que reproduce con total fidelidad lo que refleja; porque donde hay luz sólo refleja luz, cuando hay sombra, refleja tinieblas.*

*Los hechos más raros, los acontecimientos más extraños y aparentemente triviales y aún inesperados, son lógicamente traídos al relato porque así lo exige la bien planeada trama del argumento, se tornan verosímiles y comprensibles, como episodios que pueden pasar en cualquier sitio y a cualquiera hora, si se presentan en las circunstancias tan hermosamente descritas como lo hace Lugo en su singular modo de narrar. Yo diría que es un conversador; un escritor que al leerse, deja la sensación de estar conversando con él; tiene la sencillez de una amena y amigable plática de aquellas con las que descansa la mente.*

*Toma como escenario la antigua Villa de Mixcoac; esa hermosa población que antes tuvo pretensiones de municipalidad del Distrito Federal y hoy es una delegación, término moderno conque designamos a los barrios, castizamente hablando; Mixcoac es hoy un hermoso barrio de la Ciudad de México la que en su crecimiento, ha ido devorando a todas las poblaciones de su alrededor y aún sigue engulléndose las del Estado de México y seguirá con las de Morelos e Hidalgo.*

*Hace ya muchos años, pasados los llanos de San Pedro, un puente sobre el río anunciaba que ya estábamos en Mixcoac. La primera construcción era una larga barda enrejada en su parte superior por la que, de tramo en tramo se asomaban las enredaderas policromas y más bellas que pudiera uno imaginarse; esa maraña de hojas, ramas y flores, indicaba el sitio en que estaba el invernadero; le seguían grandes residencias rodeadas de tapias y de tepetates cuyos bordes estaban protegidos con argamasa bien pulida y alineada; los árboles de los jardines asomaban sus tupidos follajes y la hiedra cubría las paredes de las viejas y opulentas casonas. Las calles también mostraban altos fresnos, pinos y ahuehuetes y confundían sus copas con las de los que habían crecido dentro de los amplios jardines de los palacetes mixcoaqueños. Calles*

*rectas algunas, torcidas otras; anchas o angostas, todas recibían la acogedora sombra de los árboles de inconcebible altura.*

*El tranvía que iba a San Ángel recorría la villa de norte a sur, eran amarillos con un letrero negro en la parte superior del frente donde se indicaba el nombre de la población hacia donde se dirigían: San Ángel o México. En las noches llevaban una farola adicional de largo alcance, capaz de iluminar con precisión todo lo que hubiese en más de un kilómetro de distancia. Los tranvías imprimían un sello especial a la Capital y las poblaciones aledañas; no sé qué alegría imprimían en la gente porque en ellos llegaban los amigos, los padres, hermanos o novios y traían las más recientes noticias porque no había radios que las transmitieran.*

*Había en Mixcoac lugares muy hermosos; el río del mismo nombre que pasaba por el centro de la población; la calle de la Campana que, por su curvo diseño, llevaba al Palacio Municipal; la calle de San Juan, la de las Flores, el Jardín Jáuregui y el Limantour; además, los colegios Teresiano y el Zacatito; las iglesias de San Juan, Santo Domingo y la Candelaria que inició su construcción antes de la Revolución y aún no se ha terminado; el Olivar del Conde y el Molino viejo del Olivar, los jardines del manicomio a los que daba miedo entrar. Casas como la de Limantour, Serralde, estilo árabe, y de Martel. Todo era bello, apacible, sombreado; su aire purísimo, las calles adornadas con los jardines que se veían tras de las rejas, las madre selvas, mantos, plumbagos, heliotropos y bugambilias que las adornaban.*

*Esa quietud del viejo Mixcoac fue profundamente sacudida por el drama de la Revolución cuando día tras día tronaban las metrallas y se oía el cuerno de los zapatistas y el tambor de los yaquis.*

*Tal es el escenario elegido por nuestro escritor que con singulares datos describe los lugares, las costumbres, las casas. Veamos algunos párrafos.*

*La Barranca del Muerto es objeto de especial atención que muestra la diáfana visión que tiene la prosa de Lugo sobre el escenario de sus novelas y allí se detiene para hablar del campo que veía, años ha, cuando ocurría la trama: "Muy bello era el paisaje que desde el ventanillo del tren eléctrico se contemplaba: en el costado derecho un hálito de milpa, de flor campestre, cosquilleando los poros de la nariz, delataba la tierra negra, húmeda por los frecuentes aguaceros, que propiciaba unas mazorcas de maíz grandes, blancas, como sonrisas ceñidas al terciopelado estuche esmeralda de las hojas, donde despuntaban rubios y suaves los cabellos de elote insustituibles en el botiquín casero".*

*"En el carril izquierdo, y envueltas en las sombras de los ramajes, de las plantas trepadoras, de las enredaderas y bugambilias, se percibían entre bardas de tepetate, las fachadas y vestibulos de las quintas semicultas, los alargados balcones señoriales, los zagueros amplios con portones de madera coronados con el emblema familiar o con pintorescas grecas, el reposado misterio de las mansiones aristocráticas! ¡La inviolada intimidad de la burguesía!"*

*Esa es la descripción del paisaje que se observaba desde el tranvía, cuando aquellos llanos y aquellas lomas no habían sido invadidos por la civilización que convirtió la naturaleza en muros y ventanas, tendedores y antenas de televisión; el cielo azul, intensamente azul, en nubes de smog; el silencio de aquel paisaje bucólico, en el ruido constante de los motores, los frenos chirriando sobre el pavimento y el radio, esa caja de ruidos que a veces nadie atiende pero que quebranta la paz e impide el sosiego de la mente.*

*Ahora veamos ese que fue hermoso lugar pero su destino lo convirtió en un recinto dantesco: La Castañeda, que así se llamaba el sitio donde se encontraba el manicomio: "Era un conjunto de edificios en color crema y ribeteados de piedra gris, situados entre el vasto lomerío, desde cuyas cimas mansas, pobladas de árboles y hortalizas, se divisaba el viejo Mixcoac. Hacia la derecha, un río con aguas sospechosas, corría indiferente entre dos filas de pirules, encinas y ahuehuetes. En los meses de lluvia en que los jardines se reverdecían y una aterciopelada alfombra orlada de flores y legumbres circundaba los pabellones..." y más adelante continúa: "...tras de aquellos muros de tabique rojo, bajo esos árboles cuya sombra refrescaba a los curiosos excursionistas, que se aventuraban cautivados por el paisaje, se desarrollaba, como delante de la decoración de un teatro que sirve de marco a la tragedia, uno de los dramas más humanos y dolorosos. Allí yacían, muertos en vida, unos cuantos centenares de seres cuyo negrísimo destino no podía ser peor crimen..." En efecto, eran los que habían perdido la razón, carentes de todo cuanto un hombre normal puede tener, encerrados en la tragedia que nublaba su pensamiento; eran los locos.*

*Mas nos sería sensato que en estas líneas vaciáramos todo cuanto de interés contiene el libro que hoy ve la luz primera, porque tendríamos que reproducir toda la obra, ya que toda, en todas sus partes, despierta un interés profundo en el lector.*

*No puedo terminar sin hacer mención de las cualidades del escritor como expositor de los hechos psicológicos, que tiene Edwin Lugo. El amor, el odio, la ternura, la crueldad, la depresión, la violencia, las consecuencias funestas del exagerado misticismo, el egoísmo, la piedad, la premonición, las alucinaciones y tantas que no es posible enumerar.*

*Es por esa sencillez de lenguaje, por ese poder descriptivo, esa romántica evocación del pintoresco Mixcoac, ese conocimiento del alma humana y ese profundo mensaje que lleva en sí cada cuento, que resultan tan amenos sus relatos.*

*Ojalá que su producción literaria nos proporcione muchas obras más de la que ahora presentamos.*

*Antonio Fernández del Castillo*



## **MAMA SARITA**

-1-

Exactamente en la esquina donde convergen Avenida Mixcoac y Diego Becerra, había por los años treinta una casa, hoy reducida a la mitad y reedificada totalmente, que con elevados muros por ambas calles y discretísimas puertas y ventanas solía dormirse tibia y reposada, en esa hora del atardecer, en que el día oscila aún entre dos luces, confiriendo al paisaje un toque irreal, difuso, como surgido de la niebla encantada de un cuento nórdico.

Pese a que entonces se hallaba distante, apenas unos doscientos metros la Y que servía de terminal a los ruidosos vagones amarillos, y que en el argot tranviario era conocida por La Cima —estación siempre desierta, colindante con el despoblado— con excepción del continuo chirriar de las ruedas metálicas sobre los rieles de acero; las calles eran más bien silenciosas y poco transitadas.

Del lado de Merced Gómez, continuación de Becerra, se iniciaba una cuesta que concluía en un lejano lomerío, como de juguete; del otro lado la calle terminaba bruscamente en un establo, cuyo vaho mezcla de pastura seca, leche y vaca, le confería un ambiente acogedor y dulzón, pues dulce era también aquel líquido blanco, espumoso y tibio, que mujeres vestidas de negro, devotas del rosario, con los escapularios de la Virgen del Carmen sobre los chales de estambre, niños inquietos y una que otra sirvienta de las casas burguesas, solían comprar para acompañamiento de las crujientes campechanas, o para preparar el sabroso arroz de leche, con su tradicional receta que no escatimaba generosas dotaciones de pasas y almendras.

Poco o casi nada enseñaba de su interior el caserón a los escasos transeúntes; las puertas eternamente cerradas disimulaban a la perfección un palacio o unos cuartos de adobe, según la imaginación de cada cual; las dos ventanas cubiertas con tupidos visillos y las persianas eternamente clausuradas volvían aún más enigmática la singular vivienda, y si esta era un tanto misteriosa, otro tanto podría decirse de quienes la habitaban.

Una anciana sexagenaria siempre vestida de negro, cubierta con un chal oscuro, se dirigía por las mañanas a oír misa en la cercana iglesia de La Candelaria; deambulaba después por los comercios del rumbo, y con su provisión de pollo, legumbres y frutas regresaba con pasos firmes al caserón. Por la tarde se le veía acudir al establo en demanda de una olla de leche recién ordeñada, y de regreso se desviaba hasta el expendio de pan de doña Pachita, quién le reservaba los *picones* y las *pechugas* de a peso, las *semitas* de panocha, los *cocoles* con ajonjolí y los *chamacos* y *huesos de manteca*, que complementaba con una buena dotación de camote al horno, que calentito y enmielado le servía de la batea de Uruapan, un viejecito siempre risueño que respondía al nombre de don Agustín y que se instalaba buscando parecer insignificante, a veinte

pasos de la panadería. La anciana regateaba con el camotero, mientras Pachita detrás del mostrador cuchicheaba con las vecinas:

—Yo no sé cómo pueden vivir allí. ¡Nadie aguantó tantos años!

—Por la renta que es tan barata —respondió Luisita.

—Es que si no le hacen así, no hay quien quiera esa casa ni regalada —opinaba Chona—. Don Enrique, el que trabajaba de motorista en los tranvías, nunca ha podido reponerse de tanto susto; hasta tuvo que dejar el empleo, se fueron a vivir allá por Alfonso XIII, una vez lo vi todo acabado, amarillo, como yema de huevo, apenas si podía caminar.

—Es que no le han sabido buscar, pero allí debe haber dinero.

—Eso que ni qué, pero tienen miedo preguntar.

—Dicen que a los difuntos les damos más miedo los vivos todavía —opinó Pachita.

—¿Y el militar, tú?

—Pues allí anda, con sus muletas. ¡Un día se va a romper la crisma, con eso de que es tan borracho! ¡Pues si nunca está!

—Y además le tiene un miedo a la viejilla... —afirmó la panadera.

—¿Cuándo se morirá? ¡Si está tan correosa!

—Pero come de todo... no más lo de sus piernas...

—Y tiene un carácter!

—Sólo Luz puede aguantárselo!

—Pues qué le queda ¿Dónde va que más valga? ¡Tan vieja como está la pobre!

—Se ha pasado la vida sirviendo en esa casa, desde que Sarita estaba niña. Ella fue la que la crió.

—¡Ay no!, si la vieja es mucho mayor que ella...

—Se ven iguales. . .

—¡No, qué esperanzas! Luz está todavía entera, camina derecha y hace todos los mandados.

—¡Sish! Ahí viene, menos mal que nunca se me olvida apartarle su pan.

— 2 —

—¿Cómo sigue de males la señora? —le preguntó comedida la panadera.

—Ayer no pudo moverse. Está casi tullida.

Doña Pachita tenía un amplio repertorio de medicinas caseras, que parecía que nunca iba a agotarse: friegas, té, cataplasmas, fomentos, ungüentos, y cuando éstas fallaban recomendaba los novenarios, los triduos, las estaciones, los Vía-Crucis, los rezos a las ánimas, las promesas a la Virgen del Carmen de llevar su hábito o cuando menos el escapulario, las plegarias a San Pascual Bailón, o voltear a San Antonio de cabeza hasta conseguir la gracia solicitada, o encomendarse a San Nicolás de Bari. La buena mujer aseguraba la efectividad de estos santos milagrosos

testimoniando cómo fulanito o menganita, que estaban peor, habían sanado gracias a ellos; pero Lucecita, que así se llamaba la criada, respondía siempre lo mismo: la señora había probado de todo, incluso su hijo la había llevado al hospital militar a consultar al doctor Alemán Pérez, y al final nada. Parece que mejor le iba con los chochitos del doctor Hidalgo, que cada mes pasaba a ver cómo seguía. . . y por sus cinco pesos.

—Yo creo que es esa casa la que le está haciendo daño —terció Vicentita.

— ¡Todos los que han vivido allí han salido mal! —insistía Chona.

— ¡Bah! La señora no cree en esas cosas. Cuando llegamos fue el padre Francisquito a bendecir y nunca nos han molestado. Yo nunca he visto ni oído nada, y eso que atravieso la huerta a media noche.

—Ese no es asunto del padre Francisquito —opinó Pachita—. Lo mejor sería traer una médium, una espiritista. . .

— ¡Usted que cree en esas cosas! —exclamó Lucecita moviendo la cabeza— ¡Ahí tiene! Llevamos a la señora con tantos trabajos a ver al niño Fidencio, allá por San Luis Potosí ¿ Y qué pasó? Pues estuvo bien unos días y después... ¡Peor y peor! ¡Eso es pura sugestión!

— ¿Y qué tal si sacan dinero? —preguntó Chona.

— ¡Míreme a mí! —dijo Luz con miserandose— Trabajando desde que nací, para ganarme el sustento: ese es el único modo de tener un centavo.

Y tomando su bolso de pan en una mano y en la otra el plato con el camote tatemado, se encaminó al caserón, evadiendo los charcos con pasos rápidos, pues estaba comenzando a chispear.

Luz pasaba el tiempo sobando los azulejos brillantes de la cocina, entre frascos, botes de la despensa, verdura que limpiar, pollo que desplumar listo para hervirse o para meterse al horno, picando lechuga, espolvoreando queso, apartando piedras y gorgojos de los frijoles y de las lentejas, meneando las cazuelas que contenían mole, sopa de arroz, migas picantes o menudo de panza, platillos a los que tan aficionado era Rafael, el hijo de Sarita; además preparaba dulces, compotas, jaleas, tejocotes o duraznos que se daban en los árboles de la huerta y que terminaban nadando en almíbar, o bien haciendo jericayas, torrijas o capirotada. Refunfuñaba, siempre nerviosa y con prisa, quejándose del aumento de los precios, del robo en el peso de las mercancías, y del trabajo de aquella casa tan grande, repitiendo que nunca le pagaban puntualmente y que engrosaba año con año una cuenta de la que el militar apenas le abonaba de vez en cuando treinta o cuarenta pesos, y por aquella miseria tenía que cuidar, dar de comer, sacar al sol, acostar, levantar, bañar a la señora medio tullida, quien por su larga enfermedad y su carácter irascible, déspota y exigente era en ocasiones muy difícil de sobrellevar. Ama y sirvienta vivían como el perro y el gato. A veces, la criada exasperada regañaba a su señora, otras la señora la humillaba tanto, que ésta amenazaba con irse de la casa, aunque no le pagaran el famoso

adeudo: iba a su cuarto y hacía un hatillo con sus ropas negras y hasta le regresaba las prendas usadas a su ama, que ésta en sus ratos de buen humor le había obsequiado, iba a despedirse y a dar las gracias; pero la inválida empezaba a llorar y a lamentarse con sollozos y lloriqueos de que iba a quedarse sola en el mundo, y que lo mejor sería que Dios la recogiera. Tan amargas eran sus lamentaciones que terminaban por conmovier a Luz, quien decidía volver a quedarse, y regresaba el sencillo equipaje a su cuarto y se ponía nuevamente el delantalito a cuadros para seguir trajinando.

Otras veces el enojo duraba varios días y aún semanas, en que casi ni se hablaban, y el ama pasaba las horas sentada en su mecedora de mimbre, oyendo caminar el viejo reloj pulcramente barnizado que parecía andar a otro compás, como si midiera un tiempo distinto del normal y en la espaciosa sala, con sus enormes retratos ovalados, polvorientos y desteñidos, rezaba, pasando los dedos por un rosario brillante a fuerza de sostener entre los dedos artríticos las cuentas. Esperaba paciente, resignada, alumbrándose con la luz de un único foco perdido en una pantalla opaca, la llegada del hijo, cuyos pasos desiguales -pues sólo tenía una pierna y las muletas- mas que escuchar adivinaba en cuanto bajaba del tranvía. Luz en su cuarto, escuchaba también la llave introducida en la cerradura y venía al encuentro del recién llegado, prendiendo las luces del vestíbulo y del patio y respondiendo a las consabidas buenas noches, que rozaban casi siempre en la madrugada.

-3-

Tambaleándose, medio ebrio o borracho del todo, uniformado, empistolado y con gorra verde y gruesos lentes llegaba el señor, quien jamás, así fueran las cinco o seis de la mañana, había faltado a su casa; besaba a su madre, quien momentáneamente se olvidaba de lo tullida y con sus piernas vendadas, enrolladas en medias de popotillo, como patas gruesas de elefante, iba a su encuentro acercando su cabeza calva, en cuyo rosado casco sólo quedaban unos cuantos mechones de cabellos blancos. El militar besaba la mejilla de su madre quién sonreía endiosada, dichosa, mirándolo con aquella fresca ternura que rayaba en la adoración a través de los cristales hexagonales de sus lentes. El vástago se informaba meticulosamente de la salud de su delicada progenitora, y ésta le hacía a su vez una minuciosa relación de sus dolencias diarias, que terminaban casi siempre por enternecerlo.

Rafael era un magnífico hijo cuyo más importante menester después del ejército, era cuidar a su madre anciana a quien mimaba con un sentimiento tan profundo y sincero, que desarmaba el enojo de la infeliz criada, quien apresuradamente iba a meterse a su cocina a prender lumbre y a calentar tortillas, pues el mayor no gustaba nunca de probar bocado en la calle. Colocaba un blanquísimo y almidonado mantel sobre la mesa y en un santiamén se disponía la desportillada

vajilla de Sévres con los caseros manjares, que mamá Lucecita —como solía llamarla cariñosamente el oficial— había preparado.

Sarita iba a sentarse enfrente envuelta en una cobija gruesa, complacida de mirar cómo el soldado, sin muchos preámbulos, daba cuenta desde un buen puchero hasta la jalea de membrillo o el dulce de crema con nueces. Solía acompañarlo con un pozuelo de té de tila, y cuando la comida o cena había dado fin, la viejecita con su cuerpo achicado, chaparrita y menuda, ponía un beso en la frente de su hijo y le daba las buenas noches. Todavía Luz tenía el deber de ir a acostar a su ama, y sólo cuando ésta dormía y mientras el militar roncaba a pierna suelta, la pobre mujer iba a recostarse, muchas veces vestida, pues al poco rato daban las seis, y era preciso levantarse a limpiar el enorme jardín, juntar las hojas secas, cortar flores, regar plantas, a veces con los dedos amoratados de frío, para salir puntualmente a misa de siete y regresar con el mandado a las ocho para darle el desayuno al señor, quien, desvelado o no, tomaba puntualmente el rápido de las ocho y media, mientras Sarita que dormía poco y se despertaba siempre temerosa de que ya su hijo se hubiese marchado, despachaba su tazón de chocolate en su cama, con una letanía de quejidos, suspiros y lamentaciones, más que por la enfermedad, por el hijo que se iba dejándola sola, acompañada únicamente de la Virgen del Carmen, que se hospedaba muda, dentro de su capelo de cristal; y ante el silencio agresivo de la sirvienta, quien refunfuñaba que la señora era una malagradecida, y que el día que ella se muriera de tanta desvelada y trabajo, iba a saber lo que era amar a Dios en tierra de indios, quedándose efectivamente sola.

Entre mutuas recriminaciones y reproches, vestía y peinaba a la señora Sarita y luego comenzaba verdaderamente la faena del día, echando alpiste a los zentzontles y canarios, que exigían, lo mismo que el perico, veinte gallinas, dos gatos y Canuto, el perro, su ración de alimento mañanero, que la laboriosa mujer iba picando en una vieja tabla con sus manos encallecidas por el trabajo.

-4-

Hay casas llenas de ecos, de pisadas, de muebles que son arrastrados y que sin embargo permanecen estáticos, de suspiros que se exhalan largos y profundos, como si nacieran de los estertores de un agonizante, de risas que no corresponden a ninguna alegría, y que en cambio contienen algo de burla siniestra; de murmullos, de rezos, de monólogos desesperados, de reproches, de juramentos eternos, que no se cumplen ni se extinguen nunca y que van a rodar por los siglos con la eternidad. Esos ecos están implícitos en las paredes carcomidas, dentro de los troncos musgosos, incrustados en las higueras, en las bugambilias aparentemente inofensivas, en las vigas apolilladas de los techos llenos de telarañas, pobladas de horripilantes insectos de patas rojizas, delgadas y siniestras, en las columnas con pretensiones dóricas evocadoras de años de

abundancia, de fortuna conseguida con la injusticia o con el crimen, de los corredores o de los vestíbulos, donde hubieron deambulado los pasos desesperados, donde secaron los sudores fríos, en los muros atacados de salitre blanquizco y de hongos repugnantes, en los viejos lavaderos babosos cubiertos de un moho de un verde tan intenso que llegaba al negro, en las cortinas polvorientas nidos de mariposas negras, gigantescas, presagios volátiles de muerte, en las grietas que dejaren los temblores imprevistos como la justicia de Dios, en los rincones plagados de hormigas negras, en las bancas de un parque falsamente inocente donde se incubaron horrores y blasfemias, despojos y calumnias, incestos y venganzas, invitaciones al descanso de los vivos... ¡Y de los que ya no se ven pero sí están! En esas casas, todo cruje, se resbala, rechina, aparenta estar muerto y tiene vida, una vida ociosa y tétrica, torturada y lánguida, se diría la vida de la muerte. Hay también otros, sonidos explicables, casi prosaicos, los del viento sacudiendo las hojas, los de la polilla cayendo de los muebles avejentados, los de los tranvías Correo-Mixcoac corriendo desbocados a las diez de la noche, los de los gatos revolcándose sobre los tejados dando maullidos, bramidos espeluznantes, gruñidos de bestia ancestral antediluviana... los de las pisadas de Canuto el inquieto perro que va y viene con carreras desesperadas en espera del amo lisiado.

Pero hay también luces, luces inexplicables que salen de las hendiduras, que brotan de las paredes, que se filtran del patio tan sombrío como la boca de una caverna, imprevisibles y aterradoras, como parpadeos grises de relámpagos, o amarillentas como las llamas débiles y enfermizas de los cirios que se consumen en los velorios, cual fulgores opacos de un sudario, luces que transitan, que vuelan, que reptan, encerradas en linternas obsoletas, en lámparas sordas en desuso, conducidas por manos invisibles, luces de relámpagos, de incendios que ya se extinguieron, luces agonizantes rebeldes a la oscuridad, empeñadas en desnudar lo siniestro, en profanar lo vedado, en iluminar, ¡Oh triste victoria sobre la noche de lo ignoto!, rostros febriles, terrosos, lívidos, caras escuálidas y verdes, emponzoñadas por el odio, bocas agrietadas por las quejas inútiles, por las súplicas no escuchadas, labios crispados por un grito silencioso, ahogado, grito sin voz angustiada y deforme, ¡Grito que no alcanzó a salir y se expandió por los labios ansiosos de hablar y ser oídos...! Jirones de luces que la luna vertió hace muchas noches sobre la tierra, quizás cuando eran cuatro y las noches pavorosas iluminadas por cuatro satélites muertos, fríos, relucientes como dardos de hielo, alumbraban los horrores de un mundo en formación tétrico y deforme, luces irredentas que aún danzan inconsolables y rebeldes, entre los puntos luminosos de las luciérnagas; y pasan vertiginosas y espectrales, como restos dimanados de ectoplasmas, ahuyentando a las bandadas de tordos, o levantando las orejas de Canuto, quien con los ojos fijos y el resuello galopante, las ve pasar airado y sorprendido, como meteoros caídos de un astro leproso. . . Luces extinguidas que se obstinan en brillar, luces muertas que se resbalan suaves, horadando sombras, que son como puñales que traspasan, y que luego hipócritas y embusteras se vuelven a alojar en las lunas del espejo, en el rincón de las sombras. . . para que

nadie pueda atestiguar que existieron, o que brillaron. . . Luz de cenizas, polvo de auras opacas que el Creador ya no quiso volver a encender, y que deambulan con los ecos, aferradas a la materia, magnetizadas a la gravedad, sin bríos para subir, sin coraje para renunciar, sin permiso para existir, luces de huesos humanos, psicodélicas, como pozos de misterio, esqueletos de un resplandor difuso y magnífico llamado vida.

-5-

Rafael regresó satisfecho de la honrosa comisión que el ejército le hubo conferido en Guadalajara. El general le agradeció complacido su celo y hasta tuvo la deferencia de estrecharle calurosamente la mano.

En la Guarnición de la Plaza, allá en Palacio Nacional, donde el milite prestaba sus servicios, se le vio bastante cambiado, mucho más amable de lo habitual y luciendo con el impecable uniforme, los cabellos castaños y el bigote pulcramente cepillados. Una sonrisilla bonachona que sus subordinados tomaron como un buen augurio se mantuvo en su rostro toda la tarde, aunque al dar las seis rehusó contra su costumbre compartir el reservado que en la cantina de la calle de la Moneda, servía de tertulia a los militares, bebedores habituales que despachaban diariamente dos o tres botellas de tequila mientras jugaban al dominó o a los dados. El mayor se excusó cortés y se fue a buscar al paradero del Zócalo, su tranvía Villa Obregón, ansioso de abrazar a su madre a quien hacía más de dos semanas que no había visto. Un ayudante llevando maleta y portafolios le seguía respetuoso y caravanero, pero Rafael en lugar de mostrarse como en otras ocasiones ceñudo y autoritario, invitó al hombre a compartir su asiento, al par que sacaba del bolsillo la roja cajetilla de los cigarros Belmont.

— ¿Ya tiene ganas de abrazar a su mamacita, verdad mi mayor? —se atrevió a preguntar el de la cinta roja, agradecido por la liberalidad de su jefe.

—Así es sargento. Y de darle la buena noticia —respondió complacido, aunque en el fondo, no estuviese tan seguro de que así lo fuera.

—Esperamos en Dios que la encuentre usted mejor de salud —insinuó el subalterno.

—Mire Horacio —dijo Rafael dando una larga chupada—, lo que mi madre necesita es compañía y distracción. Eso de pasarse todo el día encerrada con la otra viejita, la tiene así; si ella tuviera a su lado quien la animara, quien la sacara a dar sus vueltecitas y platicara con ella, pues otra cosa sería; pero eso del reumatismo le ha venido por falta de ejercicio; el doctor Ignacio Beamonte así me lo dijo.

—Pero ya con la señorita todo va a cambiar mi mayor, incluso para usted también, porque va a estar muy feliz; además, se conoce que es muy buena muchacha, y está retechula, bueno, sea

dicho con todo respeto mi mayor, pero es que tiene usted muy buen gusto y además pues muy buena suerte.

—Sí, sobre todo muy buena suerte, sargento, por eso estoy todavía vivo. Quién iba a decir que por haber encontrado ocupados nuestros asientos nos iban a acomodar precisamente enfrente de ellas —agregó entornando los ojos.

—Es el destino mi mayor. Y ya ve usted, no más arrancó el tren y comenzaron a platicar; y no acabaron de hablar en toda la noche hasta que llegamos a Guadalajara. Y es que la señora Doña Jesús es muy buena conversadora ¡Y muy franca como todas las tapatías! Y lo que sea usted les cayó muy bien desde un principio, mi mayor.

—Ellas también me simpatizaron inmediatamente. . .

—Y ya ve usted, luego luego nos invitaron a cenar; y cuando llegamos a Irapuato y usted les compró sus canastas con fresas y el jarro con crema, ya la había usted hecho, mi mayor; la señorita no le despegaba los ojos. A mí la noche se me hizo re chiquita, y eso que cuando llegamos a Yurécuaro pues llevaba hartos sueños. Yo sí me dormí un poco, perdone usted mi mayor.

—Á mí el tiempo se me resbaló suavemente, y con tanta plática se me espantó el sueño. De vez en cuando me asomaba por la ventanilla. Hacía muchos años que no veía una noche así, llena de estrellas.

—Hay muchas noches así, mi mayor. Lo que pasa es que a veces no nos damos cuenta, esas cosas solo se ven cuando anda uno enamoriscado y a usted se ve que le gustó la muchacha desde que la vio, y como la mamá acabó por encandilársela, pues ya se le hizo, mi mayor, le salió cierto eso del amor a primera vista.

—¿Usted cree que vengan de veras? —interrogó incrédulo Rafael.

—Pues claro que sí, mi mayor. ¡Ese arroz ya se coció! No mas que llegue a su domicilio y verá que ya tiene usted una carta de ellas, si no, no nos hubieran invitado a su casa.

—Pues yo en Tlaquepaque la ví muy animada, pero nunca debe uno creerse demasiado de las mujeres.

—Tiene usted mucha razón, mi mayor. Se ve que tiene usted mucha experiencia.

Habían llegado a la parada Ramos, y oficial y subalterno bajaron del tranvía. Rafael intentó tomar su maleta, pero el sargento se lo impidió.

—No más lo dejo a usted en la puerta de su casa, mi mayor.

Rafael abrió la puerta y en un tono mucho más cordial le invitó:

—Pase a echarse un taco...

—Aceptaría con mucho gusto, mi mayor pero no quiero dar molestias a su mamacita.

—Pase hombre, ya comprendo que usted también quiera ver como andan los suyos, pero no más cenamos y lo dejo ir.

—Mi mayor... —dijo el hombre resistiéndose.

—Ande, no tenga miedo.

—No mi mayor.

Y entró mirando hacia todos lados.

—Aquí dicen que espantan —dijo Rafael— pero a mí los espantos me hacen lo que el aire a Juárez. . . —Y se acomodó la pistola con la mano izquierda.

Luz y la señora Sarita salieron a recibirlos. La viejilla tenía los ojos húmedos de llorar y Luz no cesaba de preguntarle si había comido bien y si le había gustado Guadalajara. ,

—Ya hacía mucho que no andaba por allá —explicó el militar—Desde la revolución cristera, que me tocó en Sayula.

Rafael abrazó muchas veces a su madre, y mientras la apapachaba, le entregó un paquete de arrayanes azucarados.

—No se me olvidaron sus dulces, mamacita. Ya sé que le gustan mucho —Y le puso uno en la boca, y enseguida con una comedida sonrisa para Luz agregó: —Y aquí está tu alfajor de coco, mamá Luz, de mero Colima.

La sirvienta agradeció el regalo y se fue a preparar la cena.

—Pon un cubierto más, el sargento se queda a cenar con nosotros —ordenó a la sirvienta; y luego, dirigiéndose a su madre, le preguntó con dulzura: — ¿Cómo siguen esos males?

—Pues igual hijo; pero hoy, de verte, me parece que estoy bien. Recibí el telegrama ayer en la noche y ya no pude dormir, pensando que no te fuera a pasar algo; ya ves, se oye decir tanto de descarrilamientos, de accidentes. . .

—Yo soy soldado, madre. Ahora puedo decir que viajo como un rey... pero antes sí que era diferente. Gracias a Dios que salí con bien de tantas volcaduras —y dirigiéndose al sargento aclaró: — entonces volaban trenes a diario, usted no nacía todavía.

—No mi mayor.

— ¡Y ya ve mamá, como dice el dicho, cosa mala nunca muere!

— ¡Es la Virgen del Carmen que te cuida! —Aseguró la anciana.

— ¡Usted que está rezando siempre por mí, mamacita! —y luego, con mal contenidas ansias indagó:— ¿Y a propósito no me ha llegado por ay algún papel?

—Sí —dijo Sarita sacando de la bolsa de su delantal una carta, que entregó con mal disimulada aprehensión— Hoy en la mañana llegó esto. Hace tiempo que el cartero no andaba por aquí.

Luz había dispuesto entretanto la mesa, y Rafael al ver la carta sintió renovársele el apetito y sin disimular su alegría invitó a su ayudante.

—Véngase sargento, ahora sí se ve a chupar los dedos.

Y empezó a abrir el sobre con visible satisfacción.

Luz sirvió la sopa y Rafael, sonriente, extendió el papel, se caló los lentes y comenzó a leer dando visibles muestras de satisfacción, sin percatarse de que los ojos de su madre estaban fijos en él.

—Ándele, sargento, empiece que esto se enfría —insistió el oficial.

—¿Y quién es esa señora Jesús Aguilar? —Preguntó la Doña

—Pues verá mamá —dijo el milite haciendo un rollo con una tortilla caliente y llevándosela a la boca— ; esa es la sorpresa que le traigo. Ahora sí que le voy a dar gusto y me voy a poner en paz. Imagínese que tuvimos suerte. . . ¿Verdad sargento?

—Sí, mi mayor, tuvo usted mucha suerte; la muchacha, digo la señorita. . .

—¿Qué muchacha? —demandó impaciente la anciana.

—Pues conocí a una chica en el tren, en el viaje a Guadalajara.

Sarita comenzó a reírse nerviosamente.

—¿Sí. . . sí?.

—Iba con su madre. Una persona muy seria. Precisamente es la señora Aguilar.

—Una aventura más, hijito, una aventurilla más...

—No mamá —desembuchó el mayor—, esto no va por allí. Esta vez me caso. Es decir nos vamos a casar—. Y con la tajante declaración dio el primer sorbo de sopa.

Sarita palideció, el rostro fue perdiendo su expresión amable, se quedó muda, pero los ojos azul verdoso relampaguearon detrás de los lentes, mientras musitaba:

—Pero, hijito... ¿Lo has decidido así tan pronto?

—Estas cosas sí se piensan no se hacen nunca, mamá. Hace tiempo que quiero tener mujer, un verdadero hogar...

—¿Y yo? —gimió la anciana— ¿Qué va a ser de mí? ¿A donde me vas a llevar? ¿Me vas a tirar al asilo, verdad?

El sargento y Luz se pusieron incómodos.

—¿Y por qué había de llevarla al asilo, madre? En esta casa hay sitio para las dos. . .

Mamá Sarita sintió que le faltaba el aire.

—Pero hijo —exclamó— ¿Cómo vas a traer a la casa a esa desconocida?

—Desconocida no, mamá. Mi prometida y su madre nos invitaron en varias ocasiones a su casa donde tuvimos bastantes ocasiones de tratarnos. ¿Verdad, Horacio?

—Sí mi mayor. Y hasta nos invitaron a comer un pozole riquísimo el día que nos teníamos que regresar.

—¿Así que anduvieron paseándose con esas mientras yo me estaba aquí muriendo?

—No se ponga así, mamá; yo siempre me acordaba de usted. ¿No le estuve llamando a larga distancia todas las noches?

La anciana levantó los hombros con ademán de niña caprichosa.

—Pero ya estuvo bueno de soltería, si no me voy a morir como Luz.  
—A mí no me metan en sus cosas —protestó la sirvienta.  
—Vas a ver que muchacha tan guapa, mamá. ¡Y qué joven! Si acaba de cumplir dieciocho años.  
¿Verdad, Horacio?  
—Sí, mi mayor. Acaba de cumplir dieciocho años.  
—Así que no ponga esa cara, mamá. Al contrario, quiero que mañana cuando vengan las reciban bien; y vayan hablándole al padre ese, Francisquito o como se llame, para que nos case el domingo que viene, a ver si la modista de aquí enfrente quiere hacer el vestido, y si no, pues Doña Chucha, que es una buena costurera, me dijo que se lo hacía. ¿Verdad, Horacio?  
—Sí, mi mayor. La señora Doña Chucha ofreció encargarse del traje de boda para su hijita.  
La anciana fulminó al soldado con la mirada, quien se quedó tan turbado que no sabía para donde voltear.  
—Necesitamos que la boda se celebre inmediatamente, porque doña Chucha tiene que regresarse pronto a Guadalajara.  
—Sí, claro —dijo la anciana— tienen prisa de engatusarte a esa aventurera.  
—Mamá si es casi una criatura —defendió el mayor a su novia.  
—¡Sabrá Dios si será una perdida!  
—Le prohíbo a usted que hable de ese modo —protestó el milite dando un teniendo puñetazo en la mesa. — ¡En esta casa se hace lo que yo digo! Y quiero que se trate bien a la que va a ser mi esposa.  
—Así se hará —dijo la señora Sarita cabizbaja, mientras se le resbalaban por las mejillas arrugadas dos gruesas lágrimas. —Nosotras salimos sobrando —agregó buscando la mirada de Luz. — ¡Mejor nunca hubieras crecido! ¡Si te hubieras muerto no tendría la pena de oírte hablar así!  
—Si me hubiera quedado niño, pero no fue así; y soy un hombre, ¡Y tengo derecho a tener una mujer, o veinte, como cualquiera!  
—Claro, claro. . . esto no es una casa. ¡Yo estoy demasiado enferma y muy vieja! ¡Yo no puedo atenderte como debiera, y la pobre de Luz hace lo que puede!  
—No es eso mamá, no es eso. . . —dijo el mayor tranquilizándose.  
— ¡Es que me haces unos reproches! Pero ¿Qué quieres por Dios, no ves que estoy casi tullida?  
—Ya lo sé mamá, ya lo sé y por eso mismo necesita que alguien la asista y le de ánimos. María Elena es una muchacha de buenos sentimientos y si usted sabe ganársela pues la cuidará y estará al pendiente de darle con puntualidad sus medicinas, como una verdadera hija.  
—Yo ya no sirvo para nada —terció Luz—, ya estoy muy vieja. He dejado mi vida sirviéndoles en esta casa, ya no puedo hacer gran cosa por la señora, está muy pesada y yo no la puedo atender sola, así que está muy bueno eso de que venga una persona joven y con más fuerzas para hacerse

cargo de ella. A mí no más quiero que me liquiden, si quieren, y si no pues allá con Dios se los haya...

— ¡Yo no puedo vivir con nadie! —protestó la anciana.

—Es cuestión de acostumbrarse —advirtió el oficial sirviéndose una cucharada de mole en la tortilla abierta. —Va a ver que sí se puede mamá. Desde mañana van a estar bien acompañadas.

— ¿Desde mañana? —preguntó azorada Luz.

—Eso me comunica Doña Chucha, que mañana llegarán en el tren de las diez. Sería bueno que les fueras preparando una comidita —insinuó Rafael, dirigiéndose a Luz.

EL sargento comenzaba a arrepentirse de haber aceptado la invitación de su jefe, y se concretaba a bajar la cabeza, devorando los alimentos lentamente, en silencio.

— ¿Tú también me quieres dejar? —se quejó en amargo tono Doña Sarita, dirigiéndose a Luz.—

¡Ya comprendo que soy un estorbo, que les peso demasiado a todos! ¡Ojalá y Dios Nuestro Señor me llame pronto a su presencia para que deje de molestarles! —agregó hecha un mar de llanto.

— Pues si ya va a contar con una persona mejor que la cuide ¿ A qué me quedo ? —respondió Luz. —Usted sabe que no me gusta estar en esta casa con tantos ruidos y esas luces que caminan de noche.

Horacio sintió que se le empezaban a erizar los cabellos.

—Pero mamá Lucecita —dijo meloso el militar: — ¿A poco vas a creer en esos cuentos de aparecidos?

—Pues muertos o no yo les tengo mucho miedo, ya están juzgados de Dios y yo prefiero irme antes que toparme con ese dichoso padre.

— ¿Con qué padre? —preguntó tímidamente Horacio.

— Con uno que se aparece, ahí, a un lado de la fuente, dizque sentado con una mujer de negro.

— ¡Usted no irá a creer en esas historias, sería ridículo en un soldado! —dijo ásperamente el oficial.

— No mi mayor. Yo no voy a creer en esas cosas....

— Bueno, pues eso también tiene remedio —cedió el oficial— nos mudaremos de casa.

— Yo no me muevo de aquí —afirmó categórica Doña Sarita— ¡Allá tú si te quieres ir, hijo, parece que primero conociste mujer que madre!

— ¡No sea ridícula mamá! —exclamó exasperado Rafael. —Mañana cuando conozca a María Elena va a mudar de opinión y entonces hablaremos.

— ¡Haz lo que quieras! Al fin y al cabo ya poco me queda. Ya pronto me voy a morir. Podías esperarte unos días al menos, pero ya te anda por quedarte solo para hacer lo que te dé la gana, A ver si no la espantan. . .

— ¡Por Dios señora! —Suplicó Luz. — ¡Ya no hablen de difuntos en esta casa! ¡Ayer hasta la panadera, que se ocupa en indagar lo que no le importa, me aconsejó que llamara usted a una médium!

— ¿Y eso qué es? —preguntó extrañado el sargento.

— Una de esas mujeres que dizque hablan con los difuntos —respondió Luz.

— ¡Yo he visto a los muertos! —terció mamá Sarita con horrenda voz.

Horacio sintió que una corriente helada le invadía la espina dorsal.

-De pronto, sin que nadie los hubiese visto llegar, se me presentaron dos fantasmas, uno se quedó lejos a diez pasos de distancia; el que habló en cambio, era un espectro espantoso, tenía el pelo entrecano, la barba crecida, el rostro enjuto, picado de viruelas, el bigote bastante crecido, el aire siniestro y la mirada como prendida a una visión espantosa. Se cubría la cabeza con un viejísimo sombrero negro, llevaba un traje café lleno de remiendos pardos que parecía concluir en unos zapatones polvorientos como féretros; aquellos pies enormes, hasta la deformidad, calzados con semejantes zapatos no habían hecho sin embargo ruido alguno, y entre la espectral claridad del anochecer, su aparición en el vetusto comedor, alumbrado solo por unas pocas luces perdidas en el candil opaco, tenía algo de terrorífico.

-6-

A la mañana siguiente con encomiable puntualidad se presentaron con el militar María Elena tímida y sonriente y su madre, seguidas de Horacio quien bajaba con mal disimulada fatiga un pesado baúl y las petacas de las recién llegadas, de un taxi estacionado en la calle de Becerra.

Luz salió a abrir y al instante la señora María de Jesús la saludó con un apretado abrazo. Era una mujer de cuarenta y cinco años de edad, bonachona, gorda, con enormes pechos, aparentaba una energía extraordinaria para su edad y como buena costurera que pasaba su vida detrás de la máquina de coser, se había acondicionado un vestido que aunque pasado de moda la hacía verse más delgada; el pelo que comenzaba a encanecer se lo había recogido en un gran chongo que se sujetaba con gruesas horquillas. María Elena, era una jovencita delgaducha, frágil, más bien morena y con un cabello tan largo que le rozaba las caderas, apenas nacientes; de su rostro bien afilado, destacaban dos ojos negros, estrelleros, que le daban una alegría incompleta, como turbada por una melancolía tenaz. Luz las saludó con frialdad. ¡Aquella endiablada chiquilla, que parecía incapaz de romper un plato, era la causa de semejante locura! El señor, ya tan grande, dedicado a cuidar a su madre anciana y enferma, se chiflaba de pronto por una mocosa y dando muestra de una absoluta falta de razón, se las endilgaba sin más ni más, sin importarles las lágrimas y los ruegos de la señora Sarita, quien todavía aquella mañana, había redoblado las súplicas de que al menos esperara a que se muriera, para hacer todo cuanto le viniera en gana,

¡Pero había sido inútil! Al mayor se le había metido aquella idea entre ceja y ceja y no iba a renunciar a su necesidad por nada del mundo. Sarita se había empolvado las mejillas y se asomó tanteando sus pasos, apoyándose en su grueso bastón de Apizaco, para dar una bienvenida seca a las *intrusas tapatías* —como les había llamado. Llevaba un viejo vestido gris y un chal negro sobre los hombros; se quedó unos instantes inmóvil en el vestíbulo, que con sus columnas daba enfrente del enorme jardín de las apariciones fantasmales Doña Chucha se adelantó a saludarla, abrazándola efusivamente, como si hace muchos años ya se conocieran; María Elena mucho más desconfiada se quedó detrás de su madre, hasta que ésta, empujándola materialmente, le dijo:

—Anda, María Elena, abraza a la señora y entrégale el regalo que has traído para ella.

María Elena se adelantó miedosa y abrazó a la viejilla quien pronunció algunas palabras, y luego las invitó a sentarse en el sofá de mimbre.

—Seguramente vienen cansadas del viaje. Reposen un poco, mientras Luz termina de disponerles su cuarto. Yo no puedo hacer nada, estoy imposibilitada desde hace años, y hay temporadas que me cuesta grandes sufrimientos dar unos pocos pasos.

, —Esta casa es muy fría —opinó doña Chucha. — ¡A usted le haría mejor vivir en Guadalajara, allá el clima es más caliente!

—Ya para qué, si ya me voy —respondió con desdén la anciana.

—Mi madre siempre está con eso —terció Rafael. — ¡Pero tiene que llegar a los cien años por lo menos!

María Elena, entre tanto, buscaba en una maleta, hasta que al fin extrajo un envoltorio que intentó miedosa poner en manos de la destinataria.

—Son unas carpetas que bordé yo misma... para su recámara. En el colegio de las madres clarisas me enseñaron a bordar.

La muchacha hablaba con voz débil, tal si buscara ser perdonada por aquel regalo, o mejor aún, ser invisible, no estar allí, ante aquella anciana inmóvil, que con su cara de esfinge, parecía observarla fija y obstinadamente, tras de sus gruesos lentes; por unos instantes aquella mirada destiló tanto odio y curiosidad que la muchacha hubiese querido retroceder, pero la voz de su madre suavemente autoritaria la empujó a terminar.

—Pues ándale, entrégale tu trabajo a la señora ¡ Y dale un beso!

María Elena se levantó del asiento y le dio en la frente un beso corto, desabrido, como quien cumple una obligación penosa, mientras murmuraba entre dientes:

—Para usted, mamá Sarita.

La anciana recibió el homenaje, seria, muda y sólo por guardar las apariencias extendió una carpeta e hizo un torpe elogio del trabajo, aclarando que ahora por su enfermedad y el reumatismo que le había llegado hasta las manos, ya no bordaba, aunque en otros años lo había hecho muy bien.

Rafael hablaba con Horacio, a quien encargaba vinos, cervezas, pastelillos y dulces, y antes de las tres, cuando la conversación ya empezaba a languidecer, Luz anunció que la mesa estaba servida y que por favor pasaran al comedor.

-7-

En los días siguientes nada cambió. María Elena pasaba las noches llorando y suplicando a su madre, que no la obligara a casarse, pues aparte de que no quería al cojo, su madre, la sirvienta y aquel tétrico caserón le repugnaban tanto que de vivir allí iba a acabar por volverse loca o por morir. Doña Chucha le hacía ver, al principio con suavidad, que había encontrado la suerte de caer en una familia honorable y que con sólo querer un poco a su marido y soportar las extravagancias de la señora enferma todo marcharía bien y terminaría por adaptarse a su nueva vida. Pero cuando los ruegos y lloriqueos de la muchacha se volvieron más frecuentes, Doña Jesús declaró, sencillamente, que ella ya no podía mantenerla, haciéndole notar que su vida había transcurrido trabajando en la máquina de coser, desde que Melesio su marido las había abandonado, y aparte de que estaba harta de aquella monotonía, cada vez le dolían más los pulmones; su gordura y salud eran aparentes y ella no se sentía bien para continuar así, por lo tanto había decidido quitar la casa e irse a vivir con su tía Eloísa quien le había prometido rentarle una recámara. María Elena alegó que ella trabajaría para sostenerla pero Doña Jesús argumentaba que nunca permitiría que su hija fuese a acabar de sirvienta, ya que al no saber hacer prácticamente nada era en lo único que podía trabajar. María Elena no pudo responder a tan aplastantes conclusiones y el vestido se fue confeccionando mientras corrían velozmente las amonestaciones en la parroquia de Mixcoac.

Antes de la boda civil María Elena de rodillas confesó a su madre el terror que aquella casa le inspiraba, crecido por los dichos de las vecinas quienes le juraron que allí espantaban; tan nerviosa estaba, que Doña Jesús prometió quedarse un mes después de la boda y venir a visitarla frecuentemente.

Un viejecillo miope, que se desempeñaba como juez del civil, los casó un sábado por la noche. Rafael mandó traer una botella de coñac y en la vieja sala del caserón se brindó por la felicidad de los esposos. Habían venido dos oficiales, compañeros del contrayente quienes no escatimaron elogios para alabar la belleza y la juventud de la desposada.

Mamá Sarita en un rincón, con una manta sobre las piernas, apenas respondía a su parlanchina consuegra, empeñada en referirle los milagros de la Virgen de Zapopan, e invitándola a ir en peregrinación para pedirle que le devolviera la salud. Animada por el coñac la señora Chucha, exageraba los almacenes de muletas, bastones y sillas de ruedas, que los enfermos

curados habían abandonado en el templo, en prueba de que recobrada la salud para siempre, nunca más necesitarían aquellas cosas. Mamá Sarita asentía, con los ojos enrojecidos, y cuando dieron las diez y pretextando sentirse muy fatigada, se fue a su habitación a llorar a sus anchas, seguida de la fiel Luz, que se había pasado día y noche anterior intentando consolar a su ama.

— ¡Es un ingrato! —declaraba la celosa madre repitiendo sus lamentaciones — ¡Yo nunca le prohibí nada! Lo mismo tuvo borracheras, que mujercillas, pero esto que me hace ahora no lo soporto. Traer a esa advenediza a mi propia casa, ¡Y con esa vieja gorda, alcahueta, desvergonzada, vendiendo a la hija sin ningún honor!

Luz intentaba calmarla, alegando que se veía buena muchacha, pero mamá Sarita envenenada por los celos y el odio creciente respondía con desprecio.

— ¡Parece la pura verdad, pero es una hipócrita!

Y volvía a la carga con lo de la ingratitud del hijo, su pésima elección y su prisa por consumir lo que ella llamaba una barbaridad. El padre Francisquito, quien había hecho una visita de cortesía, para ultimar los detalles de la boda eclesiástica, la había tranquilizado momentáneamente, aconsejándole respetar los designios de Dios y ofrecerle tales incomodidades por la mejoría de su salud quebrantada, pero la anciana que aparentó convencerse con tan cristianos razonamientos, apenas se marchó el buen sacerdote, presa de la más atroz neurastenia, declaró que se vengaría y que no le faltarían medios de terminar con ella. Tan descabellada amenaza asustó a Luz, aquello era inhumano, la infeliz muchacha no tenía culpa, claramente se veía que doña Chucha y el señor Rafael habían concertado el casorio, además la pobre lucía tan asustada, que sólo un ciego no podía ver que estaba ansiando largarse.

— ¡Nunca hay que desearle mal al prójimo! —protestó Luz. — ¡Porque lo que deseamos mal para otros, puede volteársenos a nosotros!

Mamá Sarita no abandonó su terquedad y sólo a instancias de su hijo se presentó en la parroquia para asistir a la misa nupcial, aunque su mente, tenazmente ocupada en otra cosa, estuvo en todo menos que en la ceremonia; y solamente cuando finalizó la boda y María Elena pálida y ojerosa se deshizo del velo y la corona de azahares, mamá Sarita con benevolente sonrisa, misteriosamente transformada y hasta contenta, se convirtió —fantástica transición— en lo que nunca había sido: una ancianita amable y platicadora... por unas horas.

-8-

. Al siguiente día Doña Jesús decidió partir a Guadalajara, y María Elena pálida y llorosa, la acompañó a la estación Colonia insistiendo nuevamente en que le permitiera volver con ella, pero su madre permaneció inflexible

-¡Muchacha visajuda! –le aconsejó por lo bajo- Hazte querer de esta gente, no se te vaya a ocurrir regresarte a Guadalajara, porque yo no te voy a recibir, bastante harta he quedado desvelándome con la costura ajena, y de los remilgos de las catrinas, que quieren vestirse como princesas componiendo sus trapos viejos. El cojo tiene buen empleo, y aunque es un poco borrachín, ya lo irás conociendo con el tiempo y lo podrás manejar como quieras. Ya te escribiré y nos veremos en unos meses en cuanto pueda venir a verte.

María Elena sintió que se le partía el alma. Con el rostro bañado en lágrimas suplicó a su madre que se la llevara en las mismas escalinatas del vagón pero Doña Jesús se desprendió de ella bruscamente, habían dado los tres campanillazos de rigor y desde el espacioso andén de Buenavista, el tren directo inició su marcha.

De regreso la joven, visiblemente acongojada, apenas correspondió a las atenciones de su marido quien la consolaba atento con palabraditas cuajadas de bondad, él comprendía cuan dura era la separación, pero Guadalajara no estaba en el fin del mundo y bastaban unas horas de ferrocarril para ir allá.

Regresaron en el Correo-Mixcoac y como Rafael se estaba poniendo demasiado tierno, ella optó por hacerse la enferma y pretextando un fuerte dolor de cabeza fue a recostarse; el mayor mientras tanto acosado por los amargos reproches de su madre, fue a buscar un poco de sosiego en alguna cantina donde no fueran demasiado remilgosos con los uniformados.

María Elena se dejó caer en la cama para desahogarse y llorar a sus anchas, sentía vergüenza de la conducta de su madre, quien la había entregado así no más, como si quisiera deshacerse de algo que le estorbaba. Largo rato estuvo pensando en su inadecuado comportamiento, pero al fin tuvo que disculparla, pues siendo una familia tan pobre la suya, estar casada significaba estar cuando menos a salvo del desamparo, se puso a pensar en sus consejos y se decidió a ponerlos en práctica; se ganaría con halagos y atenciones a las ancianas y en cuanto al marido, pues no más que él quisiera se le daría por entero, no habían pasado desapercibidas sus insistentes miradas que ella sentía que la desnudaban sin tocarla, y que aunque la llenaban de vergüenza, su instinto de mujer le advertía que era su única arma, estaba sola, no contaba con dinero, ni parientes, ni amigos, y además su madre le había advertido muy claramente que no la recibiría en Guadalajara si intentaba regresar.

Con la mente afiebrada por tan tristes pensamientos, salió a caminar por el jardín terriblemente oscuro. Tan inmensa era su tragedia que hasta olvidó el terror que le causaban los árboles copudos, la higuera extendiéndose tenebrosa y las bugambilias invadiendo los muros leprosos, deambuló un buen rato por las calzadas cubiertas de moho y fue a sentarse en el fatídico banco, donde al decir de los vecinos, tantas veces se había presentado la espeluznante pareja: el sacerdote en pena secundado de aquella compañera de quien sabe que terrible pecado, a poco, distinguió las luces de la sala, que se habían prendido, pálidas y difusas a través de los vidrios

opacos y cubiertos hasta la mitad por los visillos polvorientos. María Elena se presentó en la sala, donde mamá Sarita hablaba con Luz.

— No quisiera estorbar. . . —murmuró.

Mamá Sarita respondió seria desde su mecedora:

— Con tus pasos molestas a las ánimas que andan por el patio.

— ¿Las ánimas? —repitió aterrorizada la muchacha. — ¿En el patio? ¿Entonces, sí es cierto? — preguntó temblando de emoción.

—Por si es verdad o no, yo poco salgo por las noches, sólo para lo muy necesario —comentó Luz.

María Elena se sentó en el sofá de mimbre amarillo.

— ¿Usted nunca habrá visto nada, verdad? —demandó con los labios blancos.

— ¡Ni Dios lo quiera! —respondió Luz. —Por eso me confieso y comulgo todos los viernes, para que Nuestro Señor me tenga en su misericordia. ¡Tú debías rezar todas las noches el Yo Pecador!

— Para que no vayan a cogerte desprevenida. —Habló mamá Sarita. Su voz sonó lúgubre como si se gozara de ver sufrir a la pobre muchacha de quien el miedo comenzaba apoderarse incontenible, como el fuego de las hojas secas.

Elena se volvió bruscamente hacia la anciana, que con parsimonia limpiaba sus gruesos lentes con un pañuelo.

— ¿Qué debo hacer mamá Sarita? —clamó desesperada, acercándose, intentando mirarle a los ojos, inocentemente azules en ocasiones, a través de los lentes; luego, al no obtener inmediata respuesta, se aproximó más, pero retrocedió horrorizada de su tentativa, aquellos ojos eran fríos como los de un ofidio. A la incierta luz del candil, María Elena descubrió que eran verdes con puntitos dorados.

— ¡Eso es cosa tuya! —respondió por fin, al cabo de unos segundos que a la muchacha la parecieron horas. — Así cómo eres mujer para andar embabucando a los hombres, debías saber cuidarte de *ellos* —y volvió a engatusarse los arillos de oro.

Afortunadamente la cerradura giró. El inequívoco ruido de los pasos triples, por las muletas, anunció la llegada de Rafael.

Tiró la gorra sobre la mesita cubierta por la vieja carpeta larga y fue derecho a saludar a su madre.

— ¿Cómo vamos mamá?

— ¿Cómo he de ir? —volvió a quejarse la anciana. — ¡Con estas piernas que me duelen a toda hora!

— Ya le dije que quiero que se ponga bien. Tiene que vivir todavía muchos años, en medio de nosotros ¿Verdad, mi amor? — Añadió dirigiéndose a María Elena.

— ¡Vivir! —silabeó la anciana. — ¡Vivir para la eternidad! ¡ Todavía voy a vivir mucho, muchos años, entre ustedes, pero en la eternidad!

Y se levantó de la vieja mecedora, apoyándose en su bastón tlaxcalteca, seguida de Luz, que acompañó a su ama a su recámara.

— ¡Ah, que viejita ésta! —murmuró Rafael y se sentó al lado de su esposa.

Entonces María Elena presa del terror y más indefensa que nunca, se echó a llorar y por primera vez, buscó el pecho protector del soldado, que le acariciaba el cabello consolándola:

— ¡Ya está bueno de lágrimas!

—Yo tengo miedo. . . —balbució acobardada.

El mayor no le respondió, le levantó la cara por la barbilla y le dio un sonoro beso en los labios, pero a María Elena le dio asco al percibir el desagradable tufo del tequila.

— 9 —

¿Fue algo convenido entre ama y criada, o acaso solamente una estratagema entendida? ¿Obedeció a un plan trazado por la intransigente viejecilla, alimentado por el odio y la perruna aquiescencia de Luz habituada a cumplirle todos sus caprichos? ¿Se trató de una diversión sádica que procuraba a la anciana el morboso placer de mirar como su asustadiza nuera empalidecía, volviéndose cada vez más hosca, intratable y desamorada de su marido, o una venganza, en la cual mamá Sarita hizo pagar bien caro a la intrusa, el haberle arrebatado una parte del cariño de su hijo? ¿Ellos realmente se ensañaron con aquella víctima de la pobreza y del egoísmo de una madre poco escrupulosa, o fueron casuales las manifestaciones extrañas, las visiones, los ruidos?.

¡Quizá fue de todo un poco! pero se diría más bien... fue ese algo capaz de convertir la sospecha en una certidumbre, una leve molestia en una enfermedad mortal, un presentimiento en una tragedia dantesca, una chispa en un incendio devastador: ¡La imaginación!

Aún no se había repuesto María Elena de los embates del cojo, unidos a la repugnancia de mirarle el muñón de la pierna trunca, su habitual tufillo a tequila, y a los altibajos de su carácter donde alternaban, cierta ternura barata con el despotismo cuartelero, y ya paseaba impaciente sus dieciocho años entre las callejas ahora polvorientas, o empedradas del viejo Mixcoac. Aunque no le hubiesen permitido sus carceleras, salir sola, tampoco ella lo deseaba, pero a las instancias y recomendaciones de Rafael de que su esposa no permaneciera encerrada, Luz tuvo que ceder y empezó por llevarla a misa a la iglesia de La Candelaria y después a las compras. María Elena apenas pudo conservarse en pie cuando Pachita con su habitual sonrisa le preguntó:

— ¿Y qué tal le ha ido por allá en esa casa? ¡Si a mí no más de pasar por enfrente se me enchina el cuero! Por algo le han dicho siempre la casa asustona.

Y Don Agustín el del camote enmielado, le recomendó mientras se alisaba la barba canosa:

— Niña. . . cuándo vea o escuche alguna cosa, hábleles ¡Y no les tenga miedo!

María Elena se quedó pálida, tensa, aguantando la respiración y el buen hombre creyó prudente agregar:

— ¡A la buena quieren dejarle algo! Debería usted armarse de valor y preguntarles ¿Dónde está el dinero que dejaron escondido?

— ¡Allí no hay ni un clavo! —terció una vecina que había seguido curiosa la conversación. —Esa casa es de las que traen tan sólo mala suerte, desdichas y enfermedades, ya lo ve, desde que llegaron, doña Sarita ha estado siempre enferma, nunca ha podido mejorarse ni siquiera por unos días.

— Es que la casa es muy húmeda, con tanta planta —admitió Luz.

— Ya deberían haber mandado tirar esos árboles — agregó la entrometida — por unos cuantos higos, esa condenada planta se extiende por todas partes llenando el patio de sombra.

— La señora no quiere que se toquen las plantas —contestó Luz. — ¡Y como es su casa nosotras no podemos hacer nada, más que callar y obedecer!

Y cogiendo el plato rebosante de camote y calabaza, partieron, la criada silenciosa y despótica, María Elena con la cabeza baja, convencida de que ni con zalemas y obediencia, ganaría nunca la voluntad de la terca solterona.

— 10 —

Aquella tarde después de la comida, María Elena se sentó en un viejo equipal de cuero, frente al patio, con la costura sobre las piernas, mirando como los gorriones picoteaban inocentemente la tierra, medio enloquecida por aquellos rostros sin voz, sin palabras, huyendo a todas horas del miedo, del horror que se metía por todas partes, infiltrándose como la humedad en las paredes, entre las macetas, en los lavaderos grisáceos. De vez en cuando dirigía una desconfiada mirada hacia el gallinero, donde las asustadizas aves habían armado un fenomenal escándalo la noche anterior, cacareando y aleteando angustiadas, en una pugna por saltar la valla de alambre que las oprimía y huir. María Elena contempló horrorizada el reguero de plumas blancas y rojas, vestigio de su tremenda desesperación, mientras Canuto con prolongados aullidos iba y venía por toda la casa, parece que sólo tenía ojos para indagar en los rincones donde se escurrían las sombras y se quedaba prendido, agazapado, rugiendo por lo bajo, ladrando en algunos momentos, desafiante y agresivo otros, magnetizado por una expectativa indefinida, que le producía aquel desasosiego cruel, aquella duermevela inacabable que no le dejaba un momento de paz al pobre animal.

De pronto mamá Sarita apareció apoyándose en uno de los fríos pilares del pórtico.

— A estas horas suelen salir las ánimas —dijo a su nuera con voz pausada y como si arrastrara cada palabra— la casa está llena de espantos. Ya nos cansamos de rezarles Luz y yo y hasta vino

el padre Francisquito a echar agua bendita con el hisopo, pero creo que fue peor, antes dejaba bandejas de agua por toda la casa para que se descargara tanta electricidad, prendíamos velas para alumbrarlos, pero no ha servido de nada, el padre y la señora siguen apareciéndose allí —y señaló el banco— cuando uno menos se lo imagina.

— ¿El padre y la señora? —repitió maquinalmente María Elena, separándose con un ademán nervioso el pelo de la frente— ¿Otra vez?

— Sí, otra vez, por eso se asustaron tanto las gallinas. Yo ya los he visto: él lleva el hábito hasta el suelo, pero no se le ven los pies. . . y el capuchón echado sobre la cabeza; ella lleva un vestido negro, desgarrado y terroso, debe ser con el que la enterraron.

María Elena se levantó con los dientes castañéandole.

— ¿Pero. . . qué es lo que quieren? ¿Por qué no se van a otra parte? ¡Y si Dios no los perdona, que culpa tengo yo!

—Ya te dije que buscan almas caritativas que les recen, pero son muy codiciosos, como están desesperados y quieren huir de su castigo, mientras más pides por ellos más te buscan y te exigen. Conocí a mucha gente que se la llevaron. ¡No la dejaban ni a sol ni a sombra!

— ¡Oh que horror! —exclamó la joven llevándose las manos a la cara. — ¿Cómo Dios puede permitir semejante cosa?

— ¡Son sus designios, y a nosotros no nos toca juzgarlos! Lo malo es que deben ser muchos.

— ¿Muchos? —repitió la nuera con los ojos saliéndoseles de las órbitas.

— Bueno, yo creía que eran únicamente el padre y la mujer enlutada, pero a veces en la noche se oye un coro de voces muy bajo, como si rezaran, yo procuraba entender lo que decían ¡Pero tenía tanto miedo como tú ahora! Mejor cerré los ojos, sabía que me estaban rondando, de las paredes parecían escaparse sus murmullos, sus suspiros, sus voces, sentí frío en la espalda ¡Un frío que me heló hasta los huesos! Debe ser el frío de las tumbas, entonces ví muy claro caminar una luz, una luz espectral, color de ceniza, que traspasaba los muebles, las paredes... cuándo pasó cerca de la vela, la llama se torció horriblemente y luego se apagó. . . quería rezar y las palabras se me atragantaron, entonces empecé a oír susurros, palpitaciones, suspiros, quejas, sollozos, oí como me jalaban los cajones, cambiaron de lugar los muebles, abrieron y cerraron puertas y ventanas... yo dije ya me tiraron todo al suelo, me levanté y como pude fui a ver que pasaba, Rafael no había llegado y Luz estaba en su cuarto, pero todo seguía en su sitio! Otro día lo único que encontré fueron las hojas de mi Lavalle todas deshechas ¡Es que son espíritus renegados que nunca tuvieron temor de Dios!

— ¡Basta, basta por favor señora, no puedo seguir escuchando sus cosas! ¡Por piedad déjeme en paz! ¡Creo que me voy a volver loca aquí! ¡Quisiera huir lejos! ¡Huir!

—Yo tengo algún dinerillo, podría prestarte, pero tengo miedo de mi hijo, es muy violento y si te encuentra te mata. Quizás te podrías esconder en Guadalajara.

—Mi madre no me quiere —admitió dolida la muchacha. — ¡Me ha prohibido regresar!  
—Entonces —dijo la anciana sentenciosamente— ¡Quédate! ¡Quédate hasta que se te aparezcan el día menos pensado!  
Y se fue metiendo con pasos lentos a la casa, luego, mirando al perro, se volvió para decirle:  
— ¡Si él pudiera contar lo que vio!  
Y cerró la puerta tras de sí. mientras María Elena hecha un mar de llanto, intentaba rezar, ya no sabía si por ella o por las ánimas.

-11-

Se acostó con la cara tapada, tratando de cerrar al exterior los sentidos demasiado sensibles, intentaba no oír, no ver, no saber, pero sin proponérselo estaba pendiente de los ruidos más leves, de los murmullos, de las pisadas; así cubierta se imaginaba que abrían una puerta, que traspasaban un muro, que unas uñas rascaban la tierra, que rechinaban las tapas de un ataúd, que andaban alrededor de la fuente o que aspiraban frenéticamente las flores de los rosales. Estaba abatida, se durmió unos minutos solamente para dar paso a las pesadillas más horripilantes, el monje carmelita con la mujer enlutada se le aparecían dejándola aterrada, ella intentaba correr, pero las piernas se le volvían pesadas, como plomos. — ¡No quiero verles la cara!— clamaba, e intentaba ganar la calle, pero la puerta estaba fuertemente cerrada — ¡Me tienen como presa!  
-gritaba forcejeando los pasadores, golpeando, con la esperanza vaga de que alguien por casualidad que pasara por la calle la escuchara, mientras tanto *ellos* avanzaban lentamente, adelantándose para aterrorizarla con sus rostros horribles, de pronto la puerta cedía, ella escuchaba el chirriar de las visagras y ganaba la calle. Se despertó bruscamente. Escuchó voces. Era Rafael quien acababa de llegar y que efectivamente había abierto la puerta, lo escuchó hablar con Luz en voz alta y luego venir hacia la habitación que les servía de recámara conyugal. María Elena escuchó el paso desigual de su única pierna y las muletas.  
— ¿Ya estás dormida? —preguntó con voz áspera.  
María Elena supo que venía bebido.  
— No. Sólo cierro los ojos porque tengo miedo.  
— ¡Déjate de miedos! — ordenó encolerizado— ¡Si estás loca, no más me dices y te mando encerrar inmediatamente en La Castañeda, que al fin y al cabo no está muy lejos de aquí!  
María Elena se incorporó.  
—Busco tu amparo para defenderme de *ellos*—dijo apenada de su debilidad, pero con cierto aire de reproche. ¿No era él su marido, el hombre, el fuerte, él que estaba obligado a protegerla y más aún tratándose de un soldado?

— ¡Yo no puedo ampararte contra tus endemoniados nervios! Es que no tienes nada que hacer y tu imaginación libre sólo se ocupa de tonterías. Deberías ocuparte más de la casa.

— No me permiten hacer nada.

— Eres tú quien no se presta.

— Es que no me siento como en mi casa. Si viviéramos solos estaría mejor.

— Eso es lo que buscas solamente ¡La libertad! Ahora veo porque tu madre quería deshacerse de ti, a como diera lugar.

-No tienes porque decir una palabra de mi madre.

-Yo digo lo que se me pega la gana

-Ya se ve que estás acostumbrado a gritar en el cuartel. —Exclamó la joven con indignación.

Entonces el mayor se adelantó y le propinó una bofetada

— ¡A ver si miras primero con quién hablas!

La muchacha se echó a llorar sobre la cama, ocultándose el rostro con las manos. El militar miró como las líneas de su cuerpo se pegaban a la bata y le asaltó como siempre el deseo, dejó a un lado las muletas y se sentó al borde del lecho intentando consolarla.

—Me sacas de mis casillas —dijo, echándole el aliento fétido de tequila sobre la mejilla. — Vuelvo a casa sólo para mirar como lloras y para oír historias de viejas.

—Esas historias tu misma madre me las ha contado esta tarde. ¡También ella los ha visto!

—Son cosas de su edad —respondió el mayor suavizando el tono— ¡Tú deberías comprender que con su enfermedad se han agotado mucho sus nervios! ¡Aparecidos! ¡Fantasmas! A mí nunca se me ha puesto uno por delante. . . si no ya veríamos —amenazó mientras se desprendía el cinturón con el revolver. —Ya ves —le susurró al oído— me has obligado a pegarte. Y conste que nunca me ha gustado pegarle a una mujer.

— ¡Rafael! —suplicó atemorizada y llorosa, mientras se llevaba la mano a la boca que había comenzado a sangrar— ¡Quiero irme! ¡Quiero salir de esta casa que me da tanto miedo! entiéndeme, no pretendo dejarte, no es que quiera regresar a Guadalajara. ¡Demasiado sé lo que hice! ¡Soy tu esposa!, y aunque no te quiera mucho por ahora, me conozco demasiado y sé que podría llegar a sentir algo por ti, pero necesitas escucharme. Llévame a otra parte, me conformaría con tener una habitación, nos podríamos avenir...

—Eso es imposible —apuntó el militar— yo no abandonaría a mi madre por nada del mundo, ni por ti, ni por veinte mejores que tú. Lo que pasa es que eres una niña caprichosa, y a las muchachitas como tú, yo las sé arreglar como es debido -y sentenció autoritario- Usted se va a quedar aquí y a obedecer lo que mi madre le mande! Mañana salgo para Río Balsas de comisión ¡Y ay de ti si no te salen todas esas tonteras de la cabeza!

Se desabrochó pesadamente la camisa y los pantalones, luego hizo una señal para que María Elena viniera a ayudarlo a sacarle su único zapato y se acostó. María Elena no dejaba de llorar, entre el sueño y la borrachera, Rafael murmuró:

—Me gusta sentir el calor de tu cuerpo.

—Cúmpleme lo que te pido —demandó ella llorosa— ¡Sácame de esta maldita casa!

—Yo sólo tengo un deseo —respondió el militar— ¡Tú! —Y empezó a desabrocharle la bata, pero la borrachera lo venció y se fue quedando dormido.

— 12 —

—Tengo miedo de la noche, de los fantasmas, de las paredes horadadas por espíritus. Llévame contigo Rafael, trataré de no interrumpir, de molestar lo menos posible.

—Yo voy a trabajar —respondió el militar terminante. —No se trata de una excursión, ni de un paseo, el río Balsas está infestado de moscos, y lo menos que te puede pasar es que contraigas una malaria o algo por el estilo.

El tren de Cuernavaca que debía transportarlo hasta Balsas, se detuvo lento y pesado en la estación de Mixcoac. Horacio subió el equipaje y el portafolio del mayor y regresó para ayudarlo a trepar, operación bastante deslucida para un oficial. Ya en la plataforma y cuando la locomotora de vapor anunciaba el reinicio de la marcha, Rafael se despidió:

—Nos vemos, procura sacarte de la cabeza esas tonterías.

—Presiento que ya nunca nos volveremos a ver —susurró gravemente María Elena— ¡Adiós, Rafael!

El pareció no escucharla o quizá no pudo oíría entre aquel barullo de silbatazos, campanillazos y alharaca con que la vieja máquina partió de la pobrísima estación.

María Elena descendió por la polvorienta calle de Merced Gómez, con la certidumbre de que iba a un matadero, tuvo la tentación de la fuga, pero dónde podía ir una pobre muchacha sin dinero, sin parientes ni amigos, que por primera vez estaba en México, una ciudad tan grande, con aquella terrible fama de que se robaban a las muchachas para llevarlas por la fuerza a las *casas malas*, pensó en llamar a cualquier puerta y pedir socorro, en acudir a la iglesia y referirle sus desventuras al padre Francisquito y empezó a caminar siguiendo el terraplén del tranvía rumbo a la Parroquia, pensaba en lo que le iba a decir al buen sacerdote, pero comprendió al punto que con aquella historia de los aparecidos la iban a tomar por loca. Entonces optó por regresar al caserón.

De lejos le pareció ver que su suegra hablaba con unos hombres en la puerta que ciaba a la calle de Miguel Cabrera, pero no pudo verles bien.

—Me esperé hasta que el tren partió. —Dijo para disculpar su tardanza.

Luz le respondió que su desayuno estaba en el rescoldo de la lumbre para no enfriarse. Fue hacia la cocina y bebió un pocilio de café negro, mordisqueando sin hambre una semita, Luz -entraba y salía como intentando decirle algo, al fin le pidió ayuda para arreglar el jardín.

La muchacha empezaba a sentir terror del dichoso jardín, aún durante aquella hora de la mañana, en que el sol y la luz volvían inofensivos los temidos rincones donde se escondían las ánimas, no obstante aceptó confiada en que con la compañía de Luz no pasaría nada anormal.

—Ayúdame a plantar estas flores —dijo Luz señalándole los largos camotitos de unos lirios.

La joven empezó a rascar la tierra, valiéndose de una vieja pala y de una cuchara de albañil. De vez en cuando Luz daba sus vueltas para supervisar el trabajo.

—Hay que cavar más hondo y revolver bien la tierra. —Ordenó secamente. A los pocos minutos mamá Sarita salía renqueando con una capa de estambre gris sobre los hombros. María Elena cavaba, hasta que de pronto sintió que había topado con un objeto hueco.

—Aquí hay algo. —Explicó.

— ¡Pues sácalo! —Ordenó imperativa la anciana.

María Elena se inclinó y comenzó a separar la tierra con las manos temblorosas, entonces lanzó un grito agudísimo.

— ¡Es algo muy duro! —Gimió angustiada, mientras intentaba emprender la huida, pero al instante ambas mujeres la sujetaron.

— ¡Sácala! —insistió Luz —¡Acomédete a algo! ¿No ves que yo no puedo agacharme?

Mamá Sarita le había clavado en el brazo sus uñas como garras.

— ¡Toda la casa está nadando en un mar de huesos! —afirmó ceñuda. —Hay fémures, costillas, mandíbulas, manos, cráneos. . . restos de difuntos que no pueden descansar porque aquí no es tierra santificada.

María Elena tomó la pala, pero Luz se la arrebató furiosa.

— ¡Con las manos! ¡Para eso te las dio Dios, para trabajar! ¿O es que estás manca?

— ¡Es que no quiero tocar eso! —Protestó la muchacha.

—Pues tienes que hacerlo, porque te lo está mandando la señora. Anda limpia bien la tierra. —Pidió Luz.

-María Elena se inclinó y sacó con los ojos desorbitados una calavera, que apenas retuvo unos instantes entre las manos, aventándola lejos.

Mamá Sarita insistió.

—Sigue escarbando. A la buena hay monedas de oro, de esas que enterraban antes los españoles avarientos.

Pero María Elena había corrido como liebre herida a esconderse en la recámara, temblando convulsa, mientras un sudor frío le bañaba la frente y le castañeaban los dientes.

A las tres de la tarde el cielo se cerró, nubes plomizas se confabularon hasta volverlo negro, disipando la más mínima abertura azul, el aire se volvió frío y empezó a mecer con agitación las ramas de los árboles que se doblaron crujientes, gruesas gotas de lluvia empezaron a empapar la tierra, las primeras lavaron las hojas, revivieron las flores y dejaron como encerados los higos escondidos; pero al poco rato, las rachas de aire frío que arrastraban las cortinas de lluvia empezaron a destruir las plantas, con creciente estrépito el agua caía formando inacabables torrentes sobre el patio, en las azoteas, bajando después entre un ensordecedor murmullo por los canalones de lámina, en unos minutos el jardín se convirtió en un enorme charco en el que se formaban cientos de pequeñas burbujas, un coro siniestro de truenos respondía a la tenebrosa luz de los relámpagos; el cielo parecía ser el escenario de una lucha entre fuerzas infernales, cuyos ecos bastaban para poner al más templado los pelos de punta. A las seis todo se había oscurecido hasta volverse negro, incluso las aguas de la fuente que se desbordaba en chorros helados, millares de hojas nadaban sobre las aguas, el piar de un pajarillo completaba aquel cuadro de desolación, las gallinas encaramadas en el palo más alto, presenciaban esponjadas y silenciosas el diluvio, solo Canuto escurriendo agua y con la cola entre las patas iba y venía desesperado. Pronto las coladeras fueron impotentes para dar salida a las aguas que amenazaban inundar la casa. El eco de un tranvía sonando angustioso se metió entre los ruidos de la lluvia.

María Elena aterrada, friolenta, sin haber probado bocado en toda la tarde, a punto de desmayarse de terror, dejó la recámara buscando la compañía de las ancianas, pero encontró la sala oscura y desierta, fue a buscar el apagador de la luz para prender el candil viejo casi a tientas, una claridad amarillenta iluminó la estancia, la muchacha apartó un visillo de la ventana y clavó los ojos en el jardín, nido de todos los terrores, una racha de aire helado colada por las hendiduras la hirió de repente cual un vaho de muerte, y comenzó a caminar por la habitación como un animal girando sobre sí mismo; a la luz cegadora de un relámpago sostenida unos segundos siguió un trueno tan espantoso, que la muchacha con el corazón desbocado, puso las manos sobre los oídos en tanto que apretaba fuertemente los ojos, cuando volvió a abrirlos una oscuridad pavorosa lo envolvía todo, la electricidad se había averiado, se apresuró a ir a buscar en la cocina una caja de cerillos, luego, con las manos temblorosas encendió el aparato de petróleo grasiento y opaco.

Sobre la mesa de madera negra, la Virgen del Carmen inexorable y castigadora la miraba fijamente.

— ¡Ayúdame madre mía! —murmuró María Elena, pero la imagen se quedó muda. Tomó un libro que yacía amarillento y cubierto de polvo, sobre la cómoda que servía de improvisado altar

a la imagen y lo abrió tratando de distraer la mente de los opresivos pensamientos que la torturaban, sus ojos se posaron en una cuarteta :

*Del sol poniente a las postreras luces,  
sola, enlutada, reprimiendo el llanto,  
mi tumba buscarás entre las cruces  
del mudo y solitario camposanto.*

María Elena arrojó el libro. La luz eléctrica volvió a alumbrar. Mamá Sarita arrastrando sus pies metidos en unas gruesas pantuflas salió de no sé donde.

— ¡Te vas a acabar los ojos! —Sentenció.

-¿Qué cosa puedo hacer? —Interrogó angustiada.

— Rezar. ¿No ves que quieren que les reces?

Una puerta crujió, tal si la madera se quejara.

— ¡Ya lo he hecho! —aseguró. — ¡Me voy a volver loca!

Apareció Luz, brotando de las sombras.

—Vine a llevarme el quinqué por si vuelve a irse la energía.

Mamá Sarita se encaminó hacia su habitación.

—Rézales mucho para que te dejen en paz. A ellos no les moja el agua. ¿No oyes al pobre Canuto ladrar desesperado? ¡Es que han de estar en el patio, el padre y la mujer!

— ¿No podría quedarme con usted Lucecita? —Suplicó María Elena.

— ¡Ni Dios lo quiera! —respondió la mujer— ¡Yo quiero dormir tranquila! y a tí deben necesitarte mucho. . . ¡ Ay te dejo esa vela encendida! —Y se marchó sigilosa.

Dejó de llover. Una racha de aire sacudió la llama de la vela. La joven se quedó sola, le pareció escuchar que de la pieza contigua venía un murmullo como de rezos, aplicó el oído sobre la puerta y este cesó. El viejo reloj dio las diez de la noche lentas, monótonas, como si marcara el tiempo del más allá. María Elena volvió a encender la vela, luego puso las manos sobre la llama para calentárselas, de pronto le pareció ver que una luz blanca, sostenida por unas manos invisibles cruzaba el patio, quiso gritar, pero el grito sirvió para horrorizarla más, hizo con una mano la señal de la cruz y se volvió suplicante a la imagen:

— ¡Madre mía, perdónalos, déjalos descansar! La luz se extinguió, pero una nueva catástrofe la esperaba más espantosa que aquellos retazos de visiones. Al principio las, puertas empezaron a crujir, luego el piso, los techos, las paredes comenzaron a balancearse como si una fuerza gigantesca las empujara hacia arriba. María Elena alcanzó a murmurar:

— ¡Dios mío! ¡Está temblando!

La casa gemía, puñados de tierra, entre trozos de yeso desprendido, caían de los techos que amenazaban derrumbarse, las vigas apolilladas a punto de partirse en dos rechinaban entre horrendas convulsiones, los cuadros bailoteaban en las paredes, mientras un ruido extraño como

de furia subterránea se expandía monstruoso, fatídico, como un tumulto que se gestara en las entrañas de la tierra, y que ésta quisiera expulsarlo entre un estertor agónico. Canuto empezó a dar prolongados aullidos en tanto que las aves del gallinero porrumpieron en un escándalo atronador, un vidrio de la puerta que daba hacia el pórtico estalló hecho pedazos. María Elena gritó repetidas veces con todas sus fuerzas corriendo aterrada de un lado a otro y luego, sin percatarse de que el sismo amainaba cayó sin sentido sobre la cama donde había ido a refugiarse.

— 14 —

No supo cómo volvió en sí, pero no se atrevió a moverse. La casona estaba silenciosa, la lluvia había cesado completamente y tan solo se escuchaba el golpeteo acompasado de algunas gotas, el aire penetraba frío por el vidrio roto.

Siento que se me está helando el corazón —pensó— debe ser el frío de la muerte. Un cuchicheo de voces secretas, de murmullos, de frases ininteligibles que hormigueaban como polillas en la madera volvió a rozarle los oídos, pero ya no tuvo fuerzas para levantarse, su corazón después de haber latido acelerado, se volvía lento, le costaba trabajo respirar y sentía agudas dolencias en las articulaciones, las fuerzas empezaban a abandonarla, luego, no supo como el sueño la fue venciendo y se quedó dormida.

Soñó que estaba metida en un ataúd gris a la mitad de la pequeña iglesia de La Candelaria ausente de Dios, luego vio como la llevaban hasta un cementerio donde la esperaba una corte de figuras enlutadas, cuyas manos cadavéricas la atraían, pero entonces se aparecía la Virgen de la Candelaria y le ordenaba levantarse y seguirla sin que los dedos huesudos se atreviesen a tocarla, no veía la cara de la Virgen, pero sabía que era ella por su manto azul claro y porque al fin se sentía feliz y protegida.

Despertó mejor. Una luz opaca anunció el día. María Elena escuchó el canto de un gallo. ¡Qué noche! —pensó, recordando la tormenta, el temblor y los angustiosos murmullos revueltos entre el sueño reciente. Volvió a cerrar los ojos.

Tengo que vivir —se repitió mentalmente —apenas den las siete huiré de esta maldita casa, pediré limosna puerta por puerta o iré a buscar al padre Francisquito y le contaré todo ¡Tendrá que creerme! Estas brujas y sus endemoniados espíritus quieren acabar conmigo ¡Pero tengo que vivir!

Oyó que llamaban a misa. Una claridad débil iluminó el jardín lleno de charcos. Pensó que aún no daban las seis, pero al levantarse, si bien con mucho esfuerzo, se percató de que faltaba

poco para las siete. En la recámara se puso un vestido grueso. No quiso mirarse al espejo, de sobra se imaginaba la cara que tendría, se pasó el peine distraídamente por los cabellos revueltos, tomó su bolso y contó que tenía veinte pesos. No escuchó ningún ruido. Seguramente Luz ya se fue a misa —pensó— ¡A misa! Vieja condenada, mucho le ha de valer. . . y la viejilla aún no se ha levantado. Aprovecharé ahora.

Salió al patio mirando hacia todos lados. Bajó los escalones del pórtico cuidando de no mancharse los pies de lodo, siguió por una calzada, de pronto al llegar a la fuente, sentados sobre la banca, se aparecieron. . . *él*, con su hábito café, *ella* con el velo enlutado. Sintió que se le entiesaba el corazón, la mente, los nervios, dio un grito capaz de aterrar al mismo diablo y cayó; del tremendo golpe se abrió la cabeza que comenzó a sangrarle inmediatamente con abundancia, pero aunque éste había sido mortal pues había dado sobre el borde de la fuente, ella había muerto de miedo una fracción de segundo antes.

— 15 —

Un pájaro gimió con tal tristeza cual si su canto fuera un sollozo desgarrado.

—La habían enflaquecido, apenas si quería comer. Todo el día la reclamaban con insistencia, estaba llena de murmullos, los tenía metidos en los oídos, incrustados en el alma. —Explicó mamá Sarita.

El militar soltó tres o cuatro palabrotas, repertorio de los tiempos de la revolución, que no había olvidado del todo. Miró a su madre ásperamente, una especie de miedo y repulsión lo apartaron de aquellos ojos pequeños y redondos, que mal escondían tras de los lentes su diabólica malicia.

—En el parte médico del doctor Hidalgo se asentó que había sido un paro cardíaco. —Explicó Luz.

Rafael mudo la fulminó con una mirada cargada de odio

-16-

El padre Francisquito sacudió suavemente el hisopo y esparció generoso el agua bendita frente al ataúd gris que reposaba entre cuatro grandes cirios.

—Es un caso extraño —terció el coronel Benavides— lo sobrenatural, invadiendo el mundo normal y prosaico de los humanos vivos, de quienes estamos en esta dimensión, la única que conocemos y a la que está adaptada y mecanizada nuestra mente. Lo siento mucho, mayor. Lo

desconocido es más fuerte que el hombre. Supuse que todo esto había terminado. Han alumbrado muchas lunas desde que la noche oscureció la tierra, pero por lo visto aún no se aplacan las fuerzas negativas.

Interrumpió sus palabras, porque el padre Francisquito lo estaba escuchando

Francisco era un viejecito con el pelo quebrado, ya casi blanco, de tez morena y con una expresión tan amable, que la bondad parecía habersele asentado para siempre. Se volvió, grave, y dejó caer las palabras en tono profético:

—No existen tales fuerzas. Lo bueno o lo malo está en el hombre.

Y no les dirigió más la palabra.

En el cementerio de Tarango, hasta donde acompañó el cadáver, rezó solitario, entre-cerrando los ojos para decir muy por lo bajo, —sólo para Dios y para él— las palabras rituales: *Réquiem eterna donais domin a lux perpetua luciadeis Requiecast in pace. Amén.*

El fiel Horacio sostenía al militar sinceramente apesadumbrado, cuya imprudencia y ceguera se reprochaba; Luz estaba a distancia lejos de sus terribles miradas, mamá Sarita pretextando su reumatismo no había querido asistir al entierro. En su viejo ropero oloroso a rancio, doblaba afanosamente un hábito monacal de carmelita y un viejo vestido negro, casi verde, que los internos del manicomio, a cambio de un puñado de monedas, habían lucido en la representación del día anterior.

— 17 —

El lastimoso sonido del esquilón de La Candelaria se quedó vibrando en el aire como una larga queja. Mamá Sarita supuso que tal deferencia era recomendación del padre Francisquito.

En el aire pesaba algo siniestro. Canuto aullaba, bullendo la cola con desesperación. En su mirada había tal ansiedad, como si deseara relatar el horrendo crimen que había presenciado.

Mamá Sarita se asomó al jardín, el perro saltó gruñendo con una ferocidad tan inusual que hasta el pelo amarillo del lomo se le erizó. La viejilla sintió miedo.

—Llévate a ese condenado animal de aquí. —Ordenó a Luz.

— ¿Dónde? —Preguntó de mal talante la cómplice.

—Pues échalo a la calle, si me odia, a ver quién le da de comer por ahí.

Luz quiso cogerlo del collar, pero el pacífico animal se había vuelto agresivo e intentó echarle un mordisco, la criada lo soltó, trató de lanzarlo con el palo de una escoba vieja, pero el can se resistió, enseñó los dientes y gruñó; desarmada la mujer, optó por dejarlo mascullar en su perruna lengua quien sabe que atrocidades tan espantosas, que atemorizaron hasta a las indignas viejas.

Mamá Sarita se quedó sola en el patio. Un escalofrío la turbó repentinamente. A unos pasos, sobre la banca del jardín, los verdaderos fantasmas se aparecieron. Una certeza incuestionable le aseguró que eran los auténticos. Como hechizada por el magnetismo de un ofidio, atraída por el espeluznante horror de sus rostros descarnados, los fantasmas le mostraron, gozosos de atormentarla, sus calaveras agusanadas, sus ojos cocidos y desorbitados ¡La dantesca magnitud de su pecado, sumado al horrible pecado de otro crimen! La anciana no pudo moverse, pero su terror se trastocó en carcajadas.

-18-

#### EPILOGO

La casa asustona quedó pronto vacía. Mamá Sarita fue a acompañar a sus incondicionales amigos a .La Castañeda. A Luz se le llegó a ver implorar la caridad pública en el quicio de la puerta de la iglesia del Carmen, allá en San Ángel. Nunca quiso hacerlo por vergüenza en la parroquia de Santo Domingo o en La Candelaria. Al mayor no le sirvió de mucho su ascenso a coronel, y sumido entre la soledad y el alcohol murió de una cirrosis en el hospital militar. Doña Jesús, avejentada y achacosa, acabó sus días, entre horribles remordimientos, cociendo en su vieja máquina, mirando de vez en cuando un retrato y un mechón de cabellos de su hija.

Unos albañiles se encargaron de tirar el viejo caserón, para dar lugar a un edificio moderno. Encontraron seis barriles de monedas, y con gran contento de los dueños de la pulquería "Las glorias de Cupido", allá por las calles del Charco Azul, pagaban con monedas de oro, los jarros de pulque blanco extraído de los llanos de Apan.

## EL AJUSTE

-1-

La Barranca del Muerto, era un brazo del río Tula, cuyas aguas escasas, siempre sucias, y estancadas señalaban los límites entre Mixcoac y San Ángel.

Con su negra leyenda, atravesaba lo que es hoy una elegante zona residencial, pero que en 1939 era apenas un trozo de campo escasamente habitado y que violaban como dos intrusos los rieles del tranvía, cuyo paso sobre el puente metálico, provocaba un sonido hueco, que parecía enronquecerse, en tanto las ruedas aceradas giraban estrepitosas sobre las vías sobrepuestas.

Para llegar hasta ella, los crujientes vagones amarillos, montados sobre un terroso terraplén y jalando sus remolques sin puertas, para los pasajeros de segunda clase; habían dejado atrás la avenida no pavimentada, con modestas viviendas a uno y otro costado, de la silenciosa y apagada villa de Mixcoac, y se internaban por un camino recto, arbolado a trechos en ambos lados de la hilera de durmientes enchapopotados que iban a concluir hasta el pueblo de Tizapán, más allá de San Ángel donde se asentaba la antigua fábrica de papel.

Muy bello era el paisaje que desde el ventanillo del tren eléctrico podía contemplarse.

En el costado derecho se divisaba una extensa llanura, tapizada en casi todos los meses del año de hierbas multiformes de entre las que nacían espontáneas y sencillas una multitud de pequeñas florecillas variopintas: violetas, mirasoles, margaritas, que parecían sonreír en el cenit brotando profusamente de la tierra negra constantemente humedecida por los aguaceros que duraban hasta octubre, y cuyos aromas se metían por los poros de la nariz.

En ciertos trechos bien cercados también crecían milpas cuajadas de grandes mazorcas de maíz, blancas como copos de nieve, y ceñidas al áspero estuche esmeralda renegrado de las hojas,

donde anidaban rubios y suaves los cabellos de elote, cura eficaz, según las beatas de la conferencia, para quienes padecían enfermedades de la vejiga o de los riñones

En el ala izquierda, y envueltas en las perennes sombras de los ramajes, de las plantas trepadoras, de las enredaderas y bugambilias de variados tonos y colores, se percibían medio escondidas entre achaparradas bardas de tepetate o de ladrillo, combinadas con herrerías herrumbosas las fachadas y vestíbulos de las espaciosas quintas semiocultas, construidas en un solo piso que ostentaban sus elegantes balcones señoriales, casi siempre con las vidrieras cerradas y las cortinas corridas, y los zaguanes anchos rematados por gruesos portones de madera, empenachados con el rancio escudo familiar o con figuras de yeso.

No obstante la obsoleta suntuosidad de aquellas vetustas mansiones casi siempre parecían estar cerradas a piedra y lodo, o abandonadas por sus dueños que seguramente vivirían en el centro de la ciudad o en el extranjero, y que a no dudarlo las habrían de visitar muy de vez en cuando, o que aún habitadas en la actualidad, sus ocupantes guardaban celosamente esa privacidad distintiva de la caduca y trasnochada burguesía.

La avenida, si así puede llamársele, era de tierra apisonada, y banquetas o bocacalle no se distinguían, toda vez que ni hacían falta, pues permanecía siempre desierta y silenciosa, y el único sonido que podías percibirse, a más del trino de algún pajarillo, era el del tranvía que cruzaba veloz dentro de sus carriles alambrados.

Uno que otro escaso caminante despistado se aventuraba por aquella soledad pasando indiferente bajo los árboles copudos repletos de nidos de gorriones.

De pronto, aquella naturaleza pródiga se detenía, las milpas dejaban de ondear sus tallos elevados, el agua encharcada se iba escapando en el natural declive, y sólo los rieles a uno y otro lado del precipicio, continuaban tensos, fijos, hurgando el horizonte lejano. Era la dichosa barranca, teatro de una leyenda negra, cuyo trágico desenlace serían el crimen y la muerte, interrumpiendo aquel terreno desigual y pedregoso, que parecía desembocar de las ondas verdes del lomerío que dormitaba a los pies de los cerros azules y abruptos de la imponente cordillera del valle de México.

En las riberas del abismo, abundaban: peñascos erizados, piedras enormes que cayeron y rodaron entre la lava hirviente de las erupciones del Xitle, cardos espinosos, troncos retorcidos y escuálidos de pirules, sauces endebles y contritos, ahuehetes inclinados y tristes sucediéndose profusos por las laderas cortadas a pico, cubiertas de zacate alto, y cuyo final, allá en la profunda garganta, era un lecho pedregoso, apenas pobremente surtido en la época lluviosa.

En algunas tardes calurosas mi padre y yo atravesamos la barranca en el tranvía, regresando de San Ángel después de haber saludado a mi tío, el tranviario, que conducía un trenecito como de juguete, con el que hacía el servicio entre San Ángel y Coyoacán y nos dirigíamos hasta Tacubaya donde pasábamos la noche en compañía de unas tías solteronas, bebedoras de pulque y tencuarnis, mochas de tiempo completo; quienes solían prepararnos un succulento almuerzo, y para que no disminuyera mi fe de católico, me endilgaban antes de saborear mi plato de tamales, el rosario que no terminaba con la consabida letanía y se prolongaba indefinidamente entre una retahíla de rezos al prolífico y bien surtido santoral eclesiástico.

Cuando el domingo a las siete de la noche, nunca después, ya que lo prohibía el reglamento, del colegio donde estaba interno me devolvía papá a mi prisión, siempre llevaba en los bolsillos una fruta o algunos dulcecillos para Paco, quien al verme llegar venía a darme inmediatamente la bienvenida cargado de preguntas. Entonces mientras él devoraba las golosinas yo le relataba todo lo que había hecho durante mi salida, sin omitir ningún detalle.

Él suponía que aquel simple almuerzo había sido un banquete y un gran placer el alojarme en la casa de las viejas solteronas, y yo sentía una inmensa compasión, por aquel prisionero que no tenía más que el recuerdo torturante de su madre ametrallada y la obsesión por una maestrilla bonita, cuya llegada próxima, lo llenaba con anticipación de sobresaltos, apreciándola tal si se tratara un acontecimiento extraordinario. ¡Oh, la niñez, nuestra niñez que se llenaba de dicha con sólo escuchar una clase de Geografía o de Historia en labios de una joven, que apenas la terminaba, ni siquiera volvería a acordarse de nosotros!

Y Paco sufría por ello. Cuando yo le hacía ver que la señorita Rubí tendría seguramente un novio y se divertiría con él, acaso en el cine o en el teatro, rodeada de una familia que la trataría muy bien, él se dolía más que nadie de su miseria, de su orfandad y de su forzada reclusión él quién no poseía nada, que tenía mucho menos que nadie, vivía de aquella esperanza absurda de ver aparecer en el salón de clase a una muchacha que cumplía un deber sin demasiado entusiasmo, propiciando que nuestro mutuo condiscípulo José Antonio se burlara de aquel sentimentalismo de chiquillo.

Yo, quién también era un interno soportaba con mucho más entereza aquella vida, aunque como dije, con muchas menos privaciones pues mi padre venía frecuentemente a verme.

Un fin de semana también me tocó a mi pasarlo en el internado, los muchachos indiferentes al encierro jugaban a las damas chinas, a la pelota o con huesitos de chabacano, otros garabateaban *gatos* en sus cuadernos o preparaban las lecciones de la semana.

Paco y yo volvíamos a repasar una y cien veces los vestidos, los gestos, las palabras, el maquillaje y el peinado de la señorita Rubí. . . hasta que para mi ventura, felizmente conocí al

amigo más auténtico e inseparable de mi vida: ¡Un libro! ¡Pero un libro de literatura, no un tedioso y aburrido libro de texto! Se trataba de uno de aquellos apasionantes relatos de Emilio Salgari; devorarlo más que leerlo me anunció ¡Oh, precognición maravillosa que iba a ser escritor y la evasión que me proporcionó, permitió a mi mente infantil huir del ambiente lóbrego y asfixiante del colegio. Y una aurora tempranera y diáfana despuntó radiosa para mí: la vocación. Y ella me ha salvado

-3-

Tal vez aquella temprana vocación hoy me permite remontar aquellos días.

Una docena de cipreses alrededor del cementerio de Tarango apuntaban al cielo como flechas irrevocables hacia lo desconocido, su follaje triste.

En los atardeceres estivales, los campos poblados de verdura se refrescaban con un viento suave que mecía los zacatales y los ramajes y avivaba el penetrante olor de algún establo próximo. En tanto que el sol, taumaturgo de las luces postreras, jugaba con los tonos de la luz, antes de guarecerse definitivamente en el tibio almohadón gris de la cordillera del Ajusto, desde donde el promontorio azulado del pico del águila, encaramado en el más elevado sitio de las montañas, parecía presidir complacido, la bienaventuranza de aquella paz idílica.

Un hato de cabras, hartas de hierba, tornaba a veces perezoso, otras apresurado, para esquivar un aguacero próximo, al techo abrigador; mientras en el establo vecino, al otro costado de la barranca, el mugido de alguna vaca en celo rompía el impecable silencio del crepúsculo.

Entre aquel paisaje a propósito, para fondo de un retrato de Leonardo, se asentaba inocente y anónima, en la frontera donde convergían avenida y barranca, una casa de un sólo piso, amplia, pintada en color crema, y cuyos balcones totalmente enrejados, encima de otras ventanas pequeñas, que correspondían a los sótanos, daban a la calle. Los vidrios resguardados por elevados visillos y persianas, poca cosa permitían indagar del interior y cuando concluía la larga hilera de balustradas de hierro forjado, continuaba una barda a la que se habían añadido como remate puntiagudos trozos y asientos de botella, aquellos amenazadores filamentos de vidrios multicolores bastarían para quitar los ánimos al más audaz de los asaltantes. La amarillenta pared servía de marco a una anchísima reja de donde se alcanzaba a descubrir una buena parte del interior. En el costado izquierdo, un jardincillo mal cuidado iba a ensancharse hasta una pequeña alameda de pinos, cuya sombra cobijaba una fuente con las aguas perennemente verdosas y enlamadas, mientras a mano derecha y casi al frente una enorme escalera de piedra gris flanqueada por dos gruesos barandales, fabricados con la misma piedra, primorosamente tallados y cuyas simétricas columnillas constituían una meritoria obra artesanal, desembocaba en un amplio vestíbulo de mosaico con dibujos de cuadros blanco y negro, en medio del cual se asentaba una puerta de madera que daba acceso a un hall amplio.

A un costado de la construcción, un tomador de sol exhibía los primores de su vitral abombado, como un chichón que sobresalía entre los muros y algunos balconillos éstos si provistos de pequeños cristales opacos, proclamaba, como toda la casa, esa grandeza rancia, ajada, de las mansiones concebidas para la ostentación, pero que al igual que la fortuna de sus dueños, había ido decayendo, agobiada por el uso, las lluvias, la madera que se pudre, el salitre que corroee, los muros que se cuarteán, los cristales que se oscurecen, las vigas que se apolillan.

La mansión que debió haber albergado una de esas prominentes familias del porfiriato, concluía en el borde del precipicio, cuya última pared se fusionaba con uno de los flancos de la barranca; y exhibía a la derecha de la reja, una placa de metal, enmohecida y polvorienta, en cuyas letras se leía con mucho esfuerzo: Colegio Fournier. Internado.

—4—

La niñez reposa cual una retrospectiva caleidoscópica, sumergida, empantanada, entre nebulosas ansias aquietadas por los años, es como una aguamansa, cuyo oleaje apenas nos salpica, un sueño que creímos haber soñado, y que dormita allí, como los dragones legendarios, en la caverna de nuestro subconsciente. A veces el monstruo se despereza y cunde en su mundo, en el cosmos sin orillas de los sueños, de las pesadillas noctívagas que nos turban el reposo, pero en cuanto despertamos los símbolos se embeben en la almohada y nosotros simplemente decidimos continuar durmiendo en otra posición.

La niñez se ha ido para estar presente, es como arena que se nos ha escapado de entre los dedos, dejándonos residuos en la mano, partículas de tiempo en la intemporalidad, es como otra vida incrustada en nuestra vida, como una película de la que fuimos actores precoces, y que con el correr de las décadas nos sorprende al reconocernos ¡Yo era aquel chiquillo! ¡Qué distante! ¡Qué diferente! y nos sonreímos al identificar nuestra propia carne.

Sí, así fuimos: despreocupados, inocentes, sinceros, traviosos, perezosos, sujetos al despotismo de los adultos, sin un carácter muy definido, contradictorios y casi siempre impresionables, sin experiencia de la vida y preocupados, por lo que hoy nos debe parecer una ridiculez: la tarea de matemáticas, o el trompo que nos gustaba mucho y nunca tuvimos unas monedas para comprarlo, pequeñeces pero que entonces nos parecían trascendentales ¡A! ¡Cuántas horas se nublaron por esas fruslerías!

La niñez forma parte del pesado fardo que todos cargamos y que se va agrandando con el tiempo ¡El pasado!... y el pasado es el hatillo de errores, de las cosas que nos avergüenzan, de las palabras que nos abochornaron, y a veces, en la justa recompensa que todo lo equilibra, es también: unos rostros queridos, un paisaje inolvidable, unas palabras amables, una sonrisa, unos juegos, una música, un libro deshojado que alimentó nuestras nacientes fantasías, o nos ocupó unas horas de tediosa memorización. La niñez es la calle, hoy irreconocible, donde estaba nuestra escuela, la casona de abuelita que han convertido en condominio, el parque donde corrimos con el perro que nos quiso mucho, y que al morir nos arrancó lágrimas mucho más sinceras, que las que hoy vertemos en las ceremonias fúnebres por amigos que más bien son conocidos, por jefes que no estimamos, por familiares que el destino piadoso nos hace el bien de quitarnos de encima.

La niñez es la tarde dorada, en que corrimos sudorosos detrás de una pelota, o entre el campo cortado por charcos negros y profundos olorosos a humedad y descomposición, es el pequeño llano cenagoso, donde después de muchos saltos, resbalamos para caer enteros entre el agua y el lodo, suficientes para regresar a casa hechos una piltrafa y listos para recibir un regaño, un jalón de orejas o lo que viniera después... son los días de cama ardiendo en calentura con mamá al lado dulcemente inclinada sobre nosotros, las primeras lágrimas, los primeros desengaños, las primeras frustraciones, acaso la primer bocanada de aire refrescante que aspiramos voluptuosamente, llenando de oxígeno nuestros pulmones, la primera ansia de vivir, de libar de esa copa dulce y amarga que se llama vida, y agotar hasta la última gota, sedientos y anhelantes, caídos y dichosos, la medida improrrogable de nuestra corta existencia.

Apenas recuerdo cómo llegué allí, seguramente debe haber sido entre esos años, en que los pleitos menudearon tanto en casa, que al final mis padres decidieron distanciarse y colocarme en un colegio de interno, con tal que éste tuviera un nombre extranjero y que fuera católico, cómoda solución para un padre que quiere tener tranquila su conciencia, con respecto al cumplimiento de sus deberes con su hijo único, y para una madre tan desilusionada del matrimonio y al borde de la neurosis, que anhela más bien encontrarse a sí misma que educar a su vástago.

No faltó por cierto el consejo de la abuela, quien asesorada a su vez por la recomendación de alguna de las viejas beatas de no sé qué cofradía, sugirió el Colegio Fournier, ponderando que la asistencia de las madres y la dirección espiritual de un sacerdote eran una buena garantía, ya no tanto del aprendizaje de las asignaturas, sino de una aceptable formación moral. Semejante dictamen muy acorde con la época, aunque tratándose de mi persona no incluyó mi parecer, ni mucho menos admitía réplica; y para resarcirme de tan arbitraria decisión, se emplearon esos ingenuos lenitivos con lo que los adultos intentan suavizar sus acciones: algún dinerillo para golosinas, la promesa formal de salir a casa cada ocho días, acaso algún viaje cuando hubiera vacaciones y la seguridad, hoy me sonrío de lo fantástica e infundada, de que iba a estar muy bien, pues las madres, por el hecho de serlo eran muy buenas, y a las comidas del colegio se me

añadirían por cuenta de mi padre huevos, frutas y dulces. Al proyecto siguieron los hechos y previniendo que no fuera a tener frío o a ponerme enfermo, se me ajuareó con ropa abundante; y para que no tuviese necesidad de usar el dudoso avío del colegio, me aprovisionaron de toallas, mantas, jabón del baño, y por supuesto la larga lista de útiles y libros que me habían solicitado.

-5-

Así llegué un lunes por la mañana, antes de comenzar las clases, que se iniciaban con puntualidad inglesa al dar exactamente las ocho.

Pasamos de inmediato a la dirección amueblada con sobriedad, y en cuyo sitial de honor lucía el retrato del papa reinante, alternando con los del fundador del colegio, enlutado, grave, con los ojos bovinos, uno de San Juan Bosco con su jesuítica sonrisa y ¡Vaya paradoja! uno de Benito Juárez con sus ojos rasgados de indígena vengativo y con ese gesto cruel en los labios delgados, como si estuviesen a punto de pronunciar la fatídica sentencia del cerro de las campanas.

Salió a recibirnos una monja bajita, morena, vestida totalmente de negro, con una especie de bata que se abrochaba por la cintura mediante un cinto de cuero, llevaba el pelo alisado, una medalla enorme y unos lentes exagonales que le deformaban los ojos, poseía una voz queda, melosa, cual si una timidez crónica le impidiera llamar las cosas por su nombre y poner aplomo en las palabras, todo se volvían sonrisillas de conejo, a las que mi padre perdido por esa beatería que tanto le impresionaba siempre, procuraba corresponder deshaciéndose en cumplidos y elogios; y repitiéndome que procurara confesarme y comulgar cada viernes primero de mes y escuchar misa y rosario con devoción; recomendaciones tan reiteradas hicieron buena impresión en la monja, que se hacía llamar la madre Consuelo, quien ni tarda ni perezosa habló de incorporarme a su forzado grupo donde se impartían dos horas diarias de clases de religión. En cinco minutos quedé inscrito y la dichosa madre previo conteo minucioso de los billetes, llamó a Eusebio el conserje, para que llevara mi maleta a los dormitorios. Era éste un viejecillo de edad indefinida, con una cara de sacristán que ni mandada hacer y una sonrisilla que nunca se le borraba de la cara, lo pude constatar, incluso cuando de las órdenes o los regaños pasaban casi a los insultos; el buen hombre se llevó mi equipaje, y yo, entre las últimas exhortaciones de mi padre para que fuera obediente y respetuoso con mis superiores, abandoné la dirección para incorporarme a mi grupo de sexto grado, por una extraordinaria suerte en la sección "B". Todavía se quedaron mi padre y la monja hablando de santos, medallas, milagros en un tono que debe haber agradado mucho a la religiosa y yo me encontraba ya atravesando aquel tomador de sol con mosaicos que remedaban un tablero de ajedrez. Me había despedido con cierta frialdad de mi padre, haciendo acopio de valor, en realidad aquella acción contra mi persona me había

despertado cierto rencor, pero al traspasar el interior del colegio-prisión, las lágrimas se me salieron involuntariamente y por primera vez en la vida, me sentí verdaderamente solo; en aquellos años está nublada la perspectiva de la vida, y uno apenas se entera que el camino que fe falta por recorrer es aún muy largo y el dicho aquel que no hay mal que dure cien años, es apenas un juego incomprensible de palabras, yo sólo pensaba que iba a estar alejado de mi casa, de mis familiares y que ya no vería a los pocos amigos que me permitían tener, para colmo, había llegado cuando el curso estaba ya avanzado y tenía que ponerme al corriente con el resto del grupo.

Perdido entre tan poco lisonjeras cavilaciones me sorprendió una mujer, que de momento no supe si era monja, maestra, o no sé qué diablos; sólo recuerdo que tenía la cara morena, las espaldas anchas, y andar de milite, vestía una blusa negra y falda acompañada de igual color; tenía el pelo entrecano, e iba peinada con raya y chongo, llevaba lentes gruesísimos y las pupilas agrandadas con los cristales se le veían redondas, negras y fijas como las de una víbora, la cara estaba llena de verrugas moradas y lunares y del conjunto emanaba algo tan repugnante y tenebroso, que su sola presencia bastaba para mearse de susto, aquella vez, los ojos deben haberseme agrandado, sentí palidecer y los labios debieron tornárseme blancos, no sé como encontré fuerzas para musitar un *buenos días* sin agregar una palabra más, pues no sabía ni de quien se trataba; la mujer me miró de arriba hacia abajo con manifiesto desprecio y no se dignó contestar a mi saludo, en cambio con una voz áspera, agresiva, me espetó con acritud:

— ¿Qué hace usted aquí? ¡Vaya a formarse al patio con sus compañeros! ¡Cambíese! ¿No sabe qué día es hoy?

— Soy nuevo. — Balbucí francamente espantado.

— Vaya a ponerse el uniforme de deportes ¡Pero ya! —Y me tronó los dedos con un ademán tan despótico, como si hablara a un can mal educado.

Sentí que me habían salido alas en los pies y comencé a deambular por las salas del viejo caserón, afortunadamente me volví a topar con el viejo, quien con su sonrisilla inseparable me indicó dónde estaba mi equipaje, saqué el pantalón y la camisa blanca a toda prisa y sin cuidarme de cambiarme los zapatos ni los calcetines, volví a salir, en busca del patio, que era un cuadrado con losas de cemento en medio de los salones de clase.

Dos centenares de muchachos formados en filas indias, presenciaban silenciosos, vestidos de blanco de pies a cabeza, con el pelo reluciente de goma o de agua, quien sabe qué ceremonia dedicada a la bandera, que estaba al frente flanqueada por dos o tres chicos con las manos enguantadas; apenas pregunté al primero que vi cuál era la fila del sexto "B" y ya aparecía la consabida bruja que tanto me había impresionado, con un silbato entre los labios amoratados, con el que daba órdenes, como si estuviera en un penal. En un extremo siete muchachas, que al momento adiviné eran las maestras, bien vestidas, pulcras, jóvenes, con bonitos peinados, si bien

levemente maquilladas, presenciaban con cierta indiferencia la formación. Las miré una por una, intentando adivinar cuál iría a ser mi maestra; fiado de mi intuición intentaba por su cara y su gesto adivinar su carácter, pero aquel marimacho aterrador, como mosca entre la leche, acababa de lanzar otro agudo silbatazo, y plantada a la mitad del patio volvía a amenazar, si no se guardaba un absoluto silencio. Sus deseos se obedecieron. Entonces se metió por una de las puertas hasta un salón donde había un destartado piano, y con aquellas manos morenas más propias para tomar un hacha, que para posarlas sobre el teclado del instrumento, manoteó algunos mal hilvanados acordes del Himno Nacional. Comenzamos a cantar con nuestras voces destempladas y fuera de ritmo. La mujer interrumpió el acompañamiento y con los ojos echando chispas se encaró ante el juvenil contingente para insultarlo:

— ¿Qué amanecieron idiotas?— Y extendió los brazos, como las alas negras de un cuervo enorme para llevar el compás. Sin los pianazos el himno resultó mejor, y para continuar se hicieron saludos y honores a la bandera y un alumno leyó no recuerdo bien que jerigonza sobre los niños héroes. Por mi mala fortuna tuve la pésima ocurrencia de preguntar a mi compañero de lado: ¿Quién es la del pito? El muchacho se sonrió sin responderme, pero la endiablada mujer, quien tenía seguramente oídos de tísico, me apuntó con el dedo gritándome:

— ¿Quién está hablando por allí? ¿Qué no saben lo que es guardar silencio? ¡A ver den un paso al frente esos que estaban hablando!

-El nuevo me preguntaba quién es usted, señorita directora —explicó el muchacho.

— ¡Se quedan los dos cuando termine el acto! —Sentenció. Ahora sabía con quien tenía que habérmelas. Pero un nuevo energúmeno se había aparecido. Se trataba de un orangután medio rubio, bajo, corpulento, atlético, calvo y con la cara roja como camarón, estaba vestido con un uniforme blanco de buena clase y el escote de la camisa le dejaba ver un mechón de pelos entrecanos, era el maestro de deportes. Al concluir la ceremonia con más gritos, saludos y silbatazos, aquel oso, con un vozarrón de sargento se llevó a unos grupos al fondo, donde entre el jardín presidido por el estanque verdoso, se pasaba revista de aseo y se hacían los ejercicios que aquel cavernario ordenaba. Otros grupos fueron desfilando a sus salones y cuando la bruja se fue siguiendo el suyo, supe que era además la profesora del sexto "A" y que yo me había salvado por un pelo de caer en sus garras, con voz muy queda volví a preguntar.

— ¿Y ahora qué nos van a hacer? ¡Fue por mi culpa! —Reconocí apenado.

El muchacho se volvió comedido y me respondió.

— Nunca se te ocurra hablar durante las ceremonias. El castigo es muy duro.

A los dos minutos la mujer estaba frente a nosotros.

— ¡Mire qué zapatos trae! —Me dijo, como si me reprochara un feo delito.

— No tuve tiempo de cambiarme —me disculpé.

— No vuelva a presentarse así los lunes; y mucho menos hablar cuando ordeno silencio. Pase por esta vez, pero será la última. En cuanto a usted — y se dirigió a mi compañero — ¡Ya nos veremos las caras a la noche! ¡Vayan a su salón!

Iba a replicar que mi compañero ni siquiera me había contestado, pero me acobardé y la mujer nos dio insolentemente la espalda.

— ¿Por qué? — Insistí en preguntarle al asustado muchacho.

— ¡Quién sabe que se trae la vieja! — Y luego, como si quisiera olvidar la amenaza, agregó: — Me llamó José Antonio ¿Y tú?

Vi que tenía la piel blanca, el rostro ovalado y agradable, el cabello rubio y la sonrisa a flor de labio. Entramos al salón de clase.

-6-

Apenas recuerdo a mis maestras de enseñanza elemental, son como un recuento de nostalgias: Ema, María Luisa, Eugenia, Lolita, Rafaela, casi sólo nombres ¡Tanto se han debilitado las imágenes!; pero no podría olvidarme nunca de aquella muchacha joven, más bien delgaducha, menudita, con el pelo negro, largo y ondulado, la tez blanca e incrustada en el rostro una sonrisa que se extendía a los ojos y se desbordaba por el menor motivo, mostrando una dentadura blanca, en unos labios pintados de un rojo subido. Aquella mañana llevaba un traje sastre de color carmesí y una blusa blanca discretamente descotada, de cuyos puños bombachos despuntaban unas manos bien cuidadas que concluían en unas uñas pintadas con esmero, en el mismo tono de rojo que la boca. Se llamaba Rubí, Rubí Miilán, nombre que afirmaba su tendencia a lo rojo, hoy supongo que habrá tenido algo así como veintidós o veintitrés años.

Al verla, aquella mañana, no imaginé que iba a ser nuestra pasión infantil colectiva, supongo que ella tampoco debió haberlo adivinado. Me recibió con una sonrisa de amable condescendencia que me cautivó inmediatamente.

— ¿Tú eres el nuevo, verdad? — Me preguntó.

Y como yo, tímido y nervioso, le respondiera que sí con la cabeza, agregó:

— Puedes sentarte con Paco. — Y me señaló un pupitre vacío, en la tercera fila. Metí mis cachivaches en la papelera, cuidando de poner la pluma y el tintero en el compartimiento.

-¿Cómo te llamas? — Volvió a interrogarme, poniendo en su voz cierta curiosidad, repentinamente envalentonado dije mi nombre y agregué:

— Para servir a usted señorita.

Tan ceremoniosa respuesta provocó una carcajada general, pero ella respondió seriamente con un sonoro ¡Gracias! de mujer complacida.

— Espero que te gustará la clase —prosiguió— hemos visto algunas cosas nuevas, pero Paco te ayudará para que te pases pronto al corriente.

— Puedo prestarle mis apuntes —ofreció el aludido con comedimiento, encantado de servir los deseos de la maestra.

—Gracias. Seguro que los necesitaré. —Admití, y me puse a observar a mi compañero, mientras copiábamos algunas notas del pizarrón.

Era un muchacho raquítico, muy blanco y con los ojos tristes, de un azul de mosaico, tenía el semblante enfermizo, los cabellos castaños, y sobre la frente prematuramente despejada, le caía un mechón, que le daba un aire melancólico; vestía un overol verde y los pantalones decolorados, descosidos y deshilacliados por todas partes, se terminaban en unas rodillas huesudas y sucias, como correspondían a sus tobillos famélicos, llevaba unos zapatos gastadísimos, los supuse con las suelas agujereadas, si bien perfectamente teñidos y lustrados, y unos calcetines que alguna vez fueron blancos y que el desgaste había ensanchado tanto, que se los enrollaba hacia abajo. De momento tal apariencia de miseria me disgustó.

Hubiera preferido la compañía de un muchacho alegre, despreocupado, que se supiera un buen número de chistes picantes y de cuentos, pero su cortesía y su forma franca y abierta de mirar me despertaron una pronta simpatía, no obstante cuando me volví dos o tres veces lo encontré taciturno, sombrío, sólo más tarde, cuando fui descubriendo su carácter me enteré que aquel chiquillo únicamente reía cuando le hablaba la señorita Rubí, entonces, más que levantarse, se diría que saltaba del asiento y la cara se le iluminaba, llenándose de vida y alegría, por lo demás la maestra no le trataba con ninguna deferencia, y él solía quedarse callado, casi ausente, con aquella mueca de amargura alojada en la cara y los ojos de vez en cuando perdidos en no sé qué punto del patio gris, y otras, prendidos en una contemplación adoratriz por la maestra, cuyos movimientos seguía cuidadosamente, no obstante su aprovechamiento desmentía esa atención y cuando ella lo interrogaba sobre cualquier tema, apenas si podía contestarle y a duras penas salía del paso.

Al concluir la hora del recreo, a las diez y media, ya había conocido a todos mis compañeros: Maupomé el hijo del tendero, externo para su fortuna, Garnica, gordito y con el cabello peinado al cepillo, Pineda con las cejas negras y espesas, Kuri siempre con los dedos manchados de pintura, ocupados en decorar soldaditos de plomo, Alemán brutal, rudo y grosero, Ramón soez y agresivo, Casillas, otro externo, tímido hasta el grado de enrojecer apenas se le hablaba, y con el cutis tan blanco que en unos segundos quedaba convertido en una amapola, Barrón, un muchachote demasiado desarrollado para su edad, que apenas rozaría los trece años,

corpulento y buena gente; Olvera inquieto y travieso, y los dos áspides: Hidalgo, hijo de un médico homeópata, más negro que moreno, siempre bien vestido, con dinero en los bolsillos y poseedor de los mejores útiles, plumas finas, estuche geométrico de acero y una pretensión tan insoportable, que la pedantería se le había hospedado en el labio inferior en una elocuente mueca de desprecio para todo y para todos; y cual digno corolario de toda la mala leche, así sea: hipocresía, delación, suficiencia, un chico sabelotodo, engreído, lambiscón con las monjas, servil con la directora, uno de esos tipos chocantes a fuer de oficiosos, cumplidos, exactos, limpios, estudiosos ¡Pero malas personas! ¡Pésimas personas! El tal sujeto respondía al apellido de Villalba, y sus zalemas perrunas pero falsas, su absoluta carencia de compañerismo y su desmedida afición al chismorreó le valieron más de alguna provechosa tunda de medio grupo, y el desprecio y la repulsión de todos, por más que no podíamos dejar de reconocer que era el más aventajado de la clase. Villalba era un chico egoísta, hijo seguramente de un padre acomodado, desde los primeros días me miró con desprecio manifiesto, mi ropa y mis útiles modestos me delataban, era el hijo de un ferrocarrilero y no brillaba mucho, al principio hubo un leve acercamiento entre nosotros, pero su cara de esfinge, donde las emociones no afluirían, y sus ojos cubiertos de gruesos lentes, me hicieron desconfiar y ponerme en guardia, finalmente optó por no meterse conmigo y yo hice otro tanto, respetando un entendimiento mutuo del que nunca hablamos, pero que se cumplió.

-7-

-¿Es que ya nunca iremos a tener clases? —Me preguntó Paco, más tarde, cuando se acercaba la hora de acostarnos. — ¡Ya estoy harto de rezos! —Comentó en voz tan demasiado alta que la alcanzó a oír Villalba.

Yo no respondí nada, de sobra sabía que una semana sin clases lo había privado de lo único que lo sostenía, ver a la señorita Rubí. Sentí una oleada de piedad infinita y le hablé en el mejor tono que pude:

—Cierra los ojos y duérmete. Mañana la veremos.

Creo que siguió mi consejo, pues lo vi cerrar los ojos intentando acortar el tiempo, pero para nuestra mala suerte, la señorita Rubí no se presentó por la mañana y tuvimos que acarrear los pupitres al salón "A" donde impartía clases la directora, quien anunció que iba a supervisar nuestro aprovechamiento, pues si con la señorita Millán hacíamos lo que nos daba la gana, con ella se estudiaba de veras y que el que anduviera mal, así lo aprobara la maestra, ella lo regresaría; la perspectiva de quedarme otro año encerrado debió haberme hecho palidecer. La mujer pasó a Felipe Olvera al pizarrón a resolver no sé que problema de geometría, bien por nervios o por flojera el muchacho no sabía ni tomar el famoso compás ni menos usar el

transportador. La directora empezó a maltratarlo y de las palabras pasó a los hechos, Olvera tuvo la peor mañana de su vida pues le llovieron los tirones de pelo, bofetadas, arañazos y la consabida amenaza del ajuste, donde iba a pagar bien cara su ineptitud y su pereza. Paco y yo temblábamos, pues no sabíamos mucho más, sonó la campanilla para recreo, pero la mujer no dio traza de suspender la clase. Hidalgo y Villalba gozaban y por los ojos les brotaba una satisfacción malsana, recorriendo con manifiesta burla el resto del grupo que azorado esperaba el momento fatal, finalmente antes de que la hora del descanso concluyera nos dejó salir; Paco y yo aprovechamos el momento para ponemos a mirar el libro, con la esperanza de que si nos preguntaba pudiésemos defendernos un poco ¡Ilusión inútil! a ninguno de los dos nos entraba la geometría y ni en un cuarto de hora ni en veinte años nos habría gustado. Volvimos a clase y la maestra pasó a otra asignatura. Garnica apenas sabía qué cosa eran las ciencias naturales.

— ¡Les voy a mandar a su maestra a primero! ¡Es para lo único que sirve! —vociferó la mujer—  
¡No les ha enseñado nada! ¡Se han dedicado a perder el tiempo. ¡ Y a contemplarla! — dijo mirándonos a Paco y a mí— ¡ A ver usted! — agregó señalándome— ¡ Las capitales de todos los países de Europa!

Se las dije de corrido. La vida ha querido resarcirme un poco por saberlas de memoria, pues todas las he visitado y tengo amigos en muchas de ellas.

Paco estaba lívido, suponía que al volver la señorita Rubí, aquella endemoniada harpía la iba a regañar como a cualquiera de nosotros; y sufría, sufría por la maestría a quien se calumniaba estando ausente; y cuando la hiena anunció que la joven se había reportado enferma y que durante muchos días debíamos seguir en el salón "A" sufrió también pensando que podía ser algo grave y que incluso podía morirse ¡Sublime alucinación!

Aquel ambiente propició mi acercamiento con Paco, cuya personalidad por otra parte me atraía con esa obsesión de los psicólogos por lo extraño. A las tres o cuatro semanas de mi llegada, y a la consabida hora de recreo, me acerqué a él para ofrecerle uno de aquellos empalagosos dulces en forma de paraguas cerrado y que nos vendían por cinco centavos. Paco aceptó el obsequio y ambos nos alejamos un poco del grupo buscando la sombra de un árbol desmesuradamente copudo que se erguía en el jardín, hasta entonces y agradecido por el interés que le manifesté, me empezó a referir deshilvanadamente algunos amargos detalles sobre su persona. Era uno de aquellos niños españoles, huérfanos, llegados de su patria en un barco con billete de tercera clase, a quienes la generosidad del presidente Cárdenas acogió en el país, venía aún trastornado por el mareo, horrorizado de aquella espantosa guerra donde había visto morir a su madre, cuya obsesión no podía apartar de su mente, sólo cuando otra —después lo descubrí— mucho más fresca, lo atormentaba igual o peor. Sin dinero, ni quien lo protegiera, con unos trapos sucios por todo equipaje, había padecido el calor africano de Veracruz en el mes de mayo y las primeras penalidades del exilio; un ferrocarril, cuyo vagón de segunda, sucio, desordenado y con

olor a orines, lo había traído más muerto que vivo, tirado sobre las tablas duras de un asiento, él tenía mucha hambre y para distraerla se conformaba con llenar el estómago de agua caliente y con sabor a cloro del vagón, José Antonio, su compañero, venía enfermo de calenturas, en Apizaco ya no aguantaron el hambre y cuando una familia sacó de un canasto: carne, queso, pan y frutas, algunas para ellos desconocidas, Paco fue a pedirles rojo de vergüenza, si por favor, querían regalarles algo de lo que les sobrara para comer.

—La señora, que era compasiva, nos dio unos tacos que devoramos —me confesó— y el señor enterado de que José Antonio estaba enfermo, le compró unas aspirinas y un refresco a uno de esos empleados que venden cosas en el tren. Cuando bajamos nos dieron un paquete con las tortillas y los pedazos de carne que habían sobrado, y a José Antonio el señor le dio un peso.

Lo demás nunca lo supe, o tal vez él no me lo dijo ¿cómo llegaron al Colegio Fournier los niños españoles, y por qué los acogieron? ¡Quién sabe! De cualquier modo la suerte fue muy desigual para ellos, pues a José Antonio, de vez en cuando iba un señor anciano a visitarlo, y siempre tuvo libros, buenas cobijas y alguna ropilla regular, tanta que lo que a él ya no le gustaba Paco la recogía, si bien tampoco creo que habrá sido mucho, aquel infeliz nunca tuvo nada propio. Pronto comencé a compartir con él mis pequeñas comodidades: una de mis toallas, un jabón de baño, mi pasta dental, alguna hoja de mi block de dibujo y mis libros que él tomaba luego de pedírmelos con una conmovedora cortesía, tal vez los destellos de un desprendimiento que yo mismo no me conocía nos fueron acercando y llegó a verme como una especie de protector, y a confiarme, aún más que a su paisano sus emociones, sus tristezas, y sus terrores, sembrados durante aquella infausta guerra de la que ya no recordaba nada, sólo el miedo, el horrible miedo a la violencia y a la muerte, que en aquel muchacho impresionable y sensitivo, le había quedado grabado cual una pesadilla alucinante, que el medio impersonal y falto de calor humano del colegio fueron acentuando en lugar de aliviar.

-8-

Poco o casi nada tuvo de atractiva aquella vida para mí, fuera de las horas que tan cortas y breves, nos parecían! en que teníamos la clase con la señorita Rubí.

Todo se me revela ahora, como una tremenda pesadilla, felizmente indefensa, no obstante aunque los años transcurridos han vuelto los recuerdos muy borrosos, la personalidad de mi maestra de sexto grado sigue siendo muy confusa para mí, fue algo absurdo y lejano ¡¡Cosas de chamacos! que ya no tienen, que ya no debieran tener ningún valor, excepto porque nuestra

personalidad es también una hechura del pasado, y no podemos excluir de nuestra existencia ningún capítulo, por penoso que este sea.

De cualquier modo, siempre me pareció un horrendo crimen apiñar así a pobres chicos, sin hogar, sin cariño, mal comidos, peor vestidos, deseosos y carentes de todo.

Desde entonces me fui escamando ¡Y vaya si encontré motivos! Para empezar a desconfiar a desconfiar de monjas, curas y todas esas gentes fanáticas, frustradas e incompletas.

Su administración o su forma de educarnos, carentes de la más elemental pedagogía, apenas difería de cualquier sistema carcelario, sin exclusión señalada de la crueldad.

Nos controlaban a base de campanillazos, de silbatos, de timbres. A las seis en punto, sonaba como un espasmo epiléptico del metal el primer chicharrazo, poco o nada tenía que ver el tiempo que hacía con la famosa disciplina, se nos había repetido hasta la saciedad que estábamos allí únicamente para obedecer; frío, calor, lluvia, cansancio o simplemente ganas de dormir, bastante motivadas por la debilidad que padecíamos, no hubiesen alterado un ápice el famoso reglamento, que no excluía ni siquiera a nuestra carcelera mayor. No obstante cuando ésta no se presentaba personalmente en los dormitorios, la madre Consuelo y otra monja cualquiera supervisaba que a las seis y cinco todos estuviéramos levantados, y al que se le pegaran las sábanas, pues simplemente lo reportaban, esta infame tarea de anotar el nombre del trasgresor le era también adjudicada al inocente conserje, cuyas múltiples tareas incluían la de delator. A las seis y diez todo mundo debía estar al lado de su cama rezando unas docenas de padres nuestros y una acción de gracias por haber amanecido, otro silbatazo era para hacer la cama que a las seis y veinte debía estar perfectamente ordenada, luego pasábamos al baño donde el agua no siempre solía estar a muy buena temperatura por cierto, en seguida había que bolearse los zapatos, pues la directora supervisaba personalmente con una manía digna de un enfermo mental esta parte de nuestro arreglo, a las siete en punto dos o tres veces solía venir *nuestro padre* a decir misa a la capilla, a las siete y cuarenta formados y entre silbatazos entrábamos al comedor, una sala espaciosa cuyos mosaicos al igual que todos los pisos de la casona me fascinaban. Otro rezo, si bien corto, prolongaba el primer alimento, pero debíamos decirlo de pie y guardar silencio y compostura, a poco las cocineras ayudadas por alumnos a quienes tocaba por riguroso turno este servicio, empezaban a poner sobre las mesas enormes tazones de atole masudo con largas rajadas de canela, poca azúcar y escasa leche, a veces demasiado frío, otras ardiendo, acompañado de dos bolillos. Otros días nos servían una avena espesa, más adecuada para caballos, su sabor era desagradable, pero a veces un plátano la hacía más pasadera. Mi padre, cumplidor de su palabra solía llevarme un par de veces al mes, mantequilla, huevos dulces y frutas, que entregaba a la madre Consuelo, no sin antes separar la mejor parte para ella y las demás monjas, sin embargo no conformes con el regalo, se apropiaban de casi todo y apenas me dejaban tres o cuatro días algún huevo, que yo compartía con mi amigo; al principio él se negaba a participar de estos regalos, un

día se sonrió para indicarme que aceptaba y desde entonces compartíamos lo que querían dejarnos.

Otro silbatazo anunciaba que debíamos levantarnos de la mesa y formarnos en el patio donde nos aguardaban los externos para entrar a clases, las que iniciábamos con otra tanda de rezos. Terminábamos a la una y media y nos dejaban media hora de descanso, entonces ni tardos ni perezosos los chiquillos sacaban sus trompos, sus canicas, o la consabida pelota; a las dos y previos rezos se nos daba la comida. Se componía ésta de un puchero grasiento al que se añadían algunas verduras, zanahorias renegridas pues no les habían mondado el pellejo, papas con cáscara y nadando algún hueso con cartílagos o nervios que roer, seguían un plato de garbanzos, de lentejas o arroz o col cocida, o un trozo de carne nadando en una salsa aguada, si bien en cuaresma la dieron por servirnos algún trozo de pescado de ínfima calidad, pues eran más bien espinas y cuero, a veces para rematar nos dejaban caer un pedazo de camote nadando en agua de piloncillo o la mitad de un perón agrio.

Otra tanda de rezos y volvíamos a los salones para hacer la dichosa tarea, habitualmente bajo la vigilancia del encargado del grupo con su inseparable cuaderno de reportes, hasta que a las tres y cuarto se presentaba la madre Consuelo con su libro de Historia Sagrada, la que alternaba algunas veces con las vidas de los santos; casi siempre existencias tristes, trágicas, pobladas de maceraciones, sacrificios, hambre, persecuciones y calamidades al grado que nuestra vida monótona y vacía se nos antojaba magnífica en comparación. Con el calor de la tarde y la pesadez indigesta que suele preceder a una comida a base de lentejas mal hervidas, teníamos que aguantar aquellas odiseas de israelitas, moabitas, filisteos; huidas, matanzas, desobediencias y castigos del que está poblado el llamado Antiguo Testamento, y me acuerdo que sólo respiramos, cuando por fin apareció sublime y heroica la figura de Jesús, entonces su dulzura, su infinita bondad, aunque tergiversada por las zarandajas de la monja, nos alcanzaba y del grabado del libro parecía emanar un hálito maravilloso que entreabría una esperanza de liberación.

Otras tardes la monja se dedicaba a referirnos los horrores de la guerra cristera donde los sacerdotes fueron martirizados horriblemente antes de darles una muerte espantosa, un día nos relató cómo a un sacerdote le arrancaron con un filoso cuchillo la planta de los pies y así sangrante y herido fue obligado a caminar sobre la arena ardiente, aquella enciclopedia del martirio cristiano nos aterraba con sus relatos de horrores por el estilo, en que salía a relucir siempre la ferocidad de los enemigos de la iglesia, cuya lista encabezaban Nerón y Dioclesiano, pero en la que también se inscribía a los nacionales: Juárez, Calles y Obregón, pecadores cuyos crímenes estarían pagando entre suplicios inenarrables, y aquí otra reiterativa narración sobre los atroces martirios del infierno; y este famoso infierno se nos hacía aparecer también, como una venganza de los curas y religiosos que con todo y ser tan buenos y tan sufridos, también ajustaban cuentas, igual que a nosotros, sólo que eternamente y sin un momento de descanso. Tales contradicciones

aturdían y rebotaban en nuestra mente infantil, y esos relatos de barbarie me dejaron tan suficientemente servido para toda la vida, en que sistemáticamente huyo de leer las páginas policíacas de los diarios o los partes de los ejércitos que en nombre de la libertad y de una ideología dizque de redención y de progreso cometen todo género de atrocidades; no obstante en aquellos años bastaban unos minutos de juego para olvidarnos de aquellas narraciones, que hoy juzgo muy inapropiadas para los niños, cuyo tema central era la crueldad.

-9-

A veces estos relatos eran el preámbulo de los hechos, a las cinco y diez entrábamos a la clase de inglés que impartía la feroz directora. Verla aparecer era motivo para que se nos enchinara el cuerpo. Debíamos levantarnos y esperar a que nos permitiera tomar nuestros lugares.

No creo haber aprendido nada, pues pasaba en guardia constante, atenazado por el terror, exigía que estuviésemos pendientes de sus palabras, de sus miradas, sin distraernos lo más mínimo, supongo que mientras leía o escuchaba a algún compañero, tuve tiempo de analizar aquel rostro surcado de verrugas, intentando descubrirle algún rasgo noble o bondadoso; ahora estoy seguro de que nunca tuvo una palabra amable con ninguno, y que por el menor motivo, o la incapacidad de retener alguna regla o el pasado de algún verbo irregular, nos insultaba con los peores denuestos.

Idiota, imbécil o tarado eran palabras corrientes que la infernal mentora vaciaba con el motivo más baladí, en esos casos no se medía, y antes que aguardar la hora del ajuste, podíamos llevarnos inmediatamente dos o tres bofetadas, algunos tirones de pelo y otros cuantos jalones de orejas, donde nos quedaban marcadas entre sangre las uñas de la fiera. Reglazos en las manos o golpes con el borrador formaban también parte de sus anti-pedagógicos sistemas de enseñanza.

Supongo que entonces se agudizaban las dificultades para Paco. En su calidad de arrimado, solo y sin nadie que lo protegiera, estaba más expuesto que nadie a la infamia, si para los otros había más tolerancia, o al menos podíamos quejarnos con nuestros padres o parientes cuando iban a visitarnos, para él en cambio no había ninguna consideración y siempre fue tratado con una mezcla de desprecio y despotismo ilimitados.

A mí me salvaban las lonjas de jamón, los quesos de Oaxaca o las bolas rojizas de chorizo; a Paco lo hundían su desamparo, su miseria y su soledad.

Al principio supuse que al muchacho no le gustaba el famoso inglés, que como una forma más de coloniaje se nos ha impuesto a los pueblos latinos, dueños de una lengua amplia y expresiva, sólo que la dependencia nos ha obligado a graznar guturalmente un idioma de comerciantes judíos o ingleses colonialistas, jerga de piratas dura y mal sonante; pero a los doce años todo se pega; Paco podría haber aprendido a decir algunas palabras de no haber padecido en

forma tan intensa aquel miedo que le roía las entrañas en cuanto veía a la bestial mujer, si a los demás nos sudaban las manos a él se le paralizaba el habla de sólo verla, aquella maldita clase era su peor sufrimiento sin evasión. Ahora analizo en contraposición cuanto debió haber gozado aquel marimacho histérico masoquista y degenerado su miserable poder.

Cuando examino las miradas de los policías, procuradores y esas gentes con oficios represivos la imagen de nuestra directora se me revela con una claridad absoluta. Se había propuesto no enseñarnos, sino doblegar nuestras mentes y nuestras voluntades, hasta convertirnos en unos seres tristes, sumisos, caricaturas de niños ¡Y vaya si lo lograba! Su cara resplandecía de esa satisfacción malsana que circunda sombriamente los rostros de quienes creen cumplir un deber con el hecho de ser temidos ¡Pobres diablos! Han acumulado en sí el más abyecto de todos los vicios, junto al cual, las aberraciones que nos escandalizan serían leves faltas: ¡La brutalidad! el más vil de los estigmas humanos, que dos mil años de cristianismo no han conseguido erradicar cabalmente del hombre, ¡Tan inseparable es de su naturaleza!

-10-

Y. para que no desperdiciáramos un momento del día, a las seis se nos hacía desfilar a la capilla a rezar el rosario, que con letanía y de rodillas debíamos recitar. A las siete se nos servía la merienda, una taza de café revuelto con leche aguada, y un plato de frijoles acompañado de otro bolillo.

En ocasiones mientras las monjas y la directora terminaban de cenar, en mesa aparte y entre jarras de leche, chocolate y bandejas de pastelillos y frutas enmieladas, se nos permitía ir a jugar otro rato al jardín, porque a las ocho en punto la voz de una campana nos anunciaba la hora de ir a la cama. Entrábamos formados a los dormitorios, siempre en silencio, y al lado de los lechos recitábamos la última retahíla de rezos. La madre Consuelo nos daba las buenas noches y proseguíamos a desnudarnos y a ponernos el pijama, quienes lo tuviéramos.

Entonces llegaba el peor momento: la hora del ajuste.

-11-

Descendía el sueño piadoso a veces, otras lleno de zozobra, cual la continuación de un suplicio interminable llamado internado. A las nueve de la noche reinaba un silencio tenso, absoluto, era la tranquilidad forzada que se impone en los campos de concentración, en los cuarteles, en las prisiones, donde siempre hay un castigo anticipado para la menor infracción, sólo

que éramos demasiado niños para empezar a experimentar en carne propia esas facetas de la ferocidad humana.

A las cuatro o cinco semanas de mi llegada y aprovechando la fingida amabilidad de las monjas enfrente de mi padre, siempre pródigo en dádivas que canjeaba por estampas, medallas y escapularios, se me permitió cambiar de cama, de tal modo que me instalé precisamente en medio de Paco y José Antonio.

Esta vecindad me permitía conversar con él durante las noches, siempre en voz baja y procurando evitar que pudiésemos ser sorprendidos; por fortuna Villalba dormía en otra habitación bastante lejana, y al menor ruido metíamos la cara bajo las no muy limpias sábanas.

A veces Paco se quedaba con la cabeza sobre la almohada, perdido en quien sabe que extrañas contemplaciones, mirando sin ver, con los ojos clavados en el techo alto cruzado de vigas. Una luz lívida, casi fantasmal, se colaba por los balcones que daban a la calle y cuyos visillos descorríamos intencionalmente huyendo de aquella maldita oscuridad.

— ¿En qué piensas? —Le preguntaba.

— En mi madre. Mi madre que me llama desde donde está.

— ¿Tú mamá? ¿Pues no que cuando la mataron se quedó en España ?

— ¡Claro! ¡Allá la enterraron! pero se vino siguiéndome... y yo sé que está en alguna parte por aquí cerca. Lo siento ¿Sabes?

Yo afirmaba que sí con la cabeza sin entender nada.

El tranvía Villa Obregón pasaba como alma que corretea el diablo y rasgando la oscuridad con su farola, cuyo haz de luz amarilla rozaba nuestro lecho triste. Allá, a unos pasos, quedaban la libertad, el campo, la alegría de vivir; sin silbatos, ni rezos, sin temores ni angustias. Aquel tranvía seguramente rodaba hacia el centro de la ciudad, que yo me imaginaba, agrandado por mi imaginación, siempre iluminado, resplandeciente, con las marquesinas encendidas de los teatros, los restaurantes abiertos, las tiendas con las vitrinas atestadas de cosas bonitas y las calles pletóricas de muchachas aún más hermosas que la señorita Rubí.

Paco no conocía el zócalo, me figuro que de la vetusta estación de Buenavista lo llevaron al colegio. Cuando le hablaba así, se sonreía incrédulo:

— ¡No puede haber una muchacha más bonita que la señorita Rubí! ¡Ni siquiera en España, mis primas ricas se veían más majas! — Y la pasión se le alojaba en la cara.

— ¿Tus primas ricas? ¿Luego tus padres fueron también ricos?

—La familia de mi madre era dueña de ganados y dehesas. —

-¿Y entonces por qué no te recogieron, por qué veniste a México?

Levantaba los hombros por toda respuesta y yo me quedaba en ascuas, tal vez no quería hablar de ello, pero yo insistía terco acuciado por una curiosidad exacerbada.

— ¿Y tu padre, recuerdas a tu padre?

— Sí. Lo veía de vez en cuando, siempre andaba peleando; mi madre decía que era un valiente, pero mis tíos lo odiaban porque mi madre se había huido con él y me había tenido sin su consentimiento.

Nos quedábamos en silencio. El tono de sus confidencias era amable, aunque yo notaba que hacía un esfuerzo para complacerme. Al fin yo optaba por no hacerle más preguntas y me decidía a dormir, pero su voz volvía a turbarme el sueño.

— ¡Qué bonito vestido traía hoy la maestra! ¡Si que se veía linda!

— ¡Pero ella también parece preferir a Villalba! —Le recordaba— ¡El es el consentido! —y luego como si me arrepintiera de mi afirmación brutal rectificaba— pero a todos nos trata muy bien y pienso que no va a reprobar a ninguno.

José Antonio intervenía.

—¿Me van a dejar dormir? ¡Siempre están hablando de lo mismo! —y luego volviéndose agregaba— ¡Ayer le vi los calzones, lo juro!

Paco enrojecía de coraje.

—¿Qué no lo creen? ¡Eran rosa!... ella estaba descuidada y yo me aproveché cuando rodó mi pluma.

— ¡Debías ser más respetuoso! —protestaba Paco — ¡Eres un cretino!

Podían haberse liado a golpes por tan poca cosa. Yo intervenía advirtiéndoles:

— ¿Se van a callar? ¿Quiere que venga Villalba y nos reporte? Y el temor nos silenciaba como por encanto.

Al día siguiente era sábado. A las siete y media debíamos estar aseados, los que lo tuvieran, con uniforme; un pantalón azul de casimir o de dril, suéter sin botones, del mismo color y camisa blanca. La madre Consuelo y otra monja anteojuda igualmente peinada y con el insustituible traje negro, nos hacían formar de dos en dos, los más pequeños adelante, los grande detrás. Nos llevaban a misa a la parroquia de Mixcoac a unos tres kilómetros de distancia. El conserje abría la enorme reja y empezábamos a avanzar no sin antes haber escuchado veinte veces las consabidas advertencias:

— Pueden hablar, pero deben ir ordenados, sin jugar y sin empujarse.

Sábados y domingos la directora no se aparecía y en ello consistía el verdadero descanso, pero cualquier falta si bien no se castigaba el mismo día, se reportaba para el lunes siguiente en que por nada del mundo faltaba aquella hiena.

Salíamos. Una bocanada de aire fresco nos limpiaba los pulmones, la escarcha todavía en las hojas, en las flores, semejaba un polvo de diamantes vertido generosamente hasta en la alfombra verde del zacate. Un cielo azul pálido, inconmensurable, transparente, como una cúpula inmensa, era el techó espléndido de aquel terreno desigual; a unos pasos de nosotros los cerros empinados nos invitaban a escalarlos, el barranco profundo nos tentaba a descender sujetándonos de las ramas, las ondas del verde lomerío suaves y mansas eran cómo un imán para nuestras ansias de juegos y la línea azul de la serranía, bañada de misterio se destacaba con sus picos abruptos, iluminados como decorado de un teatro por los rayos del sol mañanero que ponía tonos pardos, negros, azules, dorados y verdosos entre sus pliegues.

Paco gozaba voluptuosamente aquel paisaje anegado de libertad y con los ojos perdidos en el horizonte me preguntaba:

— ¿Qué habrá más allá de esos montes azules?

A veces desfilaba frente a nosotros, como un juguete maravilloso, el ferrocarril que se dirigía a Cuemavaca, entonces acortábamos los pasos para contemplar como la locomotora jadeaba delirante lanzando entre bocanadas de humo negro, prolongados silbidos, las enormes ruedas de acero relucían desde lejos, el tren parecía deslizarse dócil y pardo con sus vagones horadados de ventanillas donde seguramente asomarían los viajeros sonrientes y felices.

— Cuando nos toquen vacaciones pediré a mi padre que me lleve en el ferrocarril. — exclamaba. Luego me arrepentía de mis palabras. Yo podía esperar vacaciones. Paco en cambio, debía permanecer siempre encerrado, hasta que creciera y se hiciera hombre, pero él pensaba en otras cosas.

— Cuando vengan las vacaciones no habrá clases y la señorita Rubí no estará con nosotros.

Caminábamos hacia Mixcoac, a veces la tierra estaba húmeda y el agua encharcada nos obligaba a dar rodeos. Las monjas enlutadas y silenciosas nos flanqueaban. Pálidos por el encierro, mal comidos, sin afectos, con sus overoles sucios y raídos algunos, éramos cuatro o cinco docenas de muchachos azotados, insultados, heridos diariamente y por cualquier motivo, en nuestra más elemental dignidad de seres humanos, míseros proyectos de hombres, llenos de miedos, sujetos al terrible despotismo de la faldas negras, de aquellas cuervas desabridas, igualmente solitarias.

Llegábamos a misa de ocho. El padre Francisquito antes de darnos la comunión nos decía que éramos hijos de Dios, de un Dios que nos amaba mucho, yo me avergonzaba por dudar de sus palabras y me reprochaba acercarme a recibir la hostia, aunque estos pensamientos no fueran plenamente admitidos, Jesús había sentado en sus rodillas a unos niños y acariciándolos había pedido a sus discípulos: ¡Dejad que ellos se acerquen a mí! Se trataba de unos niños buenos,

felices, rubios; nosotros en cambio éramos unos niños feos, enflaquecidos, intranquilos y sólo percibíamos a un Dios castigador, exigente y tirano, el único que nos habían dado a conocer.

Ha pasado mucho tiempo para que yo pueda apreciar la verdad de esos terribles años de mi vida, quizá cortos pero de inconmensurables consecuencias. Hoy veo que dentro de aquella convencional escenografía campeaba sólo la falsedad, detesté entonces el hipócrita mutismo de las monjas, su hablar bajo, su devoción sin caridad, la deformada educación por el terror con que la sádica directora intentaba según ella, formar buenos hijos y buenos cristianos ¡Todo era un engaño! La religión trasnochada, los inservibles rudimentos de ciencia, la absoluta ausencia de compasión que aquellas mujeres enlutadas estaban tan imposibilitadas de sentir, puesto que nunca habían llevado un hijo en su vientre ¡Todo era esterilidad, fanatismo, neurosis!

Entonces teníamos que tragarnos sus sandeces de que eran nuestras guías, nuestras madres por vocación, aparte de serlo por negocio. Eramos el escaparate de su frustración, de su vida igualmente martirizada y triste, tal y como nos la imponían a nosotros, puesto que no conocían otra; quizás el fermento de tan insanos pensamientos me impulsaba a volver ante el tribunal de la penitencia para confesar ingenuamente mis primeras dudas, el padre Francisquito me escuchaba sin atención y aprontando me pedía rezar una salve en desagravio a la Virgen, invitándome a no pensar en problemas de mi condiscípulo y a pensar mejor en mis asuntos, rezaba la penitencia procurando concentrarme en el libro y recibía la comunión.

A veces el señor cura predicaba y con el malestar del hambre prolongaba la misa hasta las nueve y cuarenta o las diez, La voz del predicador se expandía por la iglesia como un eco sordo que las paredes y los bancos repitieran.

Durante el sermón yo solía ponerme a pensar en las cosas a que aludía el predicador, para quien todo era pecado, algunas veces lograba aterrorizarme, otras sublevarme, otras enternecerme, pero casi siempre concluía por quedar en esa amodorrante somnolencia del que no ha comido.

Al terminar los oficios regresábamos al colegio. La mañana en todo su apogeo nos deslumbraba y nos restregábamos los ojos para recibir aquel derroche de luz. Comenzaba a sentir ese desasosiego que preludiaba la llegada de mi padre o de mi madre, y que bien podía concretarse a una visita de media hora o a pasar la noche del sábado fuera del colegio.

Mi madre solía llevarme ropa limpia y me traía a casa donde experimentaba un inevitable desencanto, siempre estaba malhumorada y acaso mi única distracción consistía en escuchar la radio, merodear por las calles aledañas o visitar a mi abuela quien me hartaba de dulces cubiertos, frutas y otras golosinas; mi padre sólo iba cuando no estaba de viaje y me llevaba a dar la vuelta a Coyoacán, un día visitamos los viveros y en el paseo me compró un helado

Un sábado la madre Consuelo le permitió salir a Paco por unas horas en nuestra compañía, el muchacho la pasó feliz y muchos meses más tarde, al recordarlo, me lo volvía a agradecer, me preguntaba mil cosas sobre mi padre y sus viajes y cuando lo veía corría a saludarlo.

Para su desgracia la directora se enteró y con su acostumbrado despotismo le prohibió otra salida más, aduciendo quien sabe qué responsabilidades reales o imaginarias que tenía con el infeliz huérfano.

Algunos acontecimientos sin embargo vinieron a trastornar la monotonía de nuestra existencia.

Primero fue la cuaresma. *Nuestro padre*, cuyo nombre siempre ignoré era un sacerdote de edad indefinida, pues lo mismo podía tener treinta que sesenta años; bajo, muy moreno, con cabello negro y escaso, parecía que estaba perpetuamente sonriéndose, hablaba con voz pausada y sus ojos nos miraban siempre con benevolencia. Frente a este hombre cuya autoridad moral se respetaba, la infame directora, experta en el disimulo y la mentira nunca nos maltrató, las monjas que por esos días aumentaron su número, saliendo de no sé dónde, iban a besarle devotamente la mano.

Corría el mes de marzo y hacía mucho calor y el presbítero anunció que tendríamos unos ejercicios espirituales, y cuando llegaba por la tarde, después de las cinco se suspendían las clases y nos hacían entrar a la capilla, que aunque más pequeña que el refectorio era sedante.

El sacerdote llegaba y empezaba su perorata; y si bien durante esos días prescindimos de la clase de inglés, la disciplina se acentuó y Villalba como siempre, fue comisionado para reportar a quien volteara, hablara o estuviera en una posición irreverente dentro de la capilla. Las misas se volvieron más frecuentes y se estableció la costumbre de turnarnos para ayudarlas, si bien la mayoría nunca aprendimos a responder en latín. Un buen día Paco y yo amanecemos convertidos en monaguillos con faldas y sobrepelliz ¿O no es exactamente una falda la que usan los monaguillos? Nos afanamos ayudando a la misa, frente a un altar en cuyos laterales se había instalado una pareja de ángeles con las alas doradas de cartón y las manos juntas en actitud de adoración.

El Jueves santo el altar se llenó de flores y las monjas nos hicieron rezar todo el día, las clases se interrumpieron y se nos obligó a vestir el uniforme del colegio y a permanecer en silencio, por la tarde fuimos a hacer dos o tres visitas a las iglesias aledañas.

El Viernes santo, tuvimos que conformarnos con una taza de té por desayuno y una sola comida, estábamos tan acostumbrados a esas prácticas que ninguno protestó, semejante

aceptación gustó a las monjas, quienes nos anunciaron que el sábado podríamos comer cuanto quisiéramos, después de abrirse la gloria.

Rezos, sermones, pésame, alternaron aquel viernes. El sábado nos llevaron a un largo oficio en la parroquia de Santo Domingo en Mixcoac, al regreso nos sirvieron un desayuno abundante y los internos tuvimos todo el día de asueto. Ninguno de mis padres vino a buscarme.

El domingo, la madre Isabel nos llevó al Colegio Simón Bolívar donde nos proyectaron algunas películas cómicas del gordo y el flaco.

Paco se hallaba particularmente deprimido. Una melancolía negra le ensombrecía la vida, me adelanté para preguntarle la causa pues le había estado espiando la cara durante la función de cine y me respondió un —¡Qué te importa!— que me dejó helado, y como si se hubiera sorprendido de su impulsiva respuesta se alejó de mí, me dolió su actitud y hasta me alegré de verle con aquellos pantalones rotos que le caían ridículamente hasta las rodillas.

-14-

¡Nadie te habrá querido tanto como aquel chiquillo huérfano, Rubí Millán! Y conste que nunca supimos nada de ti y que nunca fuiste más que un misterio vedado a los ojos de todos. Hoy que la vida me ha enseñado demasiado, he aprendido que el amor así, afortunadamente, está en desuso.

Abandonamos el salón. Paco apenas podía contener las lágrimas y los dulcecillos de a cinco centavos, fueron insuficientes esta vez para consolarlo. Nos fuimos a cobijar al árbol cerca de la fuente. Vi que hacía un gran esfuerzo para contenerse, al final me dijo:

— Nos van a quitar a la maestra.

— Ni modo. Algún día tenemos que perderla. ¿Qué más da ahora que en octubre?

— Siempre me pasa lo mismo cuando quiero a alguien ¡Igual perdí a mi madre! ¡Maldita suerte!

— Tu mamá era otra cosa —protesté— ¡A la maestra le dará lo mismo irse con las pirinolas a primero! ¡Ni siquiera sabe que la quieres tanto!

-Tienes razón —concedió— ¡Ni siquiera le hemos dicho que la queremos tanto!

Por la tarde nos reunieron en el patio. La directora anunció que en mayo era el cumpleaños de *nuestro padre* y que íbamos a poner un coro, una comedia y a decir unas poesías. La mujer se sentó a tocar el piano. Nunca en mi vida he vuelto a encontrar una persona con tan negativas aptitudes para la música. De hecho golpeaba el instrumento, como golpeaba todo, a los niños, a los objetos; en la música no cabe el odio y la violencia sólo se justifica cuando se sublima, pero éramos niños y debíamos obedecer. Empezamos a ensayar:

“¡Oh niños entonad, con todo el corazón, el himno más grandioso más lleno de emoción!”

De tan escaso valor artístico eran asimismo las declamaciones y el sainete que con pretensiones de gracioso, debía interpretar, como payaso principal, Felipe Olvera, quien protestando de los arañazos y murmurando que iba a quejarse con su padre, inició los ensayos con los ojos llorosos y la bilis derramada.

A la mañana siguiente un quehacer extraordinario de la temida mujer nos liberó de ella, al rato se apareció la madre Consuelo para encargarnos estudiar lo único que a ella le interesaba la famosa Historia Sagrada, así lo hicimos, aunque algunos optaron por ponerse a jugar y a aventarse trozos de gis entre risas y escándalos. Villalba mientras tanto silencioso elaboraba su tétrica lista, al cabo de una hora la monja se volvió a presentar, visiblemente nerviosa por cierto. Nos pidió esconder el libro pues había llegado intempestivamente un inspector.

Era éste un señor de lentes, con bigotes castaños, que en cuanto llegó y nos levantamos para saludarle nos puso a temblar, contagiados por el mal disimulado nerviosismo de la directora, sin embargo su actitud y su voz eran cordiales y mientras examinaba algunos documentos decía que sí con la cabeza. Se volvió y nos hizo algunas preguntas sin dirigirse a ninguno en especial. Villalba e Hidalgo levantaban en todo momento la mano, y poco a poco conforme nos fue despertando confianza los demás los imitamos. Al cabo de diez minutos todos nos disputábamos el placer de contestar y a cual más interrumpía o completaba lo dicho por otro.

El inspector se mostró complacido y nos empezó a hablar de Juárez, haciéndonos notar que siendo un indígena que pastoreaba cabras en el monte, gracias a su perseverancia había llegado a ser Presidente de la República, el buen hombre pretendía que su vida debía servirnos de ejemplo, aquella era una versión distinta del Juárez comecuras que ardía como pollo en rosticero en lo más profundo del infierno; el inspector terminó su discurso llamándole "Benemérito de las Américas", cosechando el aplauso de la directora que todos imitamos.

Habíamos salido airosamente del apuro y por esta vez nada hubo que reprocharnos

-15-

Transcurrieron algunos días y nuestra maestra continuó ausente. Paco entristecido y malhumorado se paseaba en el jardín con las manos en los bolsillos.

— Temo que esta pinche bruja ya nos quitó a nuestra maestra — me confesó.

Yo no quise responderle. Villalba estaba a unos pasos de nosotros.

— ¡Tiene el alma podrida! —afirmó— ¡Como si el diablo estuviera metido dentro de ella! ¡No sabes cómo la odio cuando me golpea!

Le hice una señal con el codo para que se callara, pero había sido demasiado tarde. A la mañana siguiente Casillas nos aseguró que nuestra maestra se había recuperado y regresaba a ponerse frente al grupo. Paco se puso encendido y corrió al jardín a convencer al conserje que le dejara

cortar una rosa, el hombre argumentó que si la directora se enteraba iba a armarse un lío, pero ablandado por las súplicas del chico, se hizo el disimulado y Paco cortó una enorme rosa amarilla que colocó en un tintero vacío.

La señorita Rubí se presentó con una mascada atada al cuello. Se le oía la voz apagada y la molestaba una tos persistente, apenas llegó al pupitre y Paco muy comedido le fue a llevar la flor, ella se sonrió y le dio las gracias, luego nos demandó que por favor guardáramos silencio pues le dolía aún mucho la garganta y no podía hablar en voz alta, agregó que estaba muy satisfecha de nosotros, pues habíamos quedado bien frente al inspector y nos pidió que continuáramos estudiando con ahínco por nuestro bien, para evitarnos problemas en la secundaria.

Paco no le quitaba la vista de encima. Aquella mañana, gracias a la generosidad de aquel señor que visitaba a José Antonio, había estrenado su primer pantalón largo. Empezaba a sentirse mayor y contemplar a su idolatrada maestra lo enloquecía de gozo.

— Estábamos muy tristes porque usted no venía, y porque sabíamos que se hallaba enferma. —Se desahogó con la voz quebrada.

Rubí conmovida por aquella devoción iba a responderle, pero la directora se había presentado intempestivamente en el salón. Todos nos levantamos como de costumbre.

—Ya veo que aprecia usted mucho a la señorita —espetó altanera, dirigiéndose al huérfano— pero eso no le da derecho a insultarme aunque me odie. —Llevaba en la mano una hoja del cuaderno de Villalba. ¡Ahora mismo le voy a enseñar que yo no soy una pinche bruja! ¡Venga usted para acá! —Ordenó al infeliz muchacho.

— ¿Yo? —Exclamó temblando el aludido con la respiración contenida.

—: ¡Usted!

Todos nos quedamos tensos, yo sentí que el color se me iba de los labios ya secos. Paco obedeció. La señorita Rubí, de pie, frente a su pupitre, contemplaba muda la escena con la cabeza baja.

— ¡Bájese el pantalón! —Bramó la fiera.

— ¡Aquí no, por favor, señorita directora! —Suplicó el muchacho.

— ¡Aquí sí, para que todos sus compañeros sepan que es usted un insolente y un majadero! ¡Bájese el pantalón, le dije!

Paco se volvió, encendido como una antorcha y empezó a desabrocharse la prenda. La mujer le dio un fuerte tirón que le dejó las piernas desnudas.

— ¡A ver quién tiene un cinturón! —Solicitó al grupo, pues el desarrapado refugiado, ni eso tenía. Entonces Hidalgo con un gesto comedido, y con una horrible mueca de burla en la cara, se quitó el suyo y se adelantó a entregarlo.

La mujer lo dejó caer con toda su fuerza, una, otra, hasta diez veces, el muchacho lanzaba quejidos ahogados y yo lo veía cómo se mordía los labios.

—¡Quedese quieto, porque así no vamos a terminar nunca! —Insistió el verdugo.

Finalmente cuando le hubo propinado cerca de veinte azotes, mientras devolvía el flagelo a su dueño, advirtió:

— ¡Y tenga mucho cuidado, porque la próxima vez será peor, aunque lo bañe en sangre!

Y salió dando un portazo ensordecedor. Todos nos quedamos inmóviles. Paco lloroso, sollozante, se levantó el pantalón ¡Triste símbolo de su naciente hombría humillada! y regresó lentamente a su asiento. No alcanzó a ver, sumido entre tanta vergüenza, que los ojos de la señorita Rubí estaban demasiado húmedos.

La joven nos pidió que leyéramos algunos pasajes del "Corazón Diario de un Niño" de Edmundo de Amicis. Mientras preparábamos el libro, ella se llevó el pañuelo hasta los ojos. Yo no le quitaba la vista de encima, entonces ella se sonrió torpemente y dijo: -¡No se me ha querido quitar la gripa!

Y supe que ella también sufría.

Paco estuvo abatido el resto de la mañana, al concluir la clase se levantó él primero con la cabeza baja e intensamente pálido. Iba a salir pero un gesto de la señorita Rubí lo detuvo.

— Lo siento mucho Paco — dijo poniéndole una mano sobre el hombro—, y como percibiera que Hidalgo y Villalba se quedaron observándola, agregó dirigiéndose a los demás:

— Hoy he tenido que presenciar con mucho disgusto cómo se maltrata a un niño, pero será la última vez, si la directora insiste en golpear a los alumnos en mi presencia, renunciaré inmediatamente. Después de todo, sólo podría permanecer con ustedes al término del curso.

— ¿Se marcha para siempre señorita Rubí? —Preguntó Paco angustiado.

— Así es —respondió con una sonrisa triste—, pero mientras tanto quiero que estudien mucho y que saquemos el año bien, así no tendrán nada que decir.

Imaginé que a Paco aquella despedida anticipada le dolió aún más que los latigazos que acababan de propinarle, pero no contestó nada, la señorita Millán tomó sus libros y dibujando una despedida con la mano añadió con aire melancólico:

— ¡Hasta mañana!

— ¡Hasta mañana! —Respondimos todos y nos fuimos dispersando. Seguramente que Villalba va a ir con este nuevo cuento a la dirección —comenté a José Antonio— pero supongo que la maestra lo ha dicho a propósito en frente de él, cómo una advertencia.

-Ibamos caminando hacia el jardín.

— ¡Pobre Paco! ¡Qué madriza le pusieron!... —se lamentó José Antonio- deberías ir a buscarlo. Siempre están juntos.

—Luego... —le contesté— intentaba eludir por el momento un deber penoso, sabía que seguramente me necesitaba pero presentía que me iba a ocasionar un malestar indefinido al toparme con él.

Llamaron para la comida y Paco no apareció. Entramos a clase de religión y la madre Consuelo preguntó por él; le informaron que lo había castigado la directora por la mañana y que no había ido ni siquiera a comer. La monja me envió a buscarlo. Lo encontré en el dormitorio, echado sobre la cama. Paco, te llama la madre.

Ni siquiera se volvió para responderme.

—Comprendo cómo te sientes, pero si te reporta te puede ir peor.

— ¡No me importa que me mate! —respondió con la voz desgarrada—. ¡Al cabo también mi madre está muerta!

— ¡La señorita Rubí se ha puesto de tu parte!

— ¡La señorita Rubí!... ¡Ella también nos va a dejar!

—Eso dijo. A lo mejor es para casarse. Todas las muchachas se casan. También Leonor la hija de la portera donde vivo, y eso que apenas cumplió quince años. Anda, límpiate la cara y deja de llorar, en la noche hablaremos. Tenemos que presentarnos a clase de inglés.

—No me moveré de aquí.

José Antonio llegó a secundarme.

—Paco, es mejor que no te busques problemas. No tenemos aquí familia que nos proteja.

Se levantó trabajosamente.

— ¡Mira no más cómo te puso! —Dije mirándolo, pero José Antonio me hizo una señal para que me callara.

Regresamos al salón. La monja lo reprendió por haber faltado y continuó con su cansada relación del sueño de José y de las siete vacas flacas.

A las cinco entró la castiganta con el libro de inglés bajo el brazo. Al mirarle la cara adiviné que Villalba le había llevado seguramente el chisme, me puse a pensar cómo convencería a mi madre de que me sacara del colegio, pero comprendí que tenía que terminar el año para obtener el certificado.

La mujer ordenó que leyéramos algunas frases del libro. A cada instante nos interrumpía para corregirnos la pronunciación, excepto a Villalba y a Hidalgo cuyo comentario final era siempre un sonoro *very well*; pasó a los verbos, nos había dejado como deber que memorizáramos el pasado y el futuro, con marcada saña se dirigió a Paco, el infeliz estaba tan asustado que tenía el semblante trémulo de miedo.

—El pasado de to have —tronó la bruja.

Estoy seguro que el muchacho lo sabía, lo habíamos estudiado juntos, pero el terror le paralizó la voz. Hidalgo levantó la mano y dio la respuesta.

—El futuro de to be. —Insistió.

El muchacho la miró con los ojos desorbitados.

— ¡No sabe! ¡No sabe nada! ¡No estudia nunca! ¡Jamás abre el libro! ¡Es un retrasado! ¡Un imbécil! ¡Lo único que sabe es dar mal ejemplo! Pero ya se lo advertí, conmigo va a andar muy derecho, ya ajustaremos cuentas a la noche, aunque mañana vaya a llorar como una mujer con la maestra.

— Señorita... yo... —hablaba atropelladamente, mirándola con los ojos de perro apaleado, ante tales balbuceos Hidalgo y Villalba soltaron la risa, sentí rabia y le grité a Hidalgo.

— ¡No te rías!

La mujer me miró con sus ojos de pescado agrandados detrás de los lentes.

—A ver usted... —Ordenó.

Le respondí correctamente, pero tuvo que objetar mi pronunciación, a los cuatro o cinco verbos con sus interrupciones me había perdido y ella tuvo un pretexto para reprocharme:

— Con las amistades que tiene se está echando a perder usted también. Ya hablaremos de eso cuando esté aquí su padre.

Al menos a mí no me ponía la mano encima; y mi padre demasiado blando, todo lo componía con sus canastas de huevos o con los cajones rebosantes de olorosas manzanas de Zacatlán, que las monjas engullían voraces entre sus risitas de conejo.

No obstante la hora de aquella endemoniada clase era un auténtico suplicio. Paco envuelto entre una ansiedad delirante pronunciaba algunas sílabas confusas que intentaban ser los famosos tiempos de los verbos. Al terminar la hora, se me acercó abatido:

— ¡Me van a pegar otra vez!

—Confío que no. — dije por reanimarlo. Te lo advertí sólo para que estudies, levántate mañana más temprano y dale una pasada a la lección cuando estés fresco. —Sugerí.

—No. Mejor acompáñame. —Me suplicó.

Lo seguí a la dirección.

—Y yo, ¿A qué voy? —pregunté— ¡A la mejor la agarra después conmigo! —Dije tratando de escabullirme.

Paco tocó miedosamente con los nudillos de los dedos a la puerta.

-¿Quién tocó? —Vociferó la agria mujer desde dentro.

—Soy yo, señorita directora. . . —Balbuceó-

— ¿Qué quiere? ¿Quién lo ha autorizado para que venga a molestarme?

—Es que... vengo a rogarle que me disculpe, que me perdone. Sí estudié, señorita directora, ¡le juro por Dios que sí estudié!

La castiganta vino a abrir la puerta, sólo para abofetearlo en el umbral.

— ¿Por qué jura en vano? ¿Qué cree que el nombre de Dios es para que lo traiga en su boca? ¡Lárguese de aquí ahora mismo, si no quiere que lo desolle! ¡Ya nos veremos las caras a la noche!

Y se metió a la dirección dando un tremendo portazo, dejando a mi amigo lloroso, con la cara caliente y húmeda por las lágrimas, en tanto que un chorrillo de sangre le manaba de la nariz.

-16

Salimos al patio silenciosos y ceñudos. Una lluvia tenue, oblicua, caía atravesada por los rayos del sol del atardecer, la tierra despedía ese característico olor de las hojas descompuestas, nos fuimos acercando al árbol copudo cuya sombra se proyectaba mustia entre los tonos cambiantes de la luz.

Paco se relamía los labios y de vez en cuando se pasaba nerviosamente el dorso de la mano.

— Pasado mañana va ser el santo de *nuestro padre*. —Dije por hablar de algo.

El muchacho estaba inquieto, tenso, ni siquiera me contestó, se quedó mirando la cortina azulada de la sierra, con esa obsesión de libertad que vuelve negras las noches de los prisioneros.

—Cuando mi madre vivía, yo era libre. ¡Libre! ¡Podía ir a donde quisiera! al campo, a las montañas

Sonaron la campana para que acudiéramos al rosario.

En el altar pequeño y desnudo sólo había una cruz, el símbolo de la fe y de la esperanza.

— ¡Reza! —le aconsejé inspirado—. ¡Pídele a Dios que no te castiguen, que no te golpeen más, siquiera por hoy!

— ¡Dios no hace esos milagros! —Me respondió con amargura.

Recitamos el rosario sin devoción. En el comedor los frijoles estuvieron fríos y salados y Paco apenas bebió unos tragos de café, tal era el terror que se había apoderado de él, pensando en la terrible hora que se acercaba.

—Tú no sabes lo que es esto, lo que se siente antes, porque nunca te han pegado, valía más que te dieran luego y no estar esperando la tunda.

Algunos muchachos con la sonrisa triste y el rostro pálido esperaban su cosecha de cintarazos, algunos le preguntaban amablemente a Villalba si los había anotado en la fatídica lista, otros alegaban inocencia, el delator engreído y cortante les respondía: "Que el que nada debe, nada teme" y se sonreía sarcástico. ¡Cómo lo odié, a él le debo haber probado por primera vez el acíbar del odio!

Mientras nos metíamos el pijama y rezábamos los últimos Padres Nuestros observaba a los habituales candidatos al ajuste. Felipe era el miedo impasible, el indio glacial y estoico, resignado por el momento, pero urdiendo en su interior quién sabe qué cómicas venganzas, Paco en cambio, era el terror estrepitoso, que saca los ojos de las órbitas e impulsa a castañear los dientes.

Pasaron diez o quince minutos, la madre nos deseó hipócritamente las buenas noches y se fue apagando la luz de los dormitorios; supuse que por aquel día todo había terminado.

Respiramos aliviados. El inocente canto de un grillo se dejó oír en señal de paz. Los minutos se alargaban y Paco silencioso y mudo de miedo, estrujaba las sábanas con desesperación, y le daba de vez en cuando mordiscos a la almohada.

—Creo que hoy se olvidó del ajuste. . . —Le dije por lo bajo, pero como si mis palabras fueran la fórmula de un impío maleficio, escuchamos en el patio, provisionalmente convertido en calabozo, cómo la correa descargada con fiereza arrancaba verdaderos alaridos.

—¿Oyes?

Me preguntó Paco con la mirada opaca, presa de un terror ingobernable. No supe que responderle, el chico temblaba, se estremecía a cada golpe que aunque sordo y ahogado lo percibíamos entre el pegajoso silencio interrumpido por el tamborileo de nuestros corazones, con una precisión matemática, y que nos retumbaba en la cabeza, en la piel, en el estómago. .

Pronto llegó la castiganta hasta nuestro dormitorio. Encendió la luz. Nos levantamos con los ojos agrandados de angustia.

—Espéreme en el patio. —Ordenó a Cárnica. El gordinflón se defendió:

—¿Por qué señorita directora? yo no he hecho nada. . .

—Ya sabrá la causa. —respondió secamente la mujer—. Y usted. . . —Agregó señalando a Felipe Olvera.

Paco mientras tanto haciéndose el dormido se había cubierto materialmente la cara con la colcha. La mujer se la arrancó de un tirón.

—¡No se haga el desentendido! Al menos debería portarse como hombre.

—Ya me golpeó en la mañana. . . —Observó suplicante.

—No le estoy preguntando nada. Así lo mate, se va usted a volver persona decente.

—¡Mi madre nunca me pegaba! —clamó en un arranque de furor—, ¿Usted quién es para golpearme?

—¡Su madre era una pérdida! Por eso es usted lo que es, un mugroso, un limosnero.

—¡No vuelva usted a nombrar a mi madre, bruja maldita! —Gritó encolerizado.

Nos quedamos estáticos, mudos. El miedo lo había llevado demasiado lejos. Hidalgo y Villalba se acercaron. La directora tomó al muchacho de los cabellos, él se defendía con pies y manos, al fin arrastrado y sometido, entre un arranque de desesperación por zafarse de sus garras le dio un puntapié en la espinilla. La mentora lanzó un aullido:

—¡Me ha levantado la mano! ¡Ahora le voy a enseñar cómo se pega!

Nos habíamos reunido alrededor. Garnica que esperaba su turno tenso, tuvo la fortuna de que la hiena encendida de rabia se olvidara de él. No se de dónde, a partir de este momento mis recuerdos de aquella noche son demasiado imprecisos, mas el hecho es que extrajo un fuste, de aquellos que solían usar los militares, todos lanzamos una exclamación y aún Hidalgo, en un alarde de conmiseración gritó:

— ¡No le pegue con eso señorita directora!

Pero tan ciega estaba que no hizo caso de nadie, y descargó el golpe con toda su furia. El llanto del niño se derramó en un grito estridente, como de bestia herida. Sentí que los pelos se me paraban. Tan impresionante fue aquel grito que la indigna mujer se sorprendió y quedó con el brazo suspendido, pero fue sólo un segundo, pronto se repuso y envalentonada, respondió con otro grito espeluznante, enfermizo, estrangulado, como una catarata de lava biliosa que se desborda, voz extraña preñada de frustración y de odio. ¡De odio, sí! ¡Porque le fue negado el sexo, la belleza, la bondad, la ilusión! ¡Porqué le fue vedado de siempre y para siempre el amor! Y entre un clímax de venganza, innoble venganza de mujer estéril, de monja sin visiones, ni misticismos, ni vocación; descargó con furia sádica, epiléptica, el brazo suplicador sobre las escuálidas espaldas del pequeño rebelde, con la violencia de quien intenta castigar a la vida, a su destino, a su propia persona, por toda su amarga soledad, por haberle tocado el triste papel de verdugo, por haber nacido horrible y cruel, y católica . . . e histérica, por haber nacido directora de un colegio de encierro. o por haber sido señalada para vivir en esta reencarnación con un pesado karma, debiendo asumir el rol más inhumano, en la hora del niño más ingrata, ¡La hora del ajuste!

-17-

Celebramos el cumpleaños de *nuestro padre*. Con anticipación los familiares de internos y externos aportaron sus cuotas; y el mío adicionó, nada menos que una succulenta barbacoa de carnero, cocida en hojas de maguey y preparada al estilo de las rancherías próximas a Honey, una estación ferroviaria perdida entre la sierra de Puebla.

Las madres estaban tan agradecidas del obsequio, que la directora no sólo olvidó sus amenazas de quejarse acerca de mi aprovechamiento y de mis preferencias por el huérfano, sino que tuvo elogios para mí y anunció que seguramente sería de los premiados al finalizar el año.

Por la mañana de aquel inolvidable día, escuchamos misa en La Sagrada Familia que ofició el del aniversario, hicimos el viaje de ida y regreso en tranvía y al retornar al colegio con mucha hambre, nos sirvieron un desayuno con café con leche y tamales dulces y picantes.

Se habían suspendido las clases y nos dejaron jugar y correr a nuestro antojo.

A las dos de la tarde nos formaron para hacer valla y recibir al festejado, quien llegó con traje azul oscuro y en compañía de otros señores muy serios.

Algunos padres de los alumnos se habían reunido para felicitarlo y entregarle algunos presentes, que el buen señor agradecía con sencilla amabilidad.

A las cuatro de la tarde y después de otra tanda de aplausos y de rezos se sirvió la comida.

En la mesa de honor, regiamente adornada con manteles bordados, aparecieron las más

apetitosas viandas: fuentes rebosantes de frutas, quesos, panecillos recientemente horneados con aroma a mantequilla, dulces monjiles graciosamente distribuidos en canastillos de mimbre y algún vinillo generoso para acompañar los manjares, no obstante la comida que nos sirvieron a los internos sin llegar a tanto, fue bastante decorosa y tuvimos fruta y postre.

Al terminar pasamos al jardín, donde se había levantado un tablado, con cortina, decorados de papel y un estrado para nuestro director espiritual y sus acompañantes, a esa hora mucho menos ceñudos.

Cantamos el famoso coro, y luego siguieron algunas recitaciones, el bailable veracruzano, el sainete dizque cómico y la tabla gimnástica con bastones y banderines; cuando estaba concluyendo el programa, unas menudas gotas de lluvias me mojaron la cara.

*Nuestro padre* se levantó y después de agradecer el festejo nos dio como siempre la bendición.

Entonces, en cosa de breves minutos el cielo se fue encapotando, y nubes bajas, inequívoco presagio de tormenta, iniciaron su violento galopar.

Aún no daban las siete de la noche y todo se había vuelto oscuro, los invitados habían partido recién, y mis compañeros que todo lo hallaban divertido, comenzaron a acarrear el sillero y a desmontar el improvisado escenario.

Campeaba una alegría cordial, y yo me pregunté si aquel día, por lo menos, en que habían aflorado las sonrisas, las frases amables y el buen humor, se suprimiría el famoso ajuste antes de dormir.

Pronto quedamos empapados y con los zapatos cubiertos de lodo; se había generado cierta confusión y las voces, las risas, el golpear de los muebles y la lluvia mezclados, apenas nos dejaron oír a la tercera o cuarta vez la llamada de la campana, para que fuéramos al comedor por la última comida del día.

Hasta entonces noté la ausencia de Paco. Al principio no le concedí importancia, hacía días que se aislaba y apenas nos dirigía a José Antonio y a mí, algunos monosílabos: tanto daño le habían causado los golpes y los insultos, que estuvo con fiebre y la madre Consuelo apiadada de ver al pobre chico tan desmejorado, le dio algunas aspirinas y lo dispensó de asistir a su clase de religión. Un día antes, fue a clase por la mañana y visiblemente pálido se fue a sentar en nuestro mesabanco manchado de tinta; la señorita Rubí informada de las tundas recientes, supongo que por José Antonio, se abstuvo de preguntarle nada, y sólo en algún momento le indicó que si persistía en sentirse mal, podía retirarse y descansar tranquilo en su cama. Paco no respondió nada y continuó con su actitud mustia, que yo tomaba como un reproche inmerecido, José Antonio y yo nos alejamos prudentemente de él, en espera de que mejorara su estado de ánimo, pero ¡Oh niñez despreocupada! los festejos, la algaraza, la excitación a la que no estaba

acostumbrado, me hicieron olvidarme del amigo que tanto estimaba, quizás cuando más me necesitó.

Terminamos la cena, durante la cual nos sirvieron los tamales sobrantes de la mañana y nos encaminamos a dormir.

La lluvia había arreciado y ráfagas de aire frío, penetraban por las hendeduras de puertas y ventanas, afuera la oscuridad se había vuelto densa.

Cuando nos instalamos en los dormitorios comprobé que Paco tampoco se encontraba allí, le pregunté a José Antonio si lo había visto, me respondió que no recordaba bien si fue antes de la comida, pero en todo caso como él no tomaba parte en el programa nadie se enteró de nada.

A las ocho y media se presentó la directora, quien con su habitual grosería nos fue a exigir que guardáramos silencio, y a anunciarnos que aunque los castigos se suprimían por aquel día en honor a *nuestro padre* la noche siguiente ya nos veríamos las caras. José Antonio la miró con odio y rencor reconcentrados y advirtió:

— ¡Paco no está en ninguna parte!

La mujer iba a responder alguna de sus insolentes zarandajas, pero un extraño presentimiento la detuvo. Diez minutos después, monjas, cocineras, y todos los compañeros, con los cabellos escurriendo de agua, buscábamos en los jardines, en el patio, en los salones, en los baños y hasta en la casita del conserje al perdido.

Yo estaba seguro que Paco había huido y me volví al dormitorio. José Antonio mientras tanto se reprochaba no haberle hablado francamente a su protector, explicándole los malos tratos que recibíamos en el colegio, le dije que le escribiera otro día al periódico donde trabajaba, suponiendo que alguno de los externos con quien la llevábamos bien, se prestaría a echar la carta al correo; el muchacho dudaba que nuestro amigo pudiera haber ido demasiado lejos y fue a pedir permiso a las monjas para que lo dejaran buscarlo en las laderas de la barranca, le hice ver que era demasiado arriesgado pues con la oscuridad y la tormenta podía ocurrirle un accidente grave y las monjas no iban a aceptar que se expusiera, pero no me hizo caso y advirtió que si no lo dejaban buscarlo por las buenas, brincaría las bardas aunque se desgarrara la carne.

Yo me acerqué a la cama del desaparecido. A un lado, sobre su mesa de noche, estaban intactos sus cuadernos, el álbum vacío, para llenar con figuras de animales, que envolvían unos caramelos que él nunca tuvo dinero para comprar, las plumas abiertas, los lápices mordisqueados, las hojas garrapateadas con el futuro y el pasado de los verbos en inglés. Desdoblé la colcha, hice a un lado la almohada y allí, con gruesas letras, sobre un papel que había doblado hasta convertirlo en sobre, había escrito mi nombre. Lo des hice de prisa, el recado contenía apenas dos líneas. "Cuando ya no esté con ustedes, entrégaselo a la señorita Rubí. Mi madre me lo dio antes de morir". Paco.

Era un medallón gastado, sucio, que guardaba la fotografía de una mujer de edad indefinida, y que el pobre chiquillo llevaba siempre atado al cuello, con un trozo de cordón

-18-

Las siguientes horas fueron bastante confusas y violentas. Pronto se llegó a la conclusión de que en tan aterradora oscuridad sería inútil la búsqueda, además nadie tenía la menor idea acerca de donde podía haber ido el vapuleado desertor, harto de malos tratos y castigos, los murmullos de rebeldía empezaron a oírse más fuerte y la madre Consuelo con el semblante desencajado y un nerviosismo que le tornó el rostro de moreno en cetrino, se paseaba inquieta, frotándose las manos y murmurando oraciones; la directora mucho más dueña le sí, envió al conserje a indagar a los alrededores, mientras ella, intentaba comunicarse por teléfono con *nuestro padre*, si bien nunca pudo conseguirlo pues la línea telefónica se había averiado con la lluvia. José Antonio y yo la vimos salir provista de un paraguas negro, abierto y fantasmal, que le daba un aspecto tan siniestro como el de una bruja que se dirige a un aquelarre maldito.

— ¡Voy a denunciarlo ante las autoridades! ¡Va a fundirse muchos años en la correccional! — Clamó amenazante.

— ¡Esto es peor que una correccional! —Respondió valientemente José Antonio.

La vi regresar con deseos de abofetearlo, pero una de las monjas la contuvo.

La madre Consuelo nos hizo volver a los dormitorios. Las luces del colegio se habían encendido, y un desasosiego, presagio de males peores, se había apoderado de todos, sólo Hidalgo y Villalba silenciosos y mustios se habían apartado, espantados de su obra, y José Antonio se les encaró gritándoles;

— ¡Ahí tienen el resultado de sus chismes!

La noche fue avanzando. Nadie podía dormir. El viento cada vez más intenso, ululaba helado y pujante abriendo puertas y ventanas y convirtiendo las cortinas en jirones asustadizos; el estrépito de un vidrio roto corrió como un reguero de ecos siniestros, nos asomamos por el hueco, la rotura había ocurrido en una de las altas puertas que daban al patio; el cuadro nos hizo retroceder empavorecidos, la lluvia había convertido en canales las calzadas del jardín, y el agua descendiendo escandalosa por los viejos y enmohecidos canalones de lámina empezaba a inundar los prados, donde nadaban como pingajos muertos los pétalos de los rosales.

La campana de la capilla comenzó a tocar, con un aire tan lastimero que semejaba un quejido. La luz eléctrica se esfumó dejando al colegio en tinieblas, un vaho tétrico, húmedo, como el aliento de un difunto, caracoleaba espeluznante sacudiendo los martirizados ramajes de los árboles.

Provista de una vela, se apareció en el dormitorio la madre Consuelo. Pidió que nos vistiéramos y nos puso a rezar. Los dientes nos castañeaban de frío y tuvimos que abrigarnos con las mantas, algunos fuimos a cerrar las persianas; sentíamos que sobre los techos el cielo se vaciaba ruidosamente.

La monja se arrodilló y nos pidió hacer otro tanto, recitaba algunas oraciones para conjurar las tormentas, una andanada de relámpagos, breves, blancos, iluminó con su pavor grisáceo el jardín desastrado, a su luz opaca contemplamos cómo las plantas yacían destrozadas y el agua subía amenazadora, inundando las ventanas de los sótanos, pronto respondieron como un responso fatídico las voces roncadas, distantes, impregnadas de esa gravedad tenebrosa, como vomitada de la garganta de un infierno. De pronto, un haz de luz azulada, a la que siguió un resplandor de fuego, nos hirió los ojos.

— ¡Jesús nos ampare! —Dijo la madre levantándose, un trueno horrible retumbó en los muros, en los muebles, en los cristales, y lo sentimos como una descarga eléctrica que se esparce, sacudirnos los nervios, horadarnos el cerebro, el estómago, las articulaciones. Un rayo había caído a escasos metros de nosotros, derribando con su flamazo enceguedor, el árbol donde mi amigo y yo solíamos ir a conversar. El pesado tronco mortalmente herido y ardiendo en llamas cayó con estrépito. La madre Consuelo empezó a rezar la letanía que se dice en las graneles aflicciones y a los agonizantes. Estaba tensa, con los ojos cerrados. La vela se había apagado y yo busqué con los dedos las gotas de cera tibia. De pronto sentí que un horrible presentimiento me invadía.

— ¿Oíste? —pregunté a José Antonio—, ¡Nuestro árbol se está achicharrando! ¡Creo que Paco acaba de morir!

Trémulo de miedo, me dio por toda respuesta un tremendo codazo.

-19-

Desde el viernes por la noche no volvimos a saber de Paco. La interrupción de clases sábado y domingo, y la lluvia tenaz y persistente que apenas amainó unas horas por la mañana, nos mantuvo abatidos en los dormitorios, imaginando la suerte que podría haber corrido nuestro compañero.

El sábado por la tarde otro aguacero inundó por completo la parte más baja del terraplén del tranvía, y una hilera de vagones amarillos, imposibilitados de pasar en uno u otro sentido, se quedaron parados e inútiles largas horas.

*Nuestro padre* consternado por la infausta noticia acudió muchas veces al colegio, José Antonio se quejó que la directora le había impedido salir en busca del fugitivo, el sacerdote

esgrimíó una sonrisa triste. ¿Qué habría podido hacer un niño como tú —le respondiÓ— aunque fuera tan valiente? y nos ofreció informarnos tan pronto tuvieran algùn resultado las pesquisas de la policia.

El lunes por la mañana, mientras desayunábamos, entró Eusebio el conserje.

— ¡Aquí estoy!—Dijo, como asustándose de su propia voz, en cuanto estuvo frente a la madre Consuelo, y como se percatara que todos lo habíamos rodeado, agregó: les traigo noticias!

— ¡Alabado sea Dios! —Dijo la monja.

— ¡Malas noticias! —Aclaró.

Estaba sudoroso, como si hubiera realizado un esfuerzo enorme, traía el traje hecho jirones y manchado de lodo, la camisa blanca surcada de listas negras y los zapatos cubiertos de arena, parecía un náufrago que ha conseguido a duras penas ganar la costa, con los ojos enrojecidos y los labios temblorosos, luchando por ahogar los sollozos, exclamó con voz enronquecida:

— ¡Han encontrado a su compañero!

— ¿Va a regresar pronto? —Exclamaron con ansia veinte voces a la vez.

— No. Desgraciadamente ya no puede volver. Lo hallaron muerto.

La monja tuvo un desvanecimiento.

Todos rodeamos al anciano para preguntarle, pero la sombra negra de la directora nos interrumpió:

— ¡Es a mí a quien debe usted informar y no a los alumnos!

— ¿Por qué sólo a usted? ¡Ellos también tienen derecho a saber la suerte que corrió su compañero!

— ¡Era su responsabilidad vigilar! —repuso la malvada mujer.

- ¡ Y la suya educar, señora! ¡No maltratar ni herir a los niños obligándolos a huir del colegio como de una prisión! Usted me reprocha que fuí descuidado, pero yo hago aquí de todo, de jardinero, de criado, de mandadero ¡Hasta de delator! Pero aunque le hubiese vigilado día y noche, el niño lo mismo se habría escapado ¡cómo huirían todos si pudieran!

Dos hombres con aspecto grave se adelantaron, todos imaginamos que eran policias. Los vimos entrar a la dirección siguiendo a las monjas y a la castiganta.

-20-

Apenas llegamos a saber un poco de la verdad. Alguna nota casi anónima, metida en algùn rincón de los periódicos, comentada por mis padres, o las narraciones incoherentes de Eusebio, quien a pesar de habersele prohibido estrictamente hacer ninguna alusión, nos confiÓ a José Antonio y a mí, el triste fin de nuestro compañero, me han permitido reconstruir a medias sus últimas horas.

El niño había salido sin rumbo, aprovechando la confusión que propició el festejo, tal vez había recorrido las laderas de la barranca, los campos sembrados de milpa, o las calles cenagosas y solitarias del viejo Mixcoac, de sobra sabía que fuera del colegio le esperaban el hambre, el frío y el más absoluto desamparo, no conocía a nadie. No contaba con una sola alma que lo protegiera! No obstante, aquello debe haberle parecido mejor, que continuar soportando la odiosa tiranía de la castiganta. La lluvia debió haberle empapado, y los truenos y relámpagos lo sorprendieron en la huida: a un lado de la vía del ferrocarril a Cuernavaca, encontró una humilde vivienda, la luz incierta de un quinqué de petróleo se transparentaba en la ventana; llamó con timidez, una, otra, varias veces, hasta que una viejecilla salió a mirar, le pidió que le permitiera pasar la noche y si podía, que le diera algo de beber, aunque sólo fuera agua caliente porque sentía mucho frío. La vieja lo hizo pasar al momento y condolida de verlo empapado le hizo cambiar las ropas mojadas y le prestó un blusa azul y de dril, de esas que usan los peones de las vías, al calor de un semi apagado anafre de carbón y mientras el prófugo apuraba un tibio té de hojas, la anciana hubo de preguntarle: ¿Quién era? ¿Dónde vivía? ¿Quiénes eran sus padres?... Paco debió haberle dicho la verdad. Huía de un colegio donde por el menor motivo lo maltrataban a todas horas, era huérfano y no tenía parientes, ni amigos pues su patria estaba muy lejos y su madre había muerto en la guerra. No sé si la viejecita le creyó, pero al verlo tan deprimido, le ofreció lo único que tenía un plato de frijoles y nopales y algunas tortillas que calentó al rescoldo del anafre; el chiquillo dio las gracias y se fue a acurrucar en un rincón del cuartucho, a poco, llegó el hijo de la compadecida anciana, quien se sorprendió de hallarse con tan inesperado huésped; la señora refirió cuanto el chiquillo le había contado, y el hombre francamente asustado, le respondió que no era bueno meterse en dificultades y que lo mejor sería avisar inmediatamente a la autoridad, la mujer quiso ablandar a su hijo, los polis lo único que harían sería llevarlo de nuevo al encierro, donde con mucho mayor motivo le castigarían, pero el obrero impuso sus razones, el niño sería buscado seguramente, ocultarlo sólo les acarrearía disgustos, aparte de que ellos eran tan pobres que no tenían con que alimentarlo, tal vez podría trabajar, argumentó la vieja, pero el hombre continuó oponiéndose, era demasiado niño aún, y sobre todo no les pertenecía. Paco aunque aparentemente dormido debió haber escuchado aquel diálogo que lo condenaba cruelmente al temido encierro, y en cuanto se durmieron madre e hijo abandonó sigilosamente el cuartucho.

Un diluvio caía del cielo, la tierra era resbaladiza, el lodo, y los charcos dificultaban un camino sin rumbo fijo, al principio corrió con todas sus fuerzas, temeroso de que el hombre fuera a seguirlo, tal vez se internó en la maraña de los bosques, quizá buscó el dudoso resguardo de una encina en las laderas, nadie supo al fin cómo llegó a la presa, aquella plácida presa que como ondulante espejuelo retrataba las luminosas mañanas mixcoaqueñas, pero que en aquella hora, ent

Aunque el veredicto de la autoridad apuntó en el acta que se había tratado de un lamentable accidente, del que en mínima parte resultaban responsables los directores del colegio, quienes trataron de hacerse aparecer como unas inocentes palomas, que cumplían celosamente su deber; mientras el niño en cambio, era inquieto e indisciplinado; tengo mis dudas para aceptar completamente tan superficial hipótesis, aunque a decir verdad, y a pesar de haber conocido tan a fondo a mi condiscípulo, me horroriza detenerme en el pensamiento, que más bien pudo tratarse de un suicidio. ¡Un suicidio en un niño de doce años! ¿Qué pudo orillarlo a buscar la muerte en la presa? ¿La soledad? ¿El desamparo? ¿El imperioso y fatal llamado de la madre muerta? ¿Aquella obsesión de libertad atormentadora y frustrada? ¿Un enamoramiento enfermizo y prematuro, uno de esos amoríos patológicos y absurdos, como todas las pasiones engendradas en la niñez, por la única persona que lo trataba bien, pero que tan fríamente le había anunciado que se marchaba para siempre, después de que lo habían azotado en su presencia, con las piernas desnudas ? . . . O más bien, fue el miedo, solamente el espantoso miedo, el terrible miedo al ajuste. . . De sobra comprendía que si regresaba al colegio le esperaba el más cruel de los castigos. ¿No era mejor acabar para, siempre? Huir entre el líquido laberinto de aquella vida ingrata, sin esperanza y sin amor y\_ cuya rúbrica de cada día era una docena de latigazos... Si así ocurrió, y el árbol caído, fue el anuncio inequívoco, un suicida precisa al menos de un arma, pero Paco, el más infeliz, el más miserable de todos los suicidas, sólo tuvo a su alcance la presa, último reducto, benévolo y misericordioso de su desesperación.

-21-

Después de dos días de inútil búsqueda, Eusebio se enteró que unos vecinos habían visto flotar un cadáver. Presentada la denuncia, los bomberos realizaron el penoso rescate y Paco después de mucho papeleo nos fue devuelto dentro de un ataúd gris.

Lo demás aconteció en medio de un sopor vago, nebuloso, ¡Tal fue el ambiente de irrealidad que presidió el velorio!

Lo velamos por turnos. Hasta Villalba e Hidalgo, hicieron guardia y tuvieron que soportar la andanada de empujones, desprecios e insultos de toda la escuela.

*Muestro padre* dijo una misa de difuntos con la respectiva cantinela de respuestas por el alma del fallecido. Las monjas, prendidas al prejuicio, cual mariposas ensartadas con alfileres, rezaban para que el infortunado rebelde, a quien Dios castigó por el horrible pecado de la desobediencia, fuera finalmente reconciliado y pudiese entrar en el cielo; semejante argumento apenas tuvo eco, y fuera de aquel dogmatismo fanático, y el susto de enfrentarse a los detectives, no creo que les habrá importado mayormente la tragedia del interno.

Un sol pálido, amarillento, brilló entre la maraña algodonosa de las nubes grises y blancas, que aún no concluían de desembuchar el inacabable alud de lluvia.

Salimos de la capilla de dos en dos, vestidos de negro, pálidos y medio dormidos por la desvelada, los rayos tibios rozaron suavemente nuestros miembros entumidos.

Algunos padres, serios y recelosos, habían acudido armados de coronas moradas, las maestras portaban grandes ramos de flores olorosas y cubiertas aún con el rocío mañanero, sus vestidos negros contrastaban con el color encendido de las flores.

En frente de la reja aguardaban la carroza y dos camiones negros. También había algunos coches, el de *nuestro padre* a quien todo mundo presentaba condolencias, y el de aquel señor periodista, que era el lejano protector de los niños españoles, un hombre calvo, bajito y que usaba gruesos lentes, lo vi vestido con un traje claro, mal planchado y descosido, pero se puso una corbata negra en señal de duelo.

Los de la funeraria sacaron el cadáver. Nos dirigimos al panteón de Tizapán. íbamos por la avenida que comunica San Ángel con la fábrica de papel y los transeúntes se descubrían abriendo paso al cortejo. Las maestras que permanecían mudas, venían al fondo del camión, y algunos compañeros que no consiguieron asiento trataban de aferrarse inútilmente al pasamanos superior.

Llegamos al cementerio.

*Nuestro padre* roció el ataúd con el hisopo, rezando, mientras derramaba generosamente el agua bendita; a las invocaciones respondíamos siempre: "Amén, amén". Cuando bajaron el ataúd a la fosa, José Antonio se tapó la cara con las manos y prorrumpió en sollozos.

Luego, repentinamente envalentonado, dirigiéndose a la castiganta que hipócrita, ponía una cara afligida, gritó con toda la fuerza en sus pulmones:

— ¡Usted lo mató!

Y se le derramaron las lágrimas por el rostro lívido y ojeroso.

Un silencio lúgubre fue la respuesta, pero *nuestro padre* clavó los ojos en la castiganta con una fijeza taladrante y escrutadora. La infame ni siquiera se inmutó. Los albañiles empezaron a cerrar la tumba echando paladas de tierra sobre el féretro.

La señorita Rubí contemplaba la escena profundamente emocionada.

Llevaba un velo negro que le cubría la cabeza y las sienes. El grupo empezó a disgregarse.

Me acerqué hasta ella discreto y cauteloso. Vi que lloraba y le hablé con voz conmovida y estrangulada:

—Paco dejó esto para usted. — alargué el medallón y el recado.

La vi sorprenderse, pero al instante tomó las prendas que le ofrecía.

No sé cómo pudo leer con los ojos perlados de lágrimas. Recuerdo que su pecho se agitó y se contraía penosamente bajo la blusa. Se llevó el viejo retrato al corazón oprimiéndolo con las dos manos, mientras me sonreía torpemente.

El Ajusco se volvía a cubrir con su toca de nieve blanca con ribetes azulados. El sol descargaba ya, plenamente, su luz.

La presa, allá en el viejo Mixcoac, seguramente volvería a soñar el cielo azul, y a reflejar la bondad y el bien, la suprema divisa de los hombres.

La tormenta y la muerte habían pasado.

En medio del dolor, había sonreído una mujer. Y tuve la convicción de que Paco había recogido agradecido y dichoso la sonrisa.

¡Era la primera mujer de nuestras vidas!

#### EPILOGO

No volví a saber nunca más de los niños españoles.

Cuarenta años después, al pasar por una iluminada pastelería, se me ocurrió llevar a casa una fuente de pastelillos.

Elegí lo mejor y al llegar a la caja, el hombrachón que estaba de espaldas le ordenó a la muchacha:

— ¡No cobres esa charola!

Me volví sorprendido. Era José Antonio. Mirarlo y reconocerlo fue cosa de un segundo. —

¿Qué haces? —me preguntó.

—Pues por aquí. . . —Respondí evasivo.

Se sonrió. Nos quedamos viéndonos uno al otro. De pronto me preguntó: — ¿Te acuerdas?

Le respondí que sí con la cabeza. Tomé la charola de pasteles y salí del establecimiento.

## **EL ANGEL DE AMARANTA**

-1-

En el atardecer, la antigua casona de la calle de Los Echave se queda inmersa entre una quietud melancólica, dulcemente ingenua. Los dos pisos de la construcción, ostentan una fachada de principios del siglo XX pintada de azul, ventilados cada uno por media docena de balcones altos y enrejados, que se alegran con macetas y jaulas de pájaros. El viejo zaguán provisto de un portón fuerte y adornado con un aldabón en forma de puño, va a desembocar después en un jardín donde las rosas, los lirios, los alcatraces y el tulipán entre muchas otras variedades de flores, alternan con los árboles frutales: membrillos, duraznos, ciruelos, manzanos, perales, capulines y chabacanos, cuyos troncos se levantan entre calzadas de tierra apisonada que van a converger en una alegre fuente de azulejos de Talavera de Puebla, donde nadan indolentes y voluptuosos una docena de patos, blancos los machos, cafés con tonos listados de azul muy vivo las hembras.

Al piso alto se asciende por una escalera de cemento, cuyo barandal de hierro sirve de macetero en el corredor que comunica a las habitaciones del piso de arriba.

A la derecha y a todo lo largo del huerto-jardín, un corredor, con el techo envigado sostenido por gruesas columnas, y que va a concluir en la misma pared blanca que limita la casa, le confiere un aire monacal, encantador e inofensivo. Bajo los frescos arcos, cuyo piso es de ladrillo rojo, reposan con señorial abandono un viejo mueble de mimbre y algunas sillitas bajas de tule.

La tía Juanita, como suele llamársele a la vieja niñera —familiar que sirve, o sirvienta considerada como familiar— suele instalarse en una de esas sillitas bajas, vestida con blusa y falda negras, a distraer sus manos parsimoniosas, erizadas de venas azules en el inacabable tejido.

Una gata parda apetece ronronear a su lado, deshaciendo algunas veces con sus uñas, la bola de estambre; una gallina con sus nueve pollitos se acerca confiada en demanda de alimento para su curiosa prole, y aún los patos machos, aunque implacables perseguidores de la suave anciana, merodean con su cuac-cuac nasal, bullendo las colas blancas.

Juanita tiene a su cargo, aparte de su tradicional oficio de costurera, labor que ha desempeñado por más de cuarenta años en casa de la familia Martín del Campo, cuidar a los hijos pequeños del matrimonio: Amaranta y Arturo.

Don Santiago Martín del Campo es un prestigioso arquitecto y hombre de negocios, que se ocupa actualmente en construir algunos hoteles en Oaxaca, ciudad en la que pasa, desde hace cuatro años, veinte días de cada mes por lo menos; su esposa, la señora Margarita, es una encopetada dama de sociedad que no desdeña fiestas y saraos, donde es invitada diariamente, por los residuos de esa afrancesada sociedad porfiriana y aristocrática, a la que la revolución no pudo arrebatarle totalmente su abolengo; y que aún, en este año de 1932, disfruta todavía de sus mansiones cargadas de bugambilias en la colonia Roma, o en la elegante colonia Cuauhtémoc.

Pero hay algo todavía, que aleja con mayor frecuencia a la dama de sus hijos, y es su incontenible pasión por el teatro; la señora Martín del Campo no se pierde por nada del mundo "La barca sin pescador" del as de los dramaturgos don Alejandro Casona, y que con maestría inigualable interpretan María Teresa Montoya y Ricardo Mondragón, menos aún "Juan José" de Joaquín Dicenta, "La Enemiga" de Darío Nicomedi, "La Mujer X" o "Doña Diabla" creaciones insuperables de la eminente actriz Virginia Fábregas., apenas transcurre una semana que la todavía muy hermosa dama no se deleita con alguna obra de estreno de Arniches, Echegaray o los hermanos Aivarez Quintero, cuyo gracioso sentimentalismo la hace llorar y también reír con el desenfado maestro de Anita e Isabelita Blanch o con la gravedad señorial de doña Asunción Casal.

La señora Margarita aspiraba a convertirse en actriz, pero el arquitecto tronchó sus esperanzas, por algo mucho menos efímero: el matrimonio, tal y como lo entendía un caballero

bien intencionado que le ofreció con su nombre cariño y seguridad, entonces tuvo que conformarse con ser solamente una insaciable espectadora, abonada a los teatros capitalinos, el Arbeu, el Ideal, el viejo teatro Hidalgo, el Colón, el Lírico, el Iris y *con* mucho más asiduidad el Fábregas, y como las veladas dramáticas nunca concluían antes de la una de la mañana, cuando la dama tornaba al silencioso Mixcoac, sus hijos llevaban por lo menos cuatro o cinco horas de sueño, que para suerte, comodidad y fortuna, de la entenada de Talía, velaba con afectuoso esmero, y pródiga benevolencia, la que fue también su aya, y que solterona siempre, había entregado y pasado la vida a su lado, consumiendo sus olorosos cigarrillos "Faros" y manejando con exquisito tacto y discreta atención todos los problemas de la casa: la tía Juanita; a ella se debía el planchado perfecto de la camisas de Don Santiago, el menú siempre bien dispuesto, que aunque preparado por la cocinera, supervisaba la diligente anciana, y hasta el arreglo del jardín, y la recogida de los huevos frescos en el gallinero, menesteres que vigilaba con inigualable celo.

Juanita era pues el alma de aquella casa, querida y respetada por todos, amos y sirvientes, conservaba todo ordenado, limpio y flamante, como si se hubiese acabado de comprar; pero en lo que verdaderamente se volvía insustituible la noble mujer era en lo que se refería a los niños. Amaranta la adoraba, más que a su misma madre, y en cuanto a Arturo, aunque de carácter rebelde y voluble, nadie podía controlarlo mejor, sin regaños ni amenazas, con la sola persuasión de que debía comportarse bien en presencia de sus padres, a quienes veía tan poco como si fueran sólo visitas, entonces cumplía maravillosamente bien su papel de niño educado, y decir educado, quería significar: sonreír, pedir todo por favor, dar las gracias, y cuando se le preguntaba qué aspiraba ser cuando fuera mayor, responder con absoluta seguridad: *arquitecto, como mi papá*.

Juanita era también una narradora más hábil que muchos escritores contemporáneos, empeñados en que lo incomprensible es arte, y los desenlaces abiertos a la imaginación -porque el autor carece de ella- son signos de originalidad.

Entonces, le contaba a su juvenil auditorio, aquellas historias fantásticas, que en sus labios cobraban vida, y que la viejecita decía con la bonachona sinceridad de quién dice la verdad: leyendas de reyes buenos y hados perversos, de princesas encantadas, prisioneras de ogros y dragones malvados, enanos ingeniosos y socarrones poblando relatos fantásticos, animales que hablaban y actuaban como humanos, escenarios donde abundaban los palacios deslumbradores centelleantes de piedras preciosas, caballos veloces como flechas que volaban a voluntad del jinete, y luego, como digno corolario de las aventuras más extraordinarias, el triunfo rotundo del bien, la victoria final de los valerosos y de los magnánimos.

Otras veces, cuando la tarde descendía ensombreciendo el jardín, tiñendo de un verde más oscuro los helechos, las palmas y las plantas de sombra, metidas en viejísimos barriles de madera, que ornaban el corredor; Juanita enredada en su chal negro iniciaba con hábil truculencia, el escalofriante desfile de sus cuentos de brujas, vasto repertorio donde menudeaban los nahuales,

la llorona, las hechiseras que convertían en guajolotes a los hombres, las fieras traicioneras emboscadas en los ramajes elevados y los cacomixtles ladrones que hurtaban gallinas a placer, sin faltar los fantasmas descabezados que llevaban en una mano y tomada de los cabellos su cabeza destilando sangre, almas en pena que venían a reparar daños, espíritus de frailes que habían faltado a su regla durmiendo en lugar de rezar, y hartándose opíparamente en los días de ayuno: y debían regresar a cumplir sus obligaciones que eludieron por pereza o por decidía; leyendas donde el diablo salía siempre mal parado, porque sus presuntas víctimas invocaban oportunamente a la Purísima, o a la Virgen del Carmen, la de San Ángel, que aunque castigadora y todo, pues mandaba a los desobedientes tocar las campanas del convento a la media noche, con gran sobresalto de los ancianitos del asilo; salvaba a los renuentes pecadores del fuego eterno, con alguna de esas molestas penitencias, que aunque durasen muchos años, concluirían por llevarles a descansar en la gloria del Señor. Entonces, con los ojos engrandecidos por el miedo, los niños se disponían con mucho más agrado al rezo del santísimo rosario, y Juanita, quién vivía en dos coquetos cuartitos al final del jardín, los hacía arrodillar frente a una cómoda donde entre flores y cirios se había erigido un improvisado altar a la Virgen de los Dolores. Allí repetían los asustadizos devotos con fraternal devoción padres nuestros y aves marías, que terminaban con la larga letanía: Virgen Purísima. . . ruega por nosotros. . . Virgen Castísima. . . ruega por nosotros. . . Virgen Poderosa. . . ruega por nosotros. . . Virgen Misericordiosa... ruega por nosotros... Rosa Mística... ruega por nosotros. . . Torre de David... ruega por nosotros...

Otras veces, Juanita los llevaba a la parroquia, donde la oración de la tarde, revestía para ellos todo un extraordinario acontecimiento. Allí repetía Amaranta:

—"Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día." Repetía Amaranta.

-2-

— Bien, ahora sí, arropadita y calentita se va a dormir mi niña.

— ¿Y él va a venir? —musitó débilmente Amaranta.

—Seguramente que sí. —Afirmó la bondadosa anciana— Como todas las noches, porque te has portado bien y has sido una niña obediente. El vendrá puntual en cuanto te duermas, y extenderá sobre tu cama sus immaculadas alas de cisne.

Amaranta sonrió con los ojos entrecerrados, y luego luchando con el sueño demandó curiosa:

— ¿Y hay muchos ángeles?

— ¡Oh sí! ¡Los ángeles son los niños de Dios! Iturriel, Uriel, Cefón. Gabriel, Abdiel, Sofiel, el querubín de más rápido vuelo. ¡Hay miles de ellos! Y todos son bellos, ligeros como aves.

— ¿Y yo? . . . ¿No puedo verlos a todos, verdad? ¿Pero a mi ángel de la guarda siempre podré verlo?

— ¡Siempre! — aseguró Juanita— ¡Mientras conserves el don de la inocencia!

— ¿De la inocencia? —preguntó la niña sin poder comprender— ¿Y qué es la inocencia?

— Es cómo una flor, que puedes conservar fresca y hermosa, si tú quieres.

— Una vez me dijiste que yo tenía nombre de flor.

La niñera dijo que sí con la cabeza y agregó:

— Sí, de una flor rara y extraña, casi imaginaria, que no se marchita nunca.

— ¿Y dónde hay flores así? ¡Yo nunca he visto una en el jardín!

— Tú podrías ser la flor y serías la primera en la tierra. Los amarantos crecían antes en la tierra,, pero por el pecado del hombre Dios decidió llevárselos otra vez al paraíso donde viven sin envejecer, a orillas del río de la felicidad, esas flores adornan las esplendorosas cabelleras de los ángeles entrelazadas de rayos.

— ¡Me gustaría ser una de ellas! —admitió bostezando largamente la pequeña— ¡Y adornar la cabellera de mi ángel de la guarda!

— ¿Y se queda en pie toda la noche? —preguntó Juanita extrañada.

— No sé —reconoció sinceramente Amaranta— El no pisa, no anda, así como nosotros. Se diría que está siempre flotando porque no se le ven los pies, seguramente escondidos en su larga túnica blanca y rosa.

Juanita la miró con sus ojos profundos y sinceros, tan ingenuos como los de su infantil protegida, y se alejó con unos pasitos pausados, sonriente y dulce el arrugado rostro, y llevando entre sus dedos picoteados por la aguja de coser, el cigarrillo a medio consumir.

Luego fue hasta la camita de Arturo, quien mayor que su hermana, se quedaba fingiendo que dormía, pero a quien le gustaba dejarse besar, arropar y acariciar, y con una tranquilidad suave, de gata peluda y bonachona, se fue a esperar a prudente distancia, la llegada de aquella otra niña, hoy mucho más crecida, que no había nacido para la maternidad e iba de teatro en teatro, acariciando un ideal prohibido, con el apetito de una quinceañera

-3-

Dos hechos sin embargo, vinieron a turbar la vida social de la inquieta señora. Primero, a la tía Juanita le empezó a crecer sospechosamente el vientre y a hinchársele la cara. Don Santiago la hizo atender de buenos médicos, quienes declararon que se trataba de una hidropesía incurable.

La rodearon de cuidados y atenciones e hicieron trasladar su cama a la casa.

Amaranta que ya rebasaba los siete años dio muestras de una abnegación increíble acompañando a su madre o a la enfermera para cuidar a su amada tía, que cada vez engordaba más.

Una mañana Amaranta fue a despedirse de su buena aya antes de marchar a la escuela, llevaba los ojos enrojecidos de tanto llorar y aunque procuró dominar la intensa emoción que la embargaba, su madre le conoció que apenas había pegado los ojos en toda la noche.

— ¿Por qué has estado llorando? —la interrogó en tono cariñoso.

— Es que cuando regrese de la escuela, mi tía Juanita se habrá ido para siempre.

— ¡Qué tonterías dices, si el doctor acaba de asegurarnos que está mucho mejor!

Amaranta se volvió hacia su madre y afirmó categórica:

— Los doctores no saben nada.

Y se fue a despedir con lágrimas de la anciana, que a pesar de su leve mejoría, a las dos horas, cuando el agua que la invadía le llegó al corazón, murió dulcemente, rubricando su vida de trabajo infatigable, pronta a la sonrisa, a la caricia y a la benevolencia.

Cuando meses más tarde doña Margarita solicitó a su hija una explicación, Amaranta quien recordaba con afectuoso cariño a la ancianita de rostro arrugado y cabeza blanca, le reveló con sencillez, como su ángel de la guarda a quién soñaba frecuentemente, se lo había revelado una noche antes del deceso.

La señora Margarita se alarmó, semejantes supersticiones eran buenas para la cristiana educación de un niña, pero a cierta edad todos los pequeños concluían por olvidarlas, y aunque la pobre anciana que se las había inculcado, reposaba hacía tiempo en el panteón de Tizapán, asustada con aquella progresiva obsesión de su hija, no pudo menos de reprocharle a la difunta el habérselas fomentado.

Empezaron para mayo, los preparativos para que los niños hicieran su primera comunión, Arturo y su hermana asistían los sábados a las lecciones de catecismo, armados del librito del padre Ripalda.

Pronto Amaranta se vio ante el confesor, que era nada menos que el bondadoso padre Francisquito. A la relación de las infantiles faltas, Amaranta le preguntó que había de aquellas esporádicas apariciones nocturnas de su ángel de la guarda, que le hablaba entre el bienhechor rocío del sueño, en muchas ocasiones incluso cosas incomprensibles de las que después no se acordaba, pero que la dejaban turbada y confusa, con la seguridad de que algo inusitado iba a suceder porque el alado mensajero se lo había anunciado.

El sacerdote le respondió con sabiduría:

— Dios se encuentra también en el mundo de los sueños y su misericordia que abarca hasta lo invisible, también los preside. —Y luego le recomendó con dulzura— ¡Pero debes aquietar tu imaginación!

Y como Amaranta insistiera en narrarle sus visiones, el padre suponiendo que mentía, le reprendió, amenazándola que de obstinarse en los embustes no podría al día siguiente comulgar. Amaranta obedeció e intentó no pensar más en el ángel y recibió la comunión con tan conmovedora humildad que inquietó a doña Margarita ¿No iría su hija para monja? Pero Don Santiago la tranquilizó refiriéndole que cuando él era niño, jugaba al altarcito y a la misa. . . y después había salido tan travieso, que era una *cosita* realmente seria.

Sin embargo, la noche que siguió a la ceremonia, Amaranta apenas cerrados los ojos, escuchó al lado de su cama una melodía armoniosa, cuyas cadencias le pareció que la mecían, cual el vaivén suavísimo del agua. Pronto su olfato percibió una presencia cálida, un aliento perfumado, y luego, como brotando de una niebla que lo envolvía todo, batiendo sus odoríferas alas que esparcían aquel perfume, con un rostro incierto primero, inconmensurablemente bello después, oscilando descendente, aquella visión portentosa, rodeada de un resplandor increado, etéreo, que al irse materializando ante sus asombrados ojos, se presentaba resplandeciente y severo, en medio de su juvenil majestad. ¡Era el ángel! Amaranta sintió que su débil corazoncito de niña bullía galopante, mientras que una alegría inefable le había paralizado el habla, esclavizándole la mirada entre un asombro indescriptible.

El ángel rosado, fragante, maravilloso, habló, y de sus palabras, sonoras y melodiosas como ninguna música, Amaranta guardó un recuerdo impercedero y nítido toda su vida:

—Amaranta -dijo- El que tanto nos ama, conmovido de tu fe, ha permitido que me sea dado el poder de revelarme. Sus divinos designios te tienen reservado, en esta vida, muy duras pruebas, pero en compensación, mientras conserves la inocencia, podrás llamarme ¡ Y yo acudiré a ti!

Amaranta intentó preguntar de qué pruebas se trataba, o agradecer a su protector la singular deferencia, pero no pudo articular palabra; y el ángel después de ostentarse regiamente, desplegando su luz de perlas y extendiendo su manto de plata entre las sombras, se fue elevando entre un eclipse nebuloso, mientras la niña embelesada, completamente despierta y con los ojos bien abiertos, le miraba entristecida desaparecer.

Fuera en el jardín de la casa de la familia Martín del Campo, el abanico de la aurora rociaba los rosales, mientras cantaba una corte de pájaros madrugadores.

El príncipe celestial cumplió sus promesas y Amaranta encontró en aquellas extrañas revelaciones la solución a muchos de sus problemas infantiles.

Sabiéndose hasta cierto punto desamparada, pues su madre, como siempre, solía ocuparse más de Ibsen, Cocteau o Strimberg que de ella, y a su padre apenas lo veía sólo de vez en cuando; la niña, a quien la compañía de su hermano desagradaba profundamente, pues ya los malos instintos de éste empezaban a desencadenarse, se fue aficionando al aislamiento, no tardó en encontrarse entre el enorme huerto un rincón ensombrecido por dos árboles copudos y presidido por una fuentecita seca; hasta allá arrastraba con indiferencia una muñeca con la que nunca jugó, o sus deberes de la escuela a los que atendía con patente desgano, anhelosa de toparse con el ángel y conversar con él, pero aunque su etéreo amigo no acudía tan fácilmente a los exhortos de la pequeña, tanto se obstinaba en hablarle e interrogarle sobre mil asuntos, que los sirvientes y su madre misma llegaron a sorprenderla con bastante frecuencia hablando sola y con la vista clavada en un lejano punto del cielo.

La señora Margarita alarmada, comentó tan desagradable asunto con su marido, quien opinó que el hablar solo, era un viejo mal de familia del que él mismo, nunca había conseguido sustraerse.

La niña aprendió a disimular y aún a eludir hábilmente las respuestas. Con extraordinaria intuición calculó que los mayores y los cuerdos jamás aceptarían que conversaba con su ángel guardián, y antes de ser objeto de burlas o reprensiones optó por ocultar celosamente su secreto, y cuando la presencia de los inoportunos se volvió más frecuente, apenas regresaba de la escuela se instalaba en el parque Victoria distante dos cuadras de su casa, al pie de la vía del ferrocarril a Cuernavaca. Más era por las noches generalmente, cuando aprovechando el sueño de su protegida irrumpía el ángel y Amaranta tranquilizada, después de aquella entrevista en que de pronto enmudecía gozosa de la singular visita, le refería con detalle minucioso los acontecimientos de su hogar o de la escuela, el celeste la escuchaba sonriente, advirtiéndole que el ojo del Eterno, escudriña siempre hasta nuestros más secretos pensamientos; y que él la ayudaría a conseguir sólo lo que fuera necesario para su salud espiritual.

La niña se sosegaba después de estas visiones, como si en lugar de turbarla, la tranquilizaran, y una sensación de placidez indecible se posesionaba de su cuerpo; otras ocasiones experimentaba un gozo tan vivo con la contemplación del cósmico personaje, que se arrojaba en su cama para agradecer al buen Dios el haberle concedido un privilegio tan extraordinario.

En ese tiempo en que frisaba por los once años, vestía uniforme a cuadros y cargaba una voluminosa mochila, y un tintero que le manchaba los dedos de azul. Con tan molestos útiles asistía a la escuela de niñas Enrique Olavarría y Ferrari.

Amaranta recordaba siempre dos singulares incidentes en que se hizo palpable la protección de su amigo. Una ocasión, su hermano, quien no cesaba de molestarla con astuta insistencia, le reprochó su afición a hablar sola, aislándose y huyendo de toda compañía. — ¡Estás loca!— le espetó y añadió a tan desconsiderado insulto tan fuerte tirón de trenzas que causó a la pequeño un

agudo dolor. Semejantes ultrajes la sumieron en un desconsolado llanto. Entonces, pidió auxilio a su bienhechor y el majadero con incredulidad y asombro de su parte, fue castigado por una mano invisible, con tan singular violencia en sus asentaderas, que tras de correr empavorecido y sin atreverse a ir con el embuste de que su hermana le había pegado, experimentó un arrepentimiento tan sincero, que pasaron muchos años, para que decidiera a volverse a meter con ella.

En otra ocasión, cuando cursaba el sexto grado, Amaranta fue reprendida severamente por su maestra, quién amenazó con hacerla repetir el año si no mejoraba sus notas en matemáticas.

— ¡Siempre estás distraída —le reprochó— como en otro mundo, y nunca haces caso de mis explicaciones!

La jovencita bajó la cabeza avergonzada y admitió entre lágrimas que a veces le era muy difícil concentrarse; por la noche, cuando se encerró en su recámara, invocó con vehemencia la sobrenatural ayuda, y el ángel comedido y diligente, se materializó para enseñar a su fiel discípula todos los secretos de Pitágoras; y cuando días después fue convocada al innoble martirio de pasar al pizarrón entre las risotadas de sus compañeras, sorprendió a maestra y condiscípulas de tal modo, que obtuvo no sólo la mejor calificación del grupo, sino el justo título de la alumna más aprovechada de toda la escuela; la profesora jamás pudo explicarse como su alumna sabía cosas que ella nunca había enseñado, y que sólo se impartían en los cursos superiores; y en cuanto a las burlonas compañeras, convencidas de la capacidad indiscutible de la camarada, comenzaron a acercarse en demanda de ayuda. Amaranta concluyó exitosamente su primaria; y Don Santiago recibió una calurosa congratulación del inspector de zona, donde lo felicitaba por ser el afortunado padre de una criatura fuera de lo común. En el colegio Williams donde hizo sus estudios de secundaria, se le vio siempre alegre, estudiosa, preferida de todos los maestros y solicitada por sus compañeras de clase, quienes se disputaban su compañía, no obstante, aunque cultivó algunas amistades, nunca intimó con nadie, y aún recrudenció su tendencia a aislarse cada vez con mayor intensidad. En ocasiones, en medio del muchacherío que reía estrepitosamente, ella parecía inmersa en una niebla que la envolvía toda ¡Como entremedio de un limbo! ¡Así debía ser el limbo! ¡Cual una inmensa antesala! La empezaba a intranquilizar la advertencia del ángel. ¡Estaba destinada para pruebas muy duras! Y ese enigma la sobrecogía de miedo, sabía que nada desviaría la ruta que El que traza los caminos había designado para ella, y le inquietaba no sentir fuerzas ni coraje para enfrentarla. Por otra parte, las visitas del ángel entre los sueños se habían ido escaseando, hasta casi desaparecer, y al saberse sola, se volvía cobarde.

Por nada del mundo hubiera confiado sus pesares a su madre, a quien cada vez sentía más alejada, entristecida por su aspiración insatisfecha de convertirse en actriz y ahora metida en una compañía de aficionados, que representaban a Benavente en el improvisado escenario de una casa allá por las calles de Zacatecas.

En cuanto a sus amigas, aún quienes más la admiraban la hubiesen tenido por chiflada y el sólo suponer sus burlas y sarcasmos la colmaban de pavor, quedaba el bondadoso padre Francisquito a quien se acercaba en confesión de cuando en cuando, ¿Pero, no había sido él mismo quién le había aconsejado no dejarse arrastrar por esas fantasías?

A veces Amaranta se sumergía en una ausencia extraña, tal si no fuera ella la protagonista de su vida, de las escenas que se suscitaban a su alrededor, y sólo fuese una espectadora lejana; en aquellos lapsos, ella sentía que su razón se extraviaba por caminos desconocidos y navegaba entre un sopor vago, tal si las cosas y los seres estuvieran rodeados de un velo espeso, que la impidiera interrogarles, rebelarse, manifestarse viva entre ellos; le sobrevenía cierto desgano y con el libro abierto y aparentemente atenta, nadaba en la quimera de una inmensidad sin límites.

No obstante, puntual y cumplida en todas sus clases, obtuvo el certificado con tan excelentes notas, que le valió el primer regalo valioso de su padre: un reloj de oro.

-5-

Amaranta iba a cumplir quince años. De pronto el polluelo se transformaba en cisne, en un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo iba cobrando suaves ondulaciones, donde antes no había sino huesos; el cabello, que ahora lo llevaba más largo se había tornado sedoso y brillante, los ojos se habían agrandado y un delicioso rubor asomaba a sus mejillas, los labios húmedos se volvían más rojos, y los ademanes y el caminar más pausado; la señora Margarita empezó a distinguir en su hija las cualidades indispensables en la dama joven de las comedias de los Alvarez Quintero; y sin descartarse se imaginó a sí misma, como la primera actriz, madura e interesante, que encabezaba los repartos de una supuesta compañía.

Por aquellos meses, la obstinación del arquitecto de no permitirle actuar había cedido un poco, y como las representaciones se desarrollaban en el seno de la aristocrática sociedad que frecuentaban, la actriz en ciernes lució sus dotes escénicas entre veladas de caridad y veladas, donde un joven pasante de medicina y buen tocador de guitarra, interpretaba a Granados, mientras la sensitiva declamadora recitaba con impecable dicción los poemas de García Lorca o de Machado.

Para la señora Margarita sensitiva y versátil como todas las actrices, y ella lo era por temperamento, fue un acontecimiento extraordinario encontrarse con que aquella niña desgarrada y maniática, era ya toda una señorita, máxime cuando su lindo palmito despertaba amables comentarios de todas sus amistades, quienes no dudaban en afirmar que más bien parecían hermanas que madre e hija, cumplido que la dama agradecía con amplia sonrisa entornando los ojos de placer, en aquellos años se dio entusiasta a la tarea de vestir a su hija, de calzarla, de perfumarla, la llenó de fina ropa interior, y en un frenesí desbocado, cual si tuviera prisa por

convertirla en mujer, convenció a su marido que fuese presentada en sociedad a bombo y platillo, en la mansión de los Gómez Tagle allá por las calles de Tíber.

Don Santiago rehusó al principio efectuar el baile en casa ajena, pero al final, convencido de que el vejatorio de Los Echave no era del todo adecuado para recibir a la burguesía, terminó por aceptar como siempre las sugerencias de su esposa, entonces la voluble madre encargó a una afamada costurera, el más elegante atavío con que soñara una quinceañera digno más bien de una princesa Habsburgo, que de una tímida y oscura muchacha de clase media que nunca había salido de Mixcoac.

Amaranta debutó su primer vals, mustia, reservada, indiferente, ajena a las caravanas de sociedad y los cumplidos que a leguas le parecieron hipócritas. Fue amable sin ser contenta, agradecida sin ser feliz, condescendiente sin dejarse dominar, estuvo presente en la fiesta celebrada en su honor sin haber estado propiamente allí, y apenas tornó a casa, pretextando un fuerte dolor de cabeza se marchó a su cuarto a llorar reclinada sobre las almohadas, sin haberse despojado del riquísimo atuendo, cuyas extraordinarias dimensiones se le antojaron a la suntuosa cola de un pavo real.

Ya entre el silencio de su recámara, interrumpido a veces por el paso metálico de algún tranvía que daba servicio hasta después de media la noche hasta San Ángel, se puso a repasar, en un recuento sin fin, los largos meses que el ángel, faltando a lo convenido, no se manifestaba: y a la luz de una repentina sensatez, más madura, más objetiva, se preguntó si aquellas lejanas visiones no habrían sido más que delirios que una fantasía exaltada, o bien la angustiada búsqueda de protección y cariño, de la que había estado bien necesitada su infancia solitaria; la razón y la lógica así lo probaban, y en cuanto a los acontecimientos misteriosos, ¿No habrían sido más bien sólo coincidencias, a las que su imaginación quiso poblar del sabroso ingrediente de lo sobrenatural?

Amaranta se fue tranquilizando al amanecer. Nada, ni los regalos, ni la música, ni las caravana de sus chambelanes, le habían causado, cuando menos un mínimo agrado ¡La alegría huida, que rememoraba el rozar de unas alas rosadas, superaba las emociones de aquella noche, pero también era motivo de pesar! Al fin la venció el sueño, y del sueño surgió nuevamente el ángel:

— Has estado demasiado ocupada en las cosas mundanas —le reprochó— y mi naturaleza es alérgica a la materia. De hoy en adelante me encontrarás en tu propio espíritu.

Y se fue desvaneciendo entre la nada, pues de la nada había surgido.

No podría decirse que el ángel se alejó de Amaranta, más bien, tal y como se lo anunció, ella tuvo que irse habituando a buscarlo en lo más recóndito de su ser. Entonces el espíritu se le inflamaba produciéndole una embriaguez maravillosa que la reconfortaba con una paz edénica.

Desde aquellos días en que abrumada por los problemas de las matemáticas —que tan intrincados le parecieron al principio, como fáciles de resolver al final— Amaranta buscaba el patrocinio intelectual de su amigo, para comprender mejor e investigar cuanto se proponía.

Una ocasión en medio de sus singulares evocaciones Amaranta quién gustaba deambular sola por los contornos del viejo Mixcoac, pensó en lo bello que sería plasmar uno de aquellos atardeceres, en que el Valle de México, presidido por la serranía del Ajusco se vuelve un mosaico de colores, donde predominan con los dorados y azules de las montañas los variados verdes de los sembradíos, de las milpas, de los árboles que dormitan en las faldas, o entre las suaves pendientes; Amaranta convocó el celeste auxilio y provista de una caja de pinturas y unos pocos pinceles, describió en la tela con encomiable minuciosidad la inmensa perspectiva del valle, vista a través de un calidoscopio de ópalos multicolores. La obra arrancó el aplauso de sus asombrados padres, que cosecharon elogios entre sus numerosas amistades; verdaderamente aquella joven superaba las esperanzas que se habían forjado alrededor de su frágil personita.

Don Santiago mismo la proveyó de pinturas, pinceles de todos los tamaños y telas y hasta un caballete, que ella gustaba armar a la mitad de cualquier rincón, persiguiendo los juegos de la luz. Con idéntica maestría copió los arcos parroquiales, los jardines repletos de hortalizas de La Castañeda, el parque Augusto Rodín, y la casa de las bugambilias de la calle de Tiburcio Sánchez.

Doña Margarita se atribuyó las cualidades artísticas de su hija, que a no dudar había heredado su sensibilidad, semejantes disposiciones merecían ser bien encausadas y Don Santiago convencido de que su esposa no exageraba y se hallaban ambos frente a un talento en ciernes, decidió inscribirla en un afrancesado colegio donde cursaría los estudios de preparatoria, preámbulo para elegir una brillante carrera. Todo hubiese ido a pedir de boca, si un desdichado acontecimiento no hubiese ensombrecido la felicidad de aquellos días: el psicólogo del colegio, requirió con discreción a los dichosos padres de la joven.

— Es una muchacha muy inteligente, pero hay algo extraño en ella. —Anunció con sigilo.

—¿Es incapaz en los estudios? —Preguntó Don Santiago.

— No, de ninguna manera —respondió cohibido, y ante la mirada interrogadora de la señora Margarita agregó— yo no me lo explico cabalmente. Son sus tests, ¿comprenden ustedes? los resultados de sus tests los que me alarman. —Y mostró un envoltorio de papeles— Sólo puedo anticiparles que hay algo anormal en ella, pero no me atrevo a establecer un diagnóstico así de improvisado.

— Entonces ¿No sabe usted a que atenerse en realidad?

— Si ustedes me lo permiten, quisiera sugerirles una visita a mi maestro, el doctor Gustavo López, un reputado alienista, al que le he comentado muy discretamente algunas de mis conclusiones, desde luego no confirmadas íntegramente.

— ¿Usted pretende que nuestra hija está loca? —Exclamó indignada la madre.

—De ninguna manera señora. Supongo que no me he sabido explicar con claridad, simplemente...

— ¡Es una simple especulación! —Concluyó ofendida la dama.

Don Santiago se envalentonó y explicó que Amaranta había obtenido las notas más elevadas en sus estudios. El hombre terminó por dar excusas y no volvió a mencionar más al doctor López, quién al decir de la señora Margarita debía ser otro payaso mayor, inútil y nocivo como todos los psicólogos. Don Santiago trató de apaciguar la ira de su consorte y volvieron a casa comentando el incidente del que tuvo que enterarse —con exagerado beneplácito— Arturo, quien sí reafirmó que su hermana era una enajenada.

Amaranta aguantó con verdadero estoicismo sus burlas e insultos, hasta que al fin, agotada su paciencia, optó por no dirigir más la palabra a su hermano.

La profecía del ángel empezaba a cumplirse. Y Amaranta vio venir con zozobra los días de la prueba

-7-

Trascurrieron algunos años y Amaranta entregada a sus estudios en la facultad de Arquitectura fue calibrando su mente en el saber científico inexcusable y axiomático. Demasiado pronto tuvo que rendirse ante la evidencia de lo comprobable; la ciencia indagadora curiosa y constante, había conseguido explicar y clasificar todo lo que rodea al nombre, los viejos cuentos de la tía Juanita, los capítulos de historia sagrada, la creación del mundo en siete días; y aún la existencia del cielo, donde a falta de mujeres sólo había ángeles, fueron cuestionados seriamente por la joven. Quedaba lo referente a sus sueños, a sus visiones, pero ella no se atrevía ni a descartarlos, ni a situarlos dentro del orden lógico cuyas puertas estaba entreabriendo. Había días en que se reprochaba su falta de fe, ella la señalada por tan inapreciable gracia, la poseedora de una revelación única, la eterna protegida de la bondad suprema, dudaba, y con la punzante y atormentadora interrogación se despreciaba a sí misma, lanzándose a su misma cara sus olvidos y su ingratitud. ¿No era el ángel acaso quien le había auxiliado siempre a realizar sus deberes? ¿No era él quien le enseñó los secretos que convierten a los pinceles en dóciles instrumentos? ¿Y aún más, no era él, quién por último le concedía esa nueva y torturante capacidad de análisis, que se desesperaba por mirar claro, donde existía un misterio, y hasta el tratar de explicarse humanamente lo que sólo podía tener una explicación divina? Otras veces, exacerbada su

persistente animosidad mística, se remontaba a sus candores de la niñez, a sus fervores de adolescente, cuya fe inviolada aún por el escepticismo no preguntaba nada, y se volvía a refugiar en la soledad, con los oídos atentos a un batir de alas que ya no llegaba. Entonces, inconsolable y llorosa, bebía a escondidas el salobre líquido del abandono; el ángel había emigrado de su vida, se había remontado al cielo disgustado por su inconstancia.

Amaranta repasaba sus últimas palabras y anhelante, entre sollozos, intentaba, como se lo había sugerido, encontrarlo en el fondo de su corazón, pero el resplandor era cada vez más débil y huidizo.

La joven volvió a frecuentar los templos y ensayó repetir las oraciones dichas por años que intercalaba en sus libros de primer año de arquitectura, incluso pensó en abandonar los estudios y notificar a sus padres que había decidido convertirse en religiosa, si bien la falta de vocación por la vida monástica, le hizo ver que no estaba preparada a la renuncia, era una mujer enamorada de la vida; después de la fiesta de aniversario, que le produjo más aburrimiento que gozo, comenzó a gustar, si bien un tanto tardíamente, de las amigas, los paseos, los muchachos y alguna que otra fiesta..

También era verdad que se fue aficionando a vestirse, acicalarse, cambiar peinado, darse manicure y besar a algún chico que le gustaba, aunque de lo último a enamorarse distaba mucho.

Un día lo encontró en una conferencia, que ninguno de los escuchó; a la semana se hicieron novios.

-8-

Sin amor no hay felicidad posible y Amaranta conoció una dicha más terrena, más real, su mente dejó de divagar persiguiendo sueños de niña, quimeras inalcanzables de ángeles antojadizos, leyendas que se disolvían en la fantasía que las había creado, afectos dudosos que pertenecían a mundos dudosos. Mario era el roce de la piel, la caricia ruda pero sabrosa, el apretón de manos, el beso apasionado, él la rodeaba del talle con sus brazos, jugaba con sus cabellos, le susurraba palabras dulces al oído. ¡Era real en una palabra! Amaranta dejó de buscar la soledad para buscarlo a él, pasearon, conversaron, bailaron, fueron a los cines que ya comenzaban a verse en la capital, y al fin terminó por olvidarse del ángel, y con ese olvido desaparecieron sus viejas manías, de pronto, se percató de que en la facultad era mejor aceptada, y se midió a sí misma como una muchacha normal, a quien nada hubiese señalado como una persona afectada o excéntrica, y con desigual alegría, se escabulló de aquellas alas, cuyo amparo otrora buscó para que la protegiesen, pero que tanto le pesaba, y libre, verdaderamente libre al fin, aspiró el peligroso éter de los pájaros.

Sus padres se alegraron de conocer aquel muchacho, trigueño, con el pelo ensortijado y que a decir de su hija estudiaba tesonosamente, pronto Don Santiago bonachón y satisfecho del buen sentido de su hija, se fue interesando por la suerte del pretendiente, que por lo demás era siempre amable, comunicativo, correcto y de un juicio que no dejaba lugar a dudar de sus excelentes intenciones.

Doña Margarita encontró un admirador decidido que aplaudió a rabiar sus monólogos y poemas escuchando casi sin pestañear sus largas declamaciones, cuyo vasto repertorio conmovía a sus amistades:

*“viendo a Garrick, actor de la Inglaterra, el pueblo al aplaudirle le decía, eres el más gracioso de la tierra...y el cómico reía...”*

-9-

Amaranta y su prometido, le dieron por visitar el despacho del arquitecto en el edificio Sanborns. allá por la avenida Madero. Un día entre la urgencia de entregar unos planos, los jóvenes se ofrecieron para ayudar a los dibujantes que habían pasado noches en vela sin terminarlos. Don Santiago admitió que su futuro yerno dibujaba a la perfección y le propuso tomarle como ayudante, proposición que aceptó encantado el muchacho, pues conjuntaba la oportunidad de aprender, con la ocasión de estar más cerca de la novia que adoraba.

Amaranta por su parte se convirtió en la colaboradora más asidua de su padre y procuró compartir sus horas entre el despacho y las clases, por aquellos meses un temblor en Oaxaca dañó seriamente el hotel que el arquitecto había construido y fue llamado urgentemente a dirigir las reparaciones; Mario se ofreció a acompañarlo y ambos acordaron reunirse en la estación ferroviaria de San Lázaro, donde partía a las nueve de la noche un convoy de vía angosta. Amaranta quien debía presentar un examen al día siguiente, había pasado la noche estudiando y después de comer con desgano, se despidió de su padre y de su novio y fue a dormir una siesta pesada, con el libro abierto aún sobre el velador. De pronto se levantó, aterrada, nerviosa, apenas respondió a su madre quien la vio salir en busca de un taxi, con una excitación agobiante. Amaranta llegó al andén de la vieja estación cuando daban la tercera llamada, anunciando la salida del ferrocarril, don Santiago y Mario se habían instalado en un compartimiento y desconcertados miraron los ademanes violentos de la joven que les gritaba hasta desgañifarse:

— ¡Papá! ¡Mario! ¡No vayan! ¡No vayan!

La máquina cía vapor empezó a dar bocanadas de humo negro, y entre pitos, campanillazos y gran espectacularidad ensayó arrastrar su pesada prole de fierros chirriando, Don Santiago intentaba abrir la ventanilla y Mario acudió rápidamente a la plataforma. Amaranta continuaba gritando histérica:

— ¡No vayan! ¡Por favor no vayan!

Sorprendido el joven, quiso descender del vagón, pero Don Santiago se lo impidió tomándolo por un brazo; y aunque extrañados por la curiosa actitud de hija y novia, ensayaron una despedida con la mano. El tren marchaba velozmente, Amaranta intentó seguirlo y entre los tacones altos y el piso cubierto de chapopote, la hicieron resbalar ruidosamente. Un obrero, vestido con un grasiento overol la fue a levantar, con las rodillas raspadas, el vestido hecho una lástima y una herida en la nariz, que sangraba abundantemente. No obstante el dolor de la caída. Amaranta gritaba hasta desgañifarse:

— ¡Se van a matar! ¡Regresen! ¡Se van a matar!

Mientras se retorció entre un llanto histérico que contemplaban con azoro los obreros y empleados empeñados en calmarla.

Al siguiente día, los periódicos anunciaron en su edición matutina en grandes titulares: "EL MAYOR DESASTRE FERROVIARIO DE LA HISTORIA", y abajo, en letras negras, fúnebres: Casi no hay supervivientes.

-10-

La Castañeda era un conjunto de edificios pintados en color crema y ribeteados de piedra gris, situados entre un vasto lomerío, desde cuyas cimas mansas, pobladas de árboles y hortalizas, se divisaba el viejo Mixcoac.

Hacia la derecha un río con aguas sospechosas, corría indiferente entre dos filas de pirales, encinas y ahuehuetes.

En los meses de lluvia, en que los jardines se reverdecían y una aterciopelada alfombra orlada de flores y legumbres circundaba los pabellones, La Castañeda parecía más bien el castillo de caza de algún noble excéntrico, quien no tardaría en aparecer montado en un corcel magnífico y rodeado de escandalosos lebreles empeñados en la persecución de una presa tan veloz como escurridiza, que el desatendido sanatorio estatal para los dementes. Las apariencias suelen engañar a los ojos más desconfiados, tras de aquellas rejas verdes que se erguían a dos pasos de la vía del ferrocarril a Cuernavaca, tras de aquellos muros de tabique rojo, bajo esos árboles cuya sombra refrescaba a los curiosos excursionistas, que se aventuraban cautivados por el paisaje, se desarrollaba, como delante de la decoración de un teatro, que sirve de marco para la tragedia, uno de los dramas humanos más dolorosos.

Allí yacían, muertos en vida, unos cuantos centenares de seres cuyo negrísimo destino no podía ser peor: hambrientos, semi-desnudos, sucios, tratados como reos del peor crimen: ser pobres e ineptos para defenderse, deambulando absortos en sus manías, que iban de lo chusco, a

lo grotesco, comiendo tierra, hablando y gesticulando solos, con la cabeza rapada, las uñas negras y crecidas, las batas sucias, las mentes pobladas de centauros, de visiones apocalípticas: hiedras, brujas, dragones, lanzando llamas con ojos devoradores, demonios negros, monstruos, antediluvianos, consecuencias fatales del alcoholismo, la sífilis, los traumas aniquiladores, el pasado, la herencia, productos de una sociedad cruel disfrazada de civilizada; pero más bien se diría deshechos, vómitos de las pasiones, eruptos del vicio, detritus de la naturaleza... ¡El subconciente haciendo de las suyas!, usurpando con sus tentáculos oscuros y peludos la breve nitidez de la razón, surgiendo amenazante y devorador de esos abismos negros que todos llevamos dentro sin saberlo, de esas profundidades cavernarias, cobertizos del pánico, donde como en un lago de aguas cenagosas, nadan pesados e imperfectos los bacilos torcidos de la naturaleza humana.

Allá reptaban, clasificados con los estigmas caprichosos de una ciencia impotente e inconclusa: los maníacos con sus euforias mentirosas, los depresivos con su renovada secuela de intentos suicidas, los esquizofrénicos —muy jóvenes casi todos— con sus pensamientos y actitudes embrollados e incomprensibles, los paranoicos en su mundo poblado de alucinaciones, transitando en un camino paralelo a lo normal, pero alineados en otra longitud de onda, con su hato de manías persecutorias, sus violentos raptos de celos, su ilógico erotismo o sus delirios de grandeza o dignidad; los epilépticos con sus distimias: mal humor, depresión, agresividad, víctimas del gran mal o del pequeño mal, con sus continuas ausencias, en la dolorosa espera del ataque con su acongojada corte de contracciones, espasmos, espumarajos, magulladuras, golpes. y luego, ese decaimiento estupidezante, ese abandono casi total de las fuerzas, ese cansancio aniquilador que los postraba, en pago de aquel derroche de energías malgastadas en el sacudimiento; los alcohólicos con las mentes enmarañadas por las telarañas del delirium tremens, aterrados por los insectos gigantes de las visiones, los morfinómanos exigiendo a gritos su radón de droga, los dementes con sus graves deterioros de la inteligencia y la aniquilante desintegración de la personalidad, los oligofrénicos con sus penosas taras hereditarias de imbecilidad e idiotez, los dementes anémicos con su fardo aliviador y monstruosamente pesado de olvidos, los dementes seniles horadados de lagunas que nunca pueden llenar con recuerdos, los neuróticos con sus extravagancias, fantasías, obsesiones y fobias, los niños mongoles con su horripilante monstruosidad y los atacados del síndrome de Down aguardando pacientemente y sin esperanza, el único fin posible y misericordioso: la muerte... los hombres con su dualidad: víctimas y verdugos, obedientes y obedecidos, poderosos y miserables, dignos y serviles, sabios y brutos, revolviéndose siempre entre un enjambre de contradicciones, recorriendo la escala dolorosa de sus karmas, unos ascendiendo hasta Dios otros, reptando hacia el infierno; unos recibiendo honores, derrochando fortunas, gozando mujeres, matando los ocios en un trasatlántico de lujo,

otros pudriéndose en una cárcel, o clavados como mariposas muertas en los muros de un manicomio.

Allá llegó Amaranta, llevada tal vez entre las aguas ocreas del río Mixcoac, revolcadas y turbias después de los torrenciales aguaceros de julio, o por los impenetrables impulsos de un destino que nunca elegimos, pero que siempre nos toca padecer.

Finalizaba 1947. Amaranta meditaba bajo un árbol añoso. Una tristeza alojada en las arrugas de su rostro ya marchito, o en las canas que serpenteaban en los cabellos, algunos empañados todavía en ser castaños, delataba el paso de sombríos pensamientos por su cerebro solamente fatigado, nunca enfermo.

Cansada de interrogarse a sí misma las causas de su mala fortuna había envejecido prematuramente, vejada, humillada, tratada despectivamente de loca, epíteto que la ofendía y negaba con tenacidad, en medio de su lucidez interior, que nunca había perdido, a pesar de haber pasado por tantos horrores, reclinaba su humanidad virgen en el respaldo de granito de una banca soleada del parque de los alienados.

Con los ojos entrecerrados, Amaranta veía desfilar, como alumbradas por la luz incierta de un relámpago, aquellas escenas de su vida, que agrandadas por el recuerdo, le punzaban cual heridas recién abiertas. Primero la muerte de su padre y de su prometido, que ella lloró aún antes de consumarse, las fotografías publicadas en los diarios mostrando los restos todavía humeantes del tren calcinado, disgregado en el lecho del barranco, la penosa y larga extracción de los cadáveres algunos irreconocibles, la dolorosa identificación de sus seres queridos, los lamentos de su madre inconsolable abrazada al féretro del esposo cuyo amor hacia él, sólo pudo medir después de la muerte, y luego, cuando aún llevaba el luto, el ángel sombrío prediciéndole entre sueños atroces, que su madre también la dejaría, y ella dudando, gimiendo, suplicando a Dios que no consumara la terrible profecía, y cuando supuso que había sido escuchada, el resultado del laboratorio frío, insensible, mecánico, diagnosticando con esa pericia cruel de la ciencia, el terrible cáncer que sin saberlo proliferaba en sus entrañas como una planta venenosa, y ella guardando el pesado secreto, que no se atrevía a decir a su madre, cuya viudez se evadía en el sueño de representar los dramas sufrientes de Casaona o Benavente. . . y luego, apenas muerta la madre, su hermano uniéndose con aquella mujer ambiciosa y bastarda cuya codicia terminó engulléndose la herencia paterna, Arturo no sólo malbarató las propiedades de la familia, exigiendo brutalmente o con mimos e hipócritas argucias, la firma de su hermana, sino que saqueó materialmente la casa, las alhajas de doña Margarita que fueron a parar al Monte de Piedad, los cuadros, los bronceos, la valiosa biblioteca de Don Salvador que se remataron en una subasta, y cuando Amaranta cansada de llorar, de suplicar exigió al desleal Arturo que al menos respetara la casona y los muebles de Los Echave, al que había encontrado un avorazado cliente, un judío que todos los días reclamaba imperativo la desocupación o el pago de una letra,

Amaranta fue silenciada, declarándola trastornada de sus facultades mentales, treta infame a la que se había prestado por dinero aquel deshonesto medicucho que dirigía con un pomposo nombre un sanatorio para rehabilitación mental, pero que era en realidad una ergástula, donde ancianos ricos, desposeídos de sus fortunas, terminaban sus días maldiciendo la injusticia; la ambición de los suyos, más cuerdos que los que pretendían curarlos; y después cuando Arturo había consumido en orgías y francachelas hasta el último peso que obtuvo por la propiedad, y ya no pudo cubrir la pensión del sanatorio, entre zalemas y pérfidas promesas, Amaranta fue trasladada al manicomio de La Castañeda.

Llegó un viernes por la noche, con dinero Arturo había conseguido previamente su ingreso, alojándola en la sección de pensionistas. Amaranta que se dejaba conducir dócilmente como una oveja al matadero, tuvo la ocurrencia de solicitar a su verdugo, que le permitiese ver por última vez la casa de sus padres, apenas unas cuadras alejada de su nueva residencia, el flamante abogado sonrió sarcástico, el vejestorio había sido derruido para dar lugar a un edificio de apartamentos productivo y moderno. De pronto, Arturo tuvo un chispazo de piedad al verla llorar.

— ¡No estoy loca! — clamó .— ¡No estoy loca! ¡Déjenme ir con ustedes, les serviré, trabajaré de criada, haré todo lo que manden!

Arturo se ablandó un poco.

— Quizás podrías ayudarnos con el niño. —Pensó, intentando sacudir la carga del pequeño en su hermana, pero al instante, al imaginar la cara que pondría su mujer, cuando llegara a casa con la hermanita chiflada, que hablaba sola, con ángeles y zarandajas por el estilo, declinó la súplica y respondió distraídamente: ¡Mejor, cuando te pongas bien del todo!

Y se marchó ofreciéndole que nada le faltaría y que estaría muy bien atendida.

— Yo vendré a visitarte todos los domingos. —Ofreció afectando una compasión que pronto habría de desvanecerse.

Luego, vino todo lo demás, lo mismo que la primera vez, los médicos, las preguntas, los enfermeros brutales obligándola a desnudarse, manoseándola, burlándose de sus protestas, la reclusión en una celda, apenas mejor que la de un condenado, las noches largas, oscuras, fingiendo que dormía,, espiando temblorosa los pasos, escuchando sobrecogida de terror los lamentos, las vociferaciones, los quejidos, los gritos espeluznantes de los enfermos sometidos a los tratamientos de choque, o azotados salvajemente por desobediencias insignificantes,. y finalmente, cuando el olvidadizo no se presentó a pagar las cuotas, decretaron enviarla a la sala general donde experimentó la compañía de los verdaderos alineados, agresivos unos, maniáticos otros, temerosos y azorados alguno;. y ella, en medio de aquel cuadro de horror, tímida, indefensa, llenando sus horas con lo único que le quedaba, la esperanza de aquel ángel huidizo, que ya nunca se aparecía, que ya jamás le enviaba una señal para reconfortarla... ¡Oh, ángel cruel, sordo a los lamentos indiferente a los llamados, inexorable frente a los designios!

El incendio nació en un pabellón y se extendió aterrador, casi instantáneo y con una violencia incontenible. La palabra fuego, brotó de una garganta angustiada y cual si ésta, fuera la señal que desencadenara el feroz elemento, casi de inmediato se vieron surgir como por arte de un maleficio, lenguas amarillentas, anaranjadas y rojizas, lamiendo muros, consumiendo techos, devorando aniquiladoras y voraces, colchones, almohadas, ropas de cama, que en unos segundos quedaron reducidos a cenizas.

Algunos internos que dormían apaciblemente, se despertaron aterrorizados y dando gritos espantosos rompían los cristales de las ventanas, ansiosos de huir de aquel infierno, dos o tres enfermos alcanzados por las llamas, danzaban como teas humanas, dando salvajes aullidos; las enfermeras y afanadoras que se presentaron casi al inicio del siniestro intentaban mediante desesperados esfuerzos librar de tan atroz suplicio a los infelices enfermos, a sus voces de auxilio, llegaron guardias y empleados con baldes de agua y un extinguidor, pero las llamas parecían ensañarse en los cuerpos, y cuando consiguieron arrancarles las ropas, los quemados agonizaban entre dolores inenarrables.

Ocupados en auxiliar a los accidentados, apenas se enteraron de que una chispa, acarreada tal vez por el viento fresco de la noche, fue a caer precisamente sobre la lavandería, alguien advirtió que había almacenados unos tanques de benzina, suficiente para que volara todo el hospital; entonces los gritos de ¡Quemazón! ¡Quemazón! comenzaron a escucharse con vehemencia desesperada.

De los demás pabellones, nerviosos y agitados empezaron a salir los infelices asilados, algunos buscaron el amparo del río, otros desafiaron las altas rejas; los que dormían bajo llave pedían con grandes voces que por piedad les permitieran salir, los médicos de guardia se despertaron, y unas manos anónimas tocaron la campana para anunciar el peligro, sus sonidos huecos y tristes como un lamento, sonaron a funeral, un portero telefoneó a los bomberos y otros vigilantes y jardineros acarrearon mangueras, cubos de agua y extinguidores; cuatro de ellos, con valor temerario, consiguieron apartar dos tanques de benzina, bastante lejos de las llamas todavía, y los dejaron rodar por las laderas sembradas de hortaliza hasta el lecho del río.

Amaranta rondaba como hipnotizada mirando como las llamas consumían las mesas de madera, las alacenas y los materiales almacenados.

Un asilado le espetó a la mitad de la cara: — ¡Holgazana! ¡Deberías ponerte a ayudar! —Y la zarandé con violencia.

Amaranta le respondió que sí con un movimiento de cabeza y el hombre ordenó: ¡Vete a buscar más extinguidores a la oficina!

Entonces saliendo de su ensimismamiento, reflexionó que el incendio no podía conjurarse con las reducidas fuerzas de aquellos infelices desorganizados; y cuando al fin llegaran los bomberos el siniestro habría causado infinidad de destrozos y tal vez hasta muertes; y Amaranta tuvo piedad, piedad de sus verdugos y de sus compañeros de cautiverio, hermanados en aquella terrible tragedia, y con toda su fe llamó a su ángel, más bien lo exigió a gritos. Justina, una epiléptica alcanzó a escucharla y se le quedó mirando sorprendida y atónita.

Entonces, de un cielo azul, sereno y sin nubes, empezaron a caer gotas gruesísimas que confundidas entre el humo negruzco apenas se veían, la mujer sintió el chaparrón en el rostro y retrocedió espantada, mirando a Amaranta con los ojos desorbitados; el intenso aguacero aplacó velozmente las llamas y se fue desvaneciendo poco a poco, pronto quedaron solamente algunas ocasionales humaredas, que los esforzados guardias, concluyeron de apagar con las mangueras;

Amaranta rezaba, sonriente y satisfecha dando gracias a Dios y a su protector, el hombre que la había jaloneado, presa de un supersticioso terror la señaló con el dedo proclamando:

— ¡Es una bruja! ¡Ella hizo que lloviera!

Amaranta sin hacerle caso, hablaba a las sombras:

— ¡Lo hiciste! ¡Lo hiciste! —repetía— con los ojos anegados de lágrimas de gratitud.

Sus compañeras de dormitorio la rodearon y se la llevaron hablando incoherencias.

El hombre repetía con obsesión mezclada de terror:

— ¡Es un bruja! ¡Hizo que lloviera!

Pero Justina le respondió con enojo:

— ¡Es una santa, y nos ha salvado de morir achicharrados!

La sirena de los bomberos rasgó el denso silencio de la noche.

-12-

Indiferente a su infortunio Amaranta continuó sonriendo a la gloriosa visión que se hospedaba en su mente.

Aquel año su hermano que espaciaba cada vez más sus visitas, las suspendió por completo, sólo se presentó una vez su cuñada con un hatillo de ropa usada bajo el brazo y una bolsa de naranjas que cedió íntegra a sus compañeros de cautiverio eternamente acuciados por el hambre.

Y no era solamente que el dinero que el estado destinaba era insuficiente, cada funcionario o empleado que intervenía en la administración lo adelgazaba tanto, que al final lo que se convertía en granos, carne, leche, no bastaba para contentar cientos de estómagos.

Pero lo que más minaba la mesa de los pobres internos, era el robo sistemático de enfermeras, porteros, cocineras, galopinas, afanadoras, y cuanta gente laboraba en La Castañeda.

Era tan descarado el saqueo que todos se presentaban a trabajar con una bolsa vacía, que regresaba llena de todo lo que robaban. Los empleados no solamente estaban gordos y hartos de cuanto sustraían, si no que además proveían a sus familias y aún había quién vendiera: bolsas de arroz, trozos de carne, paquetes de avena, frutas, mantequilla, y por supuesto azúcar y café.

Los internos devoraban los tomates verdes de la hortaliza, las hojas crudas de espinacas, las cebollas demasiado tiernas. Por las mañanas les hacían beber avena cocida con agua, con poca o ninguna azúcar y menos leche, y si bien les iba algún pan duro como piedra, al medio día el menú consistía en una sopa mal oliente, garbanzos duros, lentejas agrias y frijoles con piedras y dos o tres tortillas.

Una vez, Justina, la de los ataques, se quejó amargamente con Amaranta:

— ¡Tengo tantas ganas de comer carne! Pero Luisita la cocinera, se lleva todo a su casa y nunca nos dejan nada, ni siquiera las vísceras, no nos tiene lástima, aunque a veces me pone a ayudarla. ¡Si tu ángel pudiera traernos un bistec!

Amaranta respondió sencillamente:

— ¡Se lo voy a pedir!

Y lo hizo:

— ¡Ángel! ¡Ángel mío! ¡Ángel de nuestra guarda! ¡Tienen hambre!

Hablaba al vacío, al cielo cuajado de cirrus que se confundía con la ciudad erizada de torres, de chimeneas, de edificios. Hablaba tranquila. Después de haber saboreado todos los horrores, de haber apurado tantas angustias, de haberse atormentado entre tantas rebeldías, poco a poco, había sido al fin tocada por la Gracia y había ido olvidando y perdonando al despiadado fraterno causante de sus infortunios.

Sumergida en una suave resignación, conforme con la voluntad divina, Amaranta esperó confiada en la eficacia de su ruego.

Cuatro o cinco días después, los internos comieron carne al mediodía, y el prodigio se repitió muchas y muchas veces hasta que sus estómagos volvieron a habituarse al alimento.

Entre aquella euforia Justina se acercó para decirle, tal si se tratara de un gran secreto:

— Escuché decir en la cocina que Doña Luisa y las galopinas ya no se llevan la carne, porque apenas la sacan de aquí se les llena de gusanos, y así les pasa con todo lo que roban. Gracias a tí comemos Amaranta. Dios y tu ángel te han vuelto a escuchar. Gracias les sean dadas a Dios y a tí. Amaranta se sonrió dulcemente y le respondió:

— ¡Dios nos ama a todos, y tal vez a nosotros nos ama más!

Y se fue a sentar a su banco del parque, donde los pájaros confiados solían acercarse más de lo normal.

Una mañana, los gritos de un enfermó furioso a quien aplicaban choques eléctricos por el menor motivo, llamaron la atención de Amaranta; el infeliz se debatía, mordiéndose la lengua,

arrojando espumarajos sanguinolientos por la boca, dos enfermeros le sujetaron y Alberto el cabo, enfurecido por su rebeldía a la bárbara cura, lo empezó a azotar con unos cables de la luz, el pobre diablo lanzaba lastimeros quejidos a cada latigazo, entonces Amaranta impulsada por la compasión, gritó:

— ¡Deten! ¡Deten su brazo!

Instantáneamente Alberto quedó paralizado de medio cuerpo, incluso después de muchos tratamientos, arrastró siempre la pierna derecha para caminar y nunca volvió a usar normalmente el brazo castigador

## EPÍLOGO

Una noche el ángel volvió a aparecerse en sueños a Amaranta y le anunció el día y la hora en que vendría a recogerla para siempre.

Amaranta se despidió cariñosamente de Justina, y se acostó a dormir en la cama contigua.

La epiléptica aseguraba que en la madrugada escuchó el sonido, como de un enorme abanico que se abre, mientras una luz etérea, inefable, increada para los ojos de los hombres pecadores, había surgido de pronto, inundando unos segundos el oscuro recinto.

Nadie dio crédito a su relato, pero en el semblante de la muerta, iluminado por la luz de la fe, se alojaban una paz y una beatitud verdaderamente angelicales.